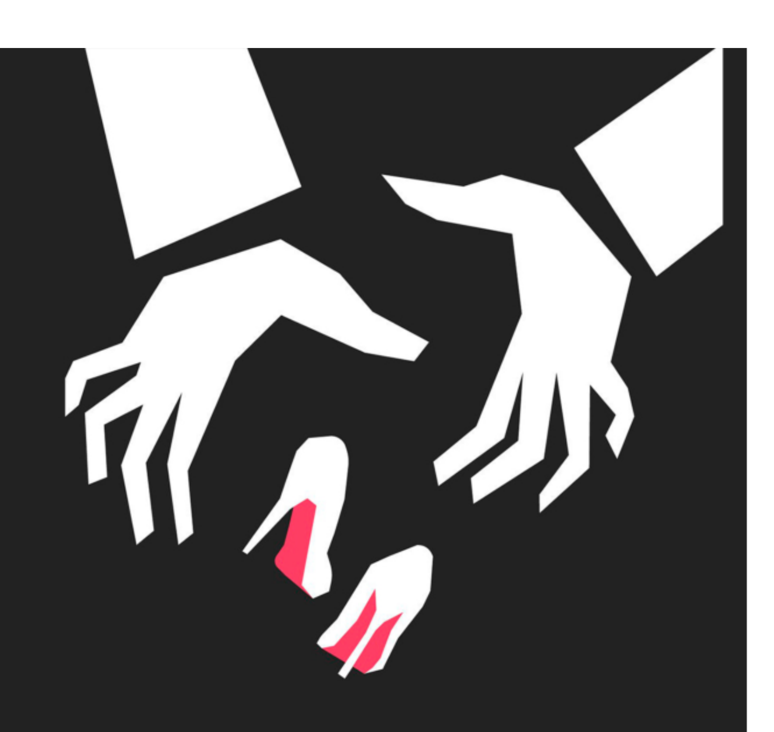


DEMONIOS BAJO LA PIEL

Juan Soria



La inspectora Oramas y su equipo se van a enfrentar a toda una Organización criminal dedicada a la trata de personas. Todo comienza en una desapacible noche en la estación de ferrocarril. Como empujados por un destino caprichoso, Pablo y Nadia se encuentran bajo un aguacero. No tardan en darse cuenta de que ambos arrastran un pasado despiadado. A la mañana siguiente aparece tirada en un charco en las afueras de Cuenca el cadáver de una chica joven que resulta ser amiga de Nadia. Ayudados por Pablo, el equipo de la inspectora Oramas, se ponen al mando de la investigación. Una investigación difícil que se irá complicando a medida que avanzan las indagaciones y que pondrá al lector ante un asunto social de gran calado narrado de forma trepidante y con personajes muy bien definidos.



Juan Soria Palacios

Demonios bajo la piel

Inspectora Oramas - 4.0

ePub r1.0

Café mañanero 12-08-2023

Título original: *Demonios bajo la piel*
Juan Soria Palacios, 2022

Editor digital: Café mañanero
Primera edición EPL, 08/2023
ePub base r2.1




DEMONIOS BAJO LA PIEL

Juan Soria Palacios

—I—

Lunes, 3 de octubre de 2022

Cinco días seguidos sin dejar de llover no era muy normal en la ciudad. La noche estaba muy cerrada. Llovía grueso. Cuando el reloj de Mangana dio las tres, las campanadas se pudieron escuchar en todos los rincones. Los tres ríos de la ciudad bajaban cargados, el Júcar con el agua chocolateada, el Huécar (como siempre) con sus aguas transparentes, el Moscas desbordado. De los tejados escurría el agua en cascadas. Cruzar de acera parecía tarea muy difícil debido a la cantidad de agua que circulaba por la calzada. Y a pesar de todo, se podría decir que la paz que reinaba era total si no fuera por la joven que se encontraba en la estación de ferrocarril. Era una chica joven, en torno a los 25. Con la ropa totalmente empapada estaba encogida detrás de una pilastra de hormigón reforzado con hierro. Tenía tanto frío que sus piernas apenas la podían sostener. Miraba a un lado y a otro como si esperase a alguien. Temblaba. Los dientes le castañeteaban. Sus ojos arrojaban lágrimas como si se le escapara la vida. Había cruzado los brazos por delante del pecho como si quisiera impedir que llegase el frío a sus pulmones. Sin poder admitir más agua, del pelo le resbalaban múltiples goterones. A poco que se la observara se podría colegir que era una mujer a la cual había castigado duramente la vida. Su porte no era, precisamente, el de una chica con ganas de tragarse el mundo. Por la expresión de su rostro se podía asegurar más bien que estaba metida en feos asuntos.

A esas horas de la noche, con la que estaba cayendo, el lugar presentaba un aspecto siniestro y maléfico. Con la poca iluminación que había, parecía el lugar adecuado para que apareciera detrás de cualquier esquina un violador o un asesino de mujeres en serie. Era

una de esas estaciones por las que apenas había tráfico, con un par de trenes al día quedaba cubierta dicha línea. Sin embargo, el espacio que ocupaban sus instalaciones exteriores era inmenso. Sobre dicho espacio se atisbaba confusamente tras una cortina de lluvia tres edificios enormes un tanto alejados de las oficinas de la estación. Edificios en estado de abandono con desconchones en la fachada, puertas con la madera podrida, ventanas desnudas que carecían de cristales. Detrás de los edificios había unos diez vagones en estado de podredumbre. Unos eran de mercancías, otros de viajeros, en unos predominaba la madera, en otros el óxido. Llegar a ellos no le debía resultar muy fácil ya que la lluvia había convertido el lugar en un lodazal.

Un silbido estridente que provenía del este rompió el silencio de la noche. La chica aguzó el oído y advirtió que se acercaba un tren. El sonido de la máquina se diluía entre el borboteo de la lluvia. Cuando escuchó el segundo silbido percibió su proximidad. Un minuto después apareció desde el fondo de la vía una enorme luz amenazante. Le siguió un horrísono alarido y el tren empezó a disminuir la velocidad. Poco antes de llegar a la estación se pudo apreciar a un hombre que saltó del tren. Perdió el equilibrio y rodó por el barro. Con la misma rapidez que cayó, se levantó. Se sacudió los pantalones, alzó la cabeza para contemplar el panorama y, antes de que desapareciera el tren de su vista, marchó corriendo para guarecerse en uno de los pabellones. Cruzó las vías renqueando. Atravesó la cortina de agua que arrojaba el saliente del tejado. Le pesaban tanto los pies que se dispuso a limpiar de barro sus zapatos. Estaba concentrado en el segundo cuando notó la presencia de una mano sobre su hombro. Se giró con violencia, sujetó con su mano izquierda el cuello de la chica y alzó la mano derecha con la idea de estamparle el tacón del zapato en la sesera. La chica se sintió como un gorrión entre los cinco dedos de un niño. Encogió su cuerpo y, sin ofrecer resistencia, se entregó a la libre voluntad del señor que, al ver la precariedad de esa chica, aflojó todos los músculos de su cuerpo apoderándose de él una súbita calma. No dijo nada; pero, al contemplar que apenas había luz en su mirada, se quitó la cazadora y se la colocó sobre los hombros. La chica lo miró directamente a la cara con sus ojazos violetas. Fue una mirada intensa, como la que suele tener cualquier cachorrillo de mamífero que parece estar

pidiendo protección. El castañeteo de los dientes le impidió dar las gracias. A cambio le envió una leve sonrisa que pareció sacarla de lo más profundo de su ser. Estaba muy desmejorada. Con la piel ajada. Pero tras esa máscara circunstancial se adivinaba una mujer guapa y bien plantada. A pesar del aspecto de hombre duro, agradeció el gesto sin mover ni un solo músculo de su cara. Miró a la chica con más detenimiento. Tocó su ropa para comprobar su estado de humedad y dijo con parquedad:

—¡Dios mío!

Se tomó unos segundos para pensar. Miró en la lejanía a un lado y a otro y añadió:

—Allí hay una fogata. Vayamos a aquel lugar.

Se trataba de un edificio a medias de construir que había sido abandonado desde la última crisis. Tan solo habían levantado el armazón de lo que iba a ser un edificio de ocho plantas. Los dos parecían realmente agotados. El cansancio hacía que el chico arrastrara todavía más su pierna mala. Por el camino, se dio cuenta que la chica andaba nerviosa y mirando constantemente hacia atrás evidenciando que se sentía amenazada. Cuando llegaron al edificio pudieron contemplar que había en la quinta planta una pandilla de muchachos. Cerca del portal había una farola. Al aumentar la intensidad lumínica, la chica se quedó de nuevo mirando al chico con más detenimiento. Le gustó el corte de pelo que llevaba, casi al rape y peinado hacia delante. Se fijó que bajo unas cejas ligeramente pobladas había dos grandes ojos que parecían hablar. Los demás rasgos de la cara eran suaves y bien armonizados. Era alto, delgado y bien formado, con amplias espaldas y hombros anchos y musculosos. Estaba en una edad en que todavía no había empezado a pensar en la influencia que el tiempo ejerce en el cuerpo. A Nadia le pareció que estaba ante un querubín. El señor hizo un gesto con la mano y empezaron a subir las escaleras. Iba delante la chica. Caminaban en silencio. Al llegar a la quinta planta se encontraron con un espacio inmenso, con paredes desnudas, sin ventanas, totalmente de cemento. Se encontraron con cuatro muchachos que estaban en penumbra rodeando un bidón del que salían llamaradas. El señor tomó la delantera. La chica caminó detrás de él. No fueron bien recibidos. El señor, apelando a la bondad de los jóvenes, suplicó para que les dejaran pasar la noche

junto a la fogata.

—¿Habéis oído lo que dice el menda este? —dijo el que parecía ser el jefe de la banda. Un joven alto y mal encarado, con el pelo relamido y unos brazos enormes que se pavoneaba ante sus compañeros.

El señor clavó la mirada en el joven lenguaraz, pero se mantuvo en silencio, impertérrito. De repente, pensó qué se debería sentir al caer desde una distancia tan alta.

—Nos podemos quedar con la piba y lanzar al vejestorio al abismo —dijo otro de los jóvenes—. ¿Os imagináis lo bien que lo vamos a pasar con ella? Seguro que entra pronto en calor.

Estallaron los cuatro en una enorme carcajada. El señor permaneció impasible. No parecía inquietarle mucho la situación. El jefe de la banda se acercó a la chica con gesto hosco y amenazante. Cuando alargó el brazo para agarrar a la chica, sin apenas percibir por dónde le vino, recibió tal puñetazo en la mandíbula que rodó por el suelo y no cayó por el hueco del ascensor porque tuvo la suerte de tropezar con una columna. Uno de los otros tres jóvenes cogió un leño de los que utilizaban para avivar el fuego y le atizó con él en la frente. Era un buen palo y le imprimió tal fuerza que hubiese sido suficiente para dejar fuera de combate a cualquier persona normal, pero el señor no se podía permitir desfallecer en ese momento. Estaba seguro de que lo tirarían a la calle y harían cualquier barrabasada contra la chica como si fuera un juguete roto. Los ojos estuvieron a punto de cerrársele. Quedaron envueltos en una especie de neblina y vio bultos humanos que se acercaban y se alejaban durante varios segundos. Reculó, respiró hondo, la neblina se despejó, esquivó el segundo golpe que le lanzó el que tenía el leño, arremetió contra los tres jovenzuelos con furia y entre puñetazos y golpes con los pies les hizo rodar por el suelo. Se levantaron al unísono los tres y cayeron sobre él como perros de presa, pero al ser recibidos por otra serie bien orquestada de golpes quedaron frenados en seco. A la fuerza convulsiva de alguien que parecía estar en pleno ataque de epilepsia había que añadir la agilidad. El jefe de la banda se levantó, le lanzó una mirada iracunda y se abalanzó hacia él con más corazón que cabeza. El señor, que lo vio venir, esquivó un puñetazo con un rápido movimiento de cintura y sorprendiéndolo por la espalda le rodeó el

cuello con los dos brazos y lo sometió a la técnica del mataleón. El niñato intentó zafarse, pero cuando comprendió que sus esfuerzos eran inútiles cedió y se entregó como una gacela ante las fauces de un león. Estaba totalmente paralizado, la pelea había llegado a su fin. Ante la expresión de sorpresa de sus compañeros lo mantuvo fuertemente inmovilizado hasta que empezó a amoratarse su cara. Lo soltó con desprecio dejándolo caer ante sus tres amigos.

—Vayámonos de aquí —sonó la voz de la derrota.

Ayudaron a levantarse al jefe y, agarrándolo entre dos, empezaron a bajar las escaleras despejándose las brumas que enturbiaban el cerebro de la chica. Si antes le castañeteaban los dientes de frío, ahora había que añadir que el corazón intentaba lanzarse fuera de su pecho. Pero no decía nada, tenía tanto frío que sus labios de cuero no eran capaces de articular palabra. Desde la parte baja de la finca se oyeron voces:

—Hijo de puta. Volveremos. No te vas a salir con la tuya.

«Iros con mamaíta», resonó en el interior del señor.

En la oscuridad de la noche se movió arrastrando los pies hasta que tropezó con un bulto. Se agachó. Lo palpó y se dio cuenta que era un palo muy pesado. Lo agarró y lo echó al bidón. El chisporroteo que formó le permitió ver con más nitidez. Se acercó a una esquina de la estancia y agarró unos tablones que estaban amontonados. Los echó también al bidón. Cuando el fuego cogió fomento observó con detenimiento el lugar y vio que había un montón de leña en otra esquina. Echó al bidón las cuatro ramas más gruesas que había. Se quitó la ropa hasta quedarse en calzoncillos y la colgó en una valla de obra que colocó junto al bidón.

—Ahora te toca a ti —le dijo a la chica.

Como remoloneaba y no acababa de desnudarse, insistió:

—Estás totalmente empapada. Como no te quites la ropa te va a dar un pasmo. Si te da vergüenza miraré para otro lado.

Lo dijo con pocas palabras, sin presionar. Pero fue suficiente. La chica obedeció, se giró y empezó a desnudarse sin pudor. Colocó la ropa en otra valla. Cuando colocó las bragas y el sujetador miró al señor con recelo.

—Acércate y caliéntate —dijo.

La chica le hizo caso. Se acercó y se dio cuenta que sangraba por la ceja. Lo miró fijamente a los ojos, era la segunda vez que lo

hacía. Con la sonrisa que le devolvió el señor fue suficiente para que se acercara y clavara su cara en el pecho del señor.

—¿Tú también estás pasando una mala racha? —preguntó el señor.

—No sé si se puede llamar mala racha a mis desgracias —contestó con un ligero acento extranjero, aunque su castellano parecía fluido y cómodo.

Los dos se mantuvieron con los labios sellados durante unos cuantos segundos hasta que el señor insistió:

—¿Puedo conocer algo de tu vida?

Tras una mirada descompuesta, la chica gimió para sus adentros y respondió:

—Nací en Sucevita, que es un precioso pueblo en la región de Bucovina, al noreste de Rumanía. Allí pasé toda mi infancia colmada de felicidad. Provengo de una familia humilde que se gana el sustento trabajando en el bosque con la madera. En casa éramos cinco hermanos (tres varones y dos mujeres). Hambre, lo que se dice hambre, no pasábamos, pero no nos hartábamos. Mis tres hermanos encontraron trabajo al acabar sus estudios. No sé si conoces mi país, allí los salarios son muy bajos. Cuando llegué a la adolescencia empezamos a pensar en casa sobre algo tan mundano como la necesidad de encontrar un trabajo. No tenía ningún proyecto de vida; en realidad, en mi país, una mujer tan solo tiene aspiraciones domésticas. Hasta entonces, la verdad, creía que estaba perpetuada en mi mundo. Mi madre se había preocupado de que aprendiera a coser: «Manejándote bien con la aguja y con el hilo te puede permitir ganarte la vida de modista», decía. Pero dejarme los ojos cortando y cosiendo no iba a ser la actividad que guiara mi destino. Con diecisiete años nos planteamos si trabajar en Rumanía o venir a buscarme el futuro a España. No hizo falta echar una moneda al aire, mi hermana me sacó de dudas. Marcharnos a España. Decía que aquí había muchas oportunidades. Mi padre opuso resistencia, pero…

El señor giró la cabeza hacia atrás y le cortó la frase como si no le interesase su vida:

—Todavía no me has dicho cómo te llamas.

—Me llamo Nadia y mi hermana Joana.

Como Nadia se quedó en silencio, el señor acercó al bidón un

colchón viejo que había en el suelo y exclamó:

—Nadia, Nadia… Qué bonito nombre. Perdona la interrupción, tumbémonos y continúa, por favor.

El cansancio y la noche que tenían por delante les obligaron a pasar por encima del recelo que pudieran tener sobre la procedencia del colchón. El señor cargó de nuevo el bidón de leña y se tumbaron colocando los pies hacia él. Nadia se quitó la cazadora y la colocó sobre los dos cuerpos sin otro pijama que su propia piel. La madera era buena y ardía bien. Ya no era necesario acercarse tanto a la lumbre. Sus cuerpos empezaban a recuperarse del pasmo. Ya no hacía frío, salvo cuando se colaba una ráfaga de viento por el hueco de los ventanales. Pablo se giró y advirtió que había ratas. Parecían fantasmas que se agitaban en la oscuridad. Pensó que seguramente habría comida, pero no fue en busca de ella. «Si encuentran comida no vendrán a mordernos los pies», se dijo a sí mismo. Miró el rostro de la chica que compartía hoguera con él y se dio cuenta de que era muy bella y que el fuego había acabado uniéndolos.

—Como te iba diciendo —continuó Nadia el relato susurrando —, mi padre acabó aceptando. Joana hizo gestiones y un buen día vino diciéndome que tenía los pasajes de avión para Madrid. Me dijo que estábamos empleadas en un hotel y que nos pagarían 1600 euros al mes…

—Ya me estoy imaginando como sigue el relato —advirtió el señor.

—Mucho me temo que no te equivocas. Mi hermana dio con una banda de tratantes de mujeres. Nos compraban y nos vendían como si fuéramos ganado. Cuando llegamos al aeropuerto de Madrid nos subieron a una furgoneta y nos pidieron el pasaporte para formalizar los contratos.

—Y ya no volvisteis a verlo, ¿no es así? —aseguró el señor—, vaya atajo de canallas —añadió.

—Así fue. Nos llevaron a un hotel, pero más que hotel era cárcel —aclaró a la vez que el señor hizo un gesto que quedó desdibujado en la oscuridad. A continuación añadió—: el trato que nos dieron era el mismo que quien lleva los corderos al matadero. Allí estuvimos recluidas durante ocho años. Ah, se me olvidaba, nos quitaron toda la documentación que llevábamos y el teléfono. Nos

cambiaron el nombre y…

—¿Os pagaron los mil seiscientos euros?

—Pagarlo, lo pagaron; pero nos lo quitaban de forma abusiva. Entre lo que nos cobraban por la habitación, por el alquiler de la televisión, por la luz y las multas que nos echaban nos quedaba para tabaco y poco más.

El señor frunció el entrecejo y chasqueó la lengua como una gallina vieja.

—¿A qué multas te refieres? —preguntó.

—Te multaban por levantarte tarde, por mascar chicle, por no ir bien maquillada…

Mientras contaba su puta vida en el putiferio toledano «Club 69», el señor daba fin a la velada cayendo en una densa somnolencia.

—Por cierto, no me has dicho cómo te llamas.

La respuesta fue un ligero ronquido.

No había entrado el frío con toda su contundencia todavía. La temperatura era templada. En el cielo imperaba un sol tan codiciado como apremiante. Por toda la ciudad se habían pulverizado aromas renovados, aromas de otoño. Como en tantas ocasiones, Oramas se dirigió al trabajo a pie. Sin apenas tiempo para solazarse mirando la naturaleza a través del cristal de la ventana como solía ser costumbre en ella, se presentó el comisario. Se le acercó y le dijo en voz baja:

—Tenemos un cadáver.

Oramas se giró con ojos penetrantes y dijo:

—¿Otro cadáver? Vaya racha que llevamos.

—La verdad es que desde que llegaste de Canarias ha aumentado el ritmo de asesinatos en la ciudad.

—Seguramente es que los conquenses me quieren poner a prueba. Vamos a ver, qué sabemos.

—Que se ha encontrado el cuerpo de una chica joven cerca de la Resinera.

—Eso está en la carretera de Villar de Olalla.

—Sí, saliendo de Cuenca a mano izquierda. Junto al río Moscas.

—¿Está identificado el cadáver?

—Por lo visto iba sin documentación. Se cree que es de los países del Este.

Desde la crisis de 2008 la zona donde apareció el cadáver estaba en total decadencia. La actividad que había, aunque se basaba en la artesanía, daba empleo a bastante gente. Una carpintería empleaba a tres personas, una herrería a dos, había un taller de cerámica en el que trabajaban unas siete personas haciendo cacharritos de barro que vendían a las tiendas donde se surtían los turistas que visitan la ciudad, un escultor se pasaba las horas muertas dando martillazos al cincel para dar forma a un pedrusco, tres obras se quedaron a medio de hacer dando al entorno un aspecto todavía más lúgubre… De todos, lo único que quedó fue el escultor y la herrería. Lo demás se lo llevó por delante el vendaval económico.

Cuando llegaron al lugar a Oramas y a Crespo les impresionó en primer lugar contemplar el río desbordado. La resinera estaba totalmente inundada. Había tomado el aspecto de una laguna. Pero con la suciedad que había, las aguas tenían un aspecto negro aceitoso. No les resultó fácil llegar al lugar donde habían encontrado el cadáver de la chica. Todos los caminos estaban embarrados, por si fuera poco, de vez en cuando se encontraban con un coche abandonado o con un montón de escombros que les obligaba a maniobrar en el barro.

En la soleada mañana, todo parecía tranquilo y solitario. El único ruido que quebraba el aire eran los martillazos metálicos del escultor. Hartas de zigzaguear entre un laberinto de caminos embarrados llegaron a uno donde vieron que la policía tenía cortado con cinta de balizamiento.

—Hasta aquí hemos llegado, jefa —sentenció Crespo.

Se bajaron del coche en medio de un barrizal y exclamó Oramas:

—Madre mía. Cómo se ha puesto el coche de barro.

—No sufras por el coche. Piensa en cómo nos vamos a poner nosotras. Piensa también lo difícil que va a ser trabajar en la escena del crimen.

—Desde luego. La inspección ocular se va a limitar a un charco de sangre.

—Aquí olvídate de la prueba del luminol.

—Y si la han degollado, olvídate de encontrar un mísero casquillo de bala —determinó Oramas.

Se remangaron los pantalones; avanzaron despacio, sintiendo cada terrón y cada piedra bajo sus zapatos; rebasaron la cinta de

balizamiento y se acercaron hasta donde estaba el cuerpo de la chica asesinada que estaba tapado con una sábana a la espera de que se produjera el levantamiento del cadáver. Se acercaron a uno de los policías y Oramas preguntó:

—¿Qué tenemos?

El policía se giró y contestó:

—Una chica de unos veinticinco con aspecto de ser una inmigrante del este de Europa, le han segado la yugular. —Y añadió —: Está indocumentada y todo el mundo que ha visto su cara dice no conocerla. Por las huellas encontradas, da la impresión de que ha sido seguida hasta aquí con un coche de alta cilindrada y le han dado matarile.

Crespo alzó la cabeza y descubrió al juez limpiándose los zapatos con un palo.

Se acercaron a él y le saludaron:

—Buenos días, señoría. Me da la impresión de que no ha elegido el calzado adecuado —señaló Oramas.

Con sonrisa de calavera respondió:

—Nadie me advirtió cuando me vestí que iba a tener que venir a este lugar tan inmundo.

Crespo dejó a su jefa con el juez y se acercó a un policía de confianza.

—¿Quién ha descubierto el cadáver?

—El escultor —respondió. Crespo se le quedó mirando fijamente a la espera de recibir más información. El policía continuó—: es un señor que trabaja en aquella nave —aclaró señalando con el dedo una casa.

Regresó donde estaba el juez y rescató a su jefa.

—Perdone usted, don Pedro; me temo que vamos a ir a hablar con el escultor.

Oramas, que no sabía nada de la existencia de un escultor, preguntó:

—¿Quién es ese escultor?

Fue el mismo juez quien respondió.

—Es el señor que ha descubierto el cadáver.

La nave del escultor estaba a unos cien metros. Decidieron ir a pie.

—Mira ese perro que nos observa —advirtió Crespo—. Está

famélico.

Era un podenco de color canela con barro hasta la barriga.

—Tiene pinta de ser un perro apaleado. Se le nota en la mirada la desconfianza.

Para llegar a la nave del escultor tuvieron que salvar un charco que les obligó a mojarse el calzado.

—Cielo santo —exclamó Oramas—. Vaya lugar para matar a una persona.

—El lugar no es agradable, pero la forma en que murió no es digna para ninguna persona. La dejaron tirada en un charco. Posiblemente estaba todavía con vida cuando la tiraron.

—Por Dios, no me cuentes esas cosas que se me descompone el cuerpo.

—Por lo visto, se la han encontrado rebozada en una costra de barro.

El perro no se acercaba, pero no dejaba de merodear alrededor de las dos inspectoras. Seguramente no podía soportar el hambre y esperaba algo de ellas. Las seguía guardando distancia. Llegaron a la nave donde trabajaba el escultor. El chic, chic, chic metálico del martillo no cesaba. Llamaron al timbre y salió un perro de inmediato ladrando. Era un pastor alemán. Desde fuera escucharon cómo lo acallaba el escultor. Apareció tras la puerta un señor de unos setenta años. Alto, delgado, fuerte —pura fibra—. Tenía una barba cenicienta y una cabellera alborotada totalmente llena de polvo que le daba un aspecto de escultura clásica griega.

—Buenos días —tomó la iniciativa Oramas—, nos han dicho que es usted quien ha descubierto el cadáver de la chica que han asesinado.

Las invitó a entrar en su taller. Había una sala muy grande con una gran cantidad de obras acabadas rodeadas de una inmensa nube de polvo.

—Perdonad la suciedad, pero este trabajo es tan bonito como sucio. Para tener este lugar limpio tendría que estar todo el día con la aspiradora en la mano.

Las llevó hasta el fondo de la nave donde tenía acotado un espacio con cristal. Era un lugar aséptico donde parecía estar adaptado para la realización del trabajo más limpio. El escultor se giró 180 grados y aclaró señalando al perro:

—Quien lo ha descubierto ha sido el perro. Cuando he llegado esta mañana estaba nervioso y empezó a ladrar. Eran unos ladridos muy extraños. Me miraba y parecía querer hablarme con los ojos. Le abrí la puerta y me dejé guiar. Cogió el rastro con facilidad, me dio la impresión de que había escuchado algo durante la noche. El caso es que dio con el cadáver sin dar rodeos. Eso es todo.

—¿Le suena la cara de esa chica? —insistió Oramas—, ¿la ha visto por aquí alguna vez?

—Jamás.

—¿Qué hizo usted cuando la encontró?

—Llamar a la policía —resolvió con laconismo.

En el mismo instante que pronunció esas cuatro palabras la mirada se le escapó hacia la piedra que estaba esculpiendo. Las inspectoras entendieron que poco más había que rascar con el escultor y se despidieron de él.

—II—

Martes, 4 de octubre de 2022

—Me llamo Pablo —dijo el señor en contestación a la pregunta que le hizo Nadia la noche anterior.

Se dio la vuelta y, al darse cuenta de que estaba solo sobre el colchón, se incorporó como si hubiese sido accionado su cuerpo por un muelle quedándose sentado. Miró a un lado y a otro y pensó para sus adentros: «Vaya una niña más ingrata. Ni siquiera se ha despedido». Contrariado se puso en pie y se vistió. Con el torrente de luz que entraba desde el exterior, pudo contemplar la decoración de las paredes: la figura de Hitler, cruces gamadas, águilas imperiales, simbología de las
SS
… «Valientes imbéciles», susurró.

Se asomó por el hueco de una ventana. El día era radiante. El sol acariciaba la piel. Desde allí se podía contemplar la estación del ferrocarril y un extenso horizonte en el que se imponían los amarillos de los chopos y el ocre de las tierras. Estaba a punto de abandonar el lugar cuando escuchó pasos en la escalera. Se asomó por el hueco y vio a Nadia subiendo.

—Perdona —dijo Pablo cuando llegó a su altura.

Se quedó mirándolo confusa y preguntó:

—¿Qué es lo que tengo que perdonarte?

—He pensado que te habías marchado sin despedirte y te he maldecido.

—Te has equivocado. Me he levantado temprano y he visto que hay una farmacia cerca. He bajado a comprar lo necesario para curarte la herida —dijo dejando una bolsa sobre el colchón—. Esos malnacidos te dieron fuerte.

—No te preocupes por eso. Ellos recibieron su parte.

Con delicadeza extrema le limpió la herida con agua oxigenada, la desinfectó con Betadine y la cubrió con un apósito. A la luz del día, desde la cercanía, le pareció una persona bastante atractiva. No le dio la impresión de ser una persona tan mayor como aparentaba la noche anterior. Pablo era alto —medía algo más de 185 centímetros— y fuerte —lo demostró la noche anterior—. Su mirada era profunda y desconfiada. A Nadia le encantaba el color y la textura de su pelo: castaño, corto, sin entradas, peinado con la raya a la izquierda, liso y abundante.

—He comprado agua también.

Pablo tomó una de las botellas y la consumió de un trago.

—Como te acabo de decir, me llamo Pablo. Te lo repito porque me ha dado la impresión de que no te has percatado todavía. Anoche cuando me lo preguntaste fui incapaz de contestar. Creo que lo que corresponde ahora es buscar un lugar para desayunar. Hace más de veinticuatro horas que no pruebo bocado.

Con las barrigas vacías, Nadia guio a Pablo hasta el centro. Llegaron a la calle principal y preguntaron por una churrería. Pablo decía que los churros eran un buen alimento para no sentir necesidad hasta la hora de comer. En la plaza España hallaron una. Se encontraba en los bajos del edificio de la plaza de abastos.

—Tú espérame aquí —dijo Pablo.

Entró y se quedó agazapado en una esquina nada más entrar. El establecimiento era uno de esos lugares que se nutre tanto de clientes que consumen en el local como de otros que se llevan la mercancía a casa. Para evitar sospechas, anduvo de un lado a otro del establecimiento haciendo crujir la madera del suelo bajo sus zapatos. A través de una gran cristalera observó a Nadia que andaba de un lado a otro de la acera. Tuvo que esperar con paciencia hasta que una señora dejó un paquete con churros y una lechera de plástico llena de chocolate sobre la mesa. Se giró buscando el monedero en el bolso y Pablo aprovechó la ocasión para coger los churros y el chocolate y salir pitando.

—¿Cómo has tardado tanto? —dijo Nadia cuando lo vio aparecer.

—No preguntes nada y date prisa.

Marcharon con paso acelerado hasta el parque de San Julián.

Delante iba Pablo con paso firme. Le seguía Nadia atacada de los nervios. Se sentaron en un banco situado en el centro del parque, junto a una fuente. Engulleron los churros mojándolos en el chocolate. En silencio. Con desenfreno. Sin tasa. Cuando mataron el hambre Nadia miró fijamente a Pablo con aquellos ojos enigmáticos y preguntó:

—¿Se puede saber lo que has hecho en la churrería para tener que salir tan deprisa de allí?

Pablo la miró con gesto extrañado.

—Pues coger los churros y el chocolate —contestó con naturalidad.

—Es decir, robarlos —insistió Nadia malhumorada.

—Robarlos, robarlos… —dijo Pablo con sorna—. Tenía hambre, no tengo dinero, ¿qué otra cosa podía hacer?

—Pedirlo, pedirlo por favor —respondió Nadia con tono reprobatorio.

Pablo endureció el gesto y dijo:

—No te puedes imaginar la cantidad de veces que he pedido de comer y me han tratado con desprecio. La gente no ve con buenos ojos a los que pasan necesidades, tratan de invisibilizarlos y cuando se cruzan en su camino se sienten molestos y nerviosos. Es una pena, pero he podido experimentar en mi propio cuerpo la diferencia de trato que he recibido solo por el detalle de tener o no tener dinero.

—Pero la gente, por el aspecto, no sabe cuándo llevas los bolsillos vacíos.

—Cuando no tienes para satisfacer las necesidades primarias se te pone cara de Jesucristo.

—Hablando de Dios, ¿eres una persona religiosa?

—No. Y te voy a decir una cosa, no es lo mismo Dios que Jesucristo.

—Quizá si fueses creyente no hubieses robado los churros y el chocolate.

—Si lo fuese le preguntaría a Dios el motivo por el que ha repartido el mundo entregándoselo tan solo a unos cuantos —dijo con voz contundente y poderosa—. Tú le deberías preguntar por qué ha consentido que hayas caído en manos de una banda de traficantes de mujeres. Seguramente no tienes respuestas a tales

preguntas, pero si te pregunto el motivo por el que hemos solucionado el hambre esta mañana sí encontrarás respuestas.

—Porque me he juntado con un ladrón. Pero tienes que saber que te hubiera bastado pedirme dinero y te hubieras ahorrado hacer lo que has hecho.

En ese momento sacó del bolsillo un buen fajo de billetes de cincuenta euros y se los enseñó.

—Guarda eso ahora mismo. No deberías habérmelo enseñado. Eres una inconsciente.

—¿Se puede saber el motivo por…?

—Porque me acabas de conocer y no sabes todavía quién soy. Por ese dinero hay mucha gente que es capaz de matar. Lo que no entiendo es que con todo este dinero anoche no te hubieses buscado un buen hotel donde pasar la noche.

—No lo he hecho por miedo. Mi hermana desapareció y tengo miedo de… En fin, creo que debemos ir a buscarla.

Se quedó pensativo durante unos segundos y dijo:

—Creo que antes deberías explicarme el motivo por el que ha desaparecido.

—Te lo estaba contando anoche y te quedaste dormido. Me cortaste el hilo y ahora mismo no recuerdo por dónde iba.

—Cuéntame cómo os escapasteis de aquel putiferio.

—Nuestra habitación estaba en el primer piso. Mi hermana y yo mirábamos por la ventana y pensábamos constantemente que no debería ser muy difícil escapar de allí.

—Pues tardasteis ocho años.

—No lo hicimos antes por las palizas que recibíamos —dijo con los ojos encharcados. Pablo la escuchaba con aparente tranquilidad, pero en el fondo de su ser algo se estaba cocinando—. Pero un día nos animamos y decidimos iniciar la fuga. Nuestra habitación estaba orientada hacia el este, hacia el campo. El recinto estaba delimitado por alambrada de unos tres metros de alta. Una altura que éramos capaces de saltar con facilidad. Atamos dos sábanas y, pasada la una de la noche, nos deslizamos hasta el suelo. Solo se interponía entre nosotras y la libertad una alambrada. Nos lanzamos a ella como fieras hambrientas hacia su presa. Trepamos hacia arriba como salamandras. La alambrada hizo tanto ruido que los perros empezaron a ladrar. Nos descolgamos y nos sumergimos

en la oscuridad de la noche. Había un olivar que parecía que no se acababa nunca. Corrimos con todas nuestras fuerzas hasta cruzar un arroyo. Seguimos entre la arboleda de ribera. Escuchamos los perros que nos seguían, pero no dejamos de correr. No sabíamos hacia dónde íbamos, nos daba igual. Lo único que queríamos era alejarnos de la que había sido nuestra cárcel. Los perros dejamos de oírlos. A nuestro alrededor imperaba un silencio mortal. Agotadas, con mucho frío y con mucho miedo en el cuerpo vimos a lo lejos luces. Nos dirigimos hacia allí. Era una estación de servicio. Nos agazapamos hasta que llegó un camión. En un descuido, aupándonos una a la otra, subimos al remolque, que iba lleno de hortalizas. Tuvimos que esperar un buen rato hasta que el conductor llenó el depósito de combustible. Se nos hizo eterno. Cuando el camión arrancó de nuevo nos sentimos a salvo. No supimos en ningún momento hacia dónde nos dirigíamos. De vez en cuando nos asomábamos por debajo de la lona tratando de identificar el lugar por donde marchábamos. Por fin, al escuchar la cantidad de tráfico que había en la carretera, deducimos que estábamos llegando a Madrid. Nos asomamos de nuevo y, al ver un letrero, comprobamos que íbamos por la

M-50

. Era noche muy cerrada cuando llegamos a Mercamadrid. Había una cola enorme para descargar. Tuvimos que aprovechar otro descuido para descolgarnos del remolque. Cuando lo hicimos actuamos con normalidad. Nos dimos cuenta de que salían muchas furgonetas cargadas en dirección Madrid. Le pedimos a un chico joven si nos podía acercar a la capital y accedió. Nos dejó cerca del Retiro. Desde allí, preguntando a unos y a otros, llegamos a la estación de Atocha. Nuestra intención era marchar hacia Valencia. Al llegar nos dirigimos hacia la oficina donde se expendían los billetes de

AVE

. Antes de llegar nos encontramos con la sorpresa de que dos de los encargados del Club 69 venían hacia nosotras. Posiblemente no nos habían visto, pero al iniciar la carrera se fijaron en nosotras y empezó la segunda persecución del día. Con las pocas fuerzas que nos quedaban llegamos a la cabecera de una vía. Tuvimos la suerte de que estaba a punto de salir un tren. Un segundo antes de que se

cerraran las puertas, entramos. Los dos proxenetas se quedaron con cuatro palmos de narices. Golpearon las puertas, pero era demasiado tarde. La locomotora se había puesto en marcha.

Pablo la escuchaba con mucha atención. Tenía la mejilla apoyada sobre la palma de su mano. Se levantó para tirar los desperdicios del desayuno y al regresar dijo:

—Tengo una duda. ¿Tu hermana llevaba encima otro fajo de billetes?

—Llevábamos encima todos nuestros ahorros.

—¿También tenía ella ese manojo de billetes?

—Más o menos.

—Lo que me extraña es que os hayan seguido los pasos hasta aquí.

Nadia lo miró con cara de extrañeza y concluyó:

—Pero cómo no nos van a seguir. ¿Sabes los servicios sexuales que realizamos al día? Aproximadamente entre veinte y veinticinco, y de lunes a domingo —se contestó ella misma—. A setenta euros, si tienes papel y lápiz, echa cuentas. Además, hay que añadir que nos obligaban a ofrecer cocaína a los clientes. Había muchos que accedían. Cuando estaban ciegos de droga, subía una encargada y le vaciaba la tarjeta de crédito. Había veces que el jefe te pedía sexo gratis, cómo te ibas a negar… Si llegaba el caso invitaba a un amigo y…

—Por lo que me estás contando, allí se vendía droga.

—El único que vendía era el jefe. Nosotras nos limitábamos a pedirla por teléfono cuando un cliente la solicitaba. Entonces subía una encargada y le cobraba.

—Supongo que tendrán una gran cantidad de dinero negro.

—En el despacho del jefe hay una caja fuerte enorme. Allí debe haber billetes a punta pala.

—¿Llegaste a ver esa caja fuerte?

—No, pero quien la vio me lo contó.

—¿Dónde está instalada?

—En el despacho del jefe hay un retrato al óleo que se hizo pintar. Detrás está la caja fuerte.

—¿Cuántas chicas trabajabais allí?

—Unas cuarenta. Hace unos años llegábamos a cien, pero no son buenos tiempos para ese tipo de negocios. Vaya un interrogatorio a

que me estás sometiendo. ¿Por qué no me cuentas algo de tu vida?

Pablo sonríe y dice:

—¿No decías que teníamos que ir a buscar a tu hermana?

—Venga ya. No seas carota. Te he contado mi vida y yo solo sé de ti que te llamas Pablo y que diste anoche una paliza a cuatro macarras de barrio.

No pudo disimular que le gustó que Nadia se interesase por su pasado. Se incorporó, se acercó a ella. La miró profundamente a sus ojos. Inclinó suavemente la cara hacia su lado izquierdo y la esperó. Nadia accedió y juntaron sus labios sin más preámbulo. Fue un beso sentido, profundo, con intercambio de fluidos, con mucha ternura y acompañado de abrazos y de caricias.

—Tienes razón. Lo que ocurre es que no sé por dónde empezar —reconoció con los cinco dedos de su mano derecha enredados en los de Nadia—. Me temo que mi vida ha estado tan ajetreada como la tuya. En fin…, vamos allá. Mis padres eran campesinos en la provincia de Jaén, lo cual significa que pasaban necesidades y que carecían de planes de futuro. Marcharon a Barcelona a finales de 1979. Mi madre decía que recordaba que coincidió con el secuestro de Javier Rupérez por la banda terrorista

E. T. A.

Te cuento este detalle porque era diputado por la provincia de Cuenca, precisamente. Mi padre encontró trabajo en una fábrica de tejidos y alquilaron una vivienda en el barrio del Raval. Pero no llegaron en el mejor momento. El sector textil estaba sometido a una fuerte crisis en los años 70 y acabó cerrando al poco tiempo de empezar a trabajar mi padre. Por esas fechas, mi madre estaba embarazada, lo cual cabe pensar que llegué al mundo también en mal momento. Mi padre no pudo soportar la presión de quedarse sin trabajo. Vagó de un lado a otro tratando de encontrar un segundo empleo, pero no eran tiempos fáciles. El número de parados subía como la espuma, los precios también. Por si fueran pocos los problemas, entró en una crisis de nostalgia y empezó a recordar el mundo que había dejado en Jaén. Lo peor de todo fue que intentó resolver sus problemas echándose en brazos del alcohol.

—Nuestras vidas tienen algo en común —observó Nadia pensativa. Intercambió una mirada con Pablo y continuó—. Me refiero en concreto a que tu familia tuvo que emigrar también.

Pablo explotó a reír.

—Pero tú qué te crees, que aquí atamos los perros con longanizas. No, no es así. Tenemos un país bastante destartalado. La injusticia social es muy grande, y va en aumento. La gente se tiene que buscar la vida lejos de donde ha nacido la mayoría de las veces. Eso se llama desarraigo, y eso es lo que les ocurrió a mis padres.

»El alcohol hizo de mi padre una persona violenta e inestable. Mi madre lo pasó fatal. Con un bebé tuvo que recibir insultos y malos tratos. ¿Te imaginas lo que debió sufrir mi madre pensando en el futuro que le esperaba a su hijo? Los traumas, los miedos y las sombras se acumularon en su cabeza.

—¿Qué recuerdos tienes de tu padre?

—Apenas ninguno. Nos abandonó cuando tenía tres años.

—Un padre que hace eso no merece la consideración de persona —apostilló Nadia.

Pablo frunció el ceño y contestó:

—Creo que te equivocas. El problema de mi padre fue inmadurez. Eso le pasa a mucha gente. Si nos tuvieran que examinar para poder ser padres como si se tratara de obtener el permiso para circular en coche, el mundo estaría bastante más despoblado. Volvamos al relato. Mi madre se asustó. Se sintió sola e insegura. Por las noches tenía pesadillas. Intentó buscar trabajo, pero le resultó tarea imposible. La desesperación la llevó a verse reflejada en una de las prostitutas con las que se cruzaba y dejó de censurar a las chicas que ejercen dicho trabajo. Indudablemente, empezó a cambiar de opinión respecto a esas personas. Cuando perdió la esperanza de encontrar trabajo se arrojó en manos de la prostitución.

—Vaya por Dios.

—Empezó por lo más duro y humillante del oficio: se lanzó a hacer la calle. En ese momento lo único que vio es que era una forma de ganar dinero. De vez en cuando traía algún cliente a casa. Pero se dio cuenta de que tenía un hijo, y de que ese hijo crecía. Fue esa la razón por la que se retiró de la calle y dejó de traer clientes a casa. Tuvo la mala suerte de caer en manos de una mafia de esas que ve en la prostitución otra forma más de ganar dinero. Al principio le fue bien y aumentó considerablemente los ingresos. La verdad es que mi madre era muy guapa, y eso ayuda en el oficio de

la prostitución. A los pocos meses le propusieron, bueno…, más que proponerle, le obligaron a trapichear con la droga, lo cual le permitió más ingresos todavía. Mi madre llegó a tener tanto dinero que consideró que tenía suficiente para criar a su hijo y darle buena vida.

Pablo miró a Nadia y se dio cuenta de que de sus ojos brotaban lágrimas. La agarró de los brazos, la acercó hacia su pecho y le preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Nada. Que me he emocionado con la historia de tu madre. Tienes que estar muy orgulloso de ella.

—Lo estoy, ya lo creo que lo estoy. Creo que lo mejor es que dejemos aquí la historia de mi vida.

—Por favor, no me dejes con la miel en los labios.

—Como te he dicho, mi madre cayó en las redes de una mafia. Déjame que te explique que un mafioso es una persona con una falta de madurez emocional tremenda. Son personas con escasa empatía que, en muchas ocasiones, viven en dos mundos a la vez. Su personalidad la desdoblan entre un mundo de moralina pura y otro en el que prescinden totalmente de la moral hacia las personas que ejercen la prostitución. Es como si las considerasen meros objetos de usar y tirar.

—Me impresiona lo bien que explicas la situación de las chicas que ejercen la prostitución. Parece que hubieras sido tú mismo quien la ha ejercido. Esa gente parece no entender que las chicas que ejercen la prostitución se han visto arrastradas por una situación de tremenda injusticia social. La mayoría provienen de la pobreza, de la inmigración o de cualquier otra situación de vulnaribi…

—Vulnerabilidad —le ayudó Pablo.

—Sí, eso es lo que quería decir. Son personas golpeadas por la vida que están en situación de desigualdad.

—Como te decía, mi madre quiso dejar ese mundo. Pero no se lo permitieron. Era demasiado valiosa para dejársela escapar. La amenazaron. Como vieron que no se achantó, un buen día la esperaron en casa y le metieron tres balas en el cerebro.

—¡¿La mataron?! —se sorprendió Nadia.

—Tenía quince años cuando la asesinaron. Emocionalmente no

pude entender lo que ocurrió. A partir de ese día mi vida cambió. Parecía que estuviera subido en una montaña rusa. Me encontraba perdido e incomprendido. La psicóloga no consiguió sacarme de ese pozo tan oscuro. Realmente, la única persona que hubiera podido hacerlo ya no estaba conmigo. Me la habían arrebatado.

—¡Dios mío! ¡Vaya experiencia tan amarga! Abandonado por tu padre y van y asesinan a tu madre. ¿Qué ocurrió a partir de entonces?

—Me quedé solo en el mundo. El Gobierno catalán me buscó una casa de acogida. Pero no resultó nada fácil la vida para mí. La familia era estupenda, de eso no tengo queja alguna. Pero sentía un terrible desapego. Mi cabeza no conseguía centrarse en nada. Lloraba con desconsuelo en la intimidad de mi cuarto. Mis lágrimas estaban cargadas de rabia. Me invadió un terrible sentimiento de venganza que no me dejaba vivir. Empecé a sentir deseos de matar al responsable del asesinato de mi madre. Me juré a mí mismo descerrajarle la cabeza de tres balazos.

—¿Lo mataste?

—Por supuesto —respondió con la misma contundencia que un cuchillo al rojo vivo se hunde en un trozo de mantequilla—. La vida me había endurecido de tal forma que no me tembló el pulso cuando lo hice. —Se quedó mirando fijamente a los ojos de Nadia y añadió—: No mires a un lado y otro que me pone nervioso.

—Si miro a un lado y a otro sin parar es porque tengo miedo y porque creo que va a aparecer mi hermana en cualquier momento.

Pablo rodeó el cuello de Nadia con su mano derecha y siguió con la exposición:

—Me echaron veinte años de cárcel, pero salí en 2015. A partir de ahí mi vida fue un infierno. Mil ojos me tenían vigilado a la espera de asestarme el golpe definitivo. Mi vida ha consistido desde entonces en correr y esconderme, esconderme y correr. No te puedes ni imaginar lo que es levantarte por la mañana y pensar que puede ser el último día de tu vida. Para sobrevivir me he visto obligado a robar. Pero siempre lo he hecho para comer o para dormir. Me he ido sin pagar de un restaurante en multitud de ocasiones. Llegó un momento en que dejé la ciudad que me vio nacer y marché a Valencia. Intenté encontrar trabajo e iniciar una nueva vida. Pero a una persona de mi edad, en esta sociedad tan

competitiva, le resulta imposible encontrar un trabajo estable. Trabajaba de forma discontinua en el puerto o en cualquier lugar por un salario miserable. Pero el enemigo acechaba. He llegado a la conclusión de que las mafias forman una red y se pasan información de un lugar a otro como pueden hacerlo los cuerpos de policías de distintos territorios. El caso es que un buen día me salieron al paso tres matones con cuchillos. Ya no era un niño, la cárcel me curtió y me enseñó muchas cosas. No me resultó muy difícil sorprenderlos y zafarme de ellos. Al primero le di una patada tan certera en sus partes que lo dejé tirado en mitad de la calle sin que se pudiera levantar. Los otros echaron a correr detrás de mí. Me persiguieron como si les debiera dinero. La cárcel también me enseñó a estar en forma y no consiguieron darme alcance. Llegué a la estación de ferrocarril. Corrí hasta el final y vi a lo lejos un tren de mercancías que arrancó. Conseguí alcanzarlo y, sin saber dónde me llevaría, me subí en uno de los vagones y…

—Y te bajaste en Cuenca, donde te estaba esperando yo.

Se cruzaron en ese momento dos señoras con sendos carritos de la compra delante del banco donde estaban reposando el chocolate y los churros.

—¿Te has enterado de la muchacha que ha aparecido degollada esta mañana? —se oyó decir a una de ellas.

A Pablo le pasó desapercibida tal conversación. Nadia se puso histérica al momento y estuvo a punto de desvanecerse. Esa voz que escuchó fue como un chispazo crujiente. Solo fue capaz de decir «es ella, es ella». Cuando Pablo se percató de la situación preguntó con cautela por el lugar donde fue encontrada la chica.

—Más allá de las quinientas —respondió una de las mujeres—. Por detrás de la Resinera.

—¿Cómo podemos llegar hasta allí? —preguntó Pablo.

—Oh, es muy fácil —respondió la otra señora—. Mire, salgan a la calle principal y tiren to recto pa bajo. Tienen que pasar junto a la plaza de toros. Luego llegarán a una gasolinera. Cuando crucen una rotonda con un arado cojan dirección Villar de Olalla. Nada más cruzar el río os metéis en el primer camino a mano izquierda. No tie pérdida.

—III—

4 de octubre de 2022

Cuando Oramas y Crespo regresaron al lugar donde estaba el cuerpo sin vida de la chica asesinada se encontró con que el juez había ordenado el levantamiento del cadáver. Con sus ojos acuosos y la naricita roja de pitiminí observó cómo era cargado el cadáver en una ambulancia y procedió a rellenar el formulario de levantamiento de cadáveres.

—¿Alguien me puede decir la fecha de hoy?

—Martes, cuatro de octubre —le indica un policía.

En ese momento aparecieron a unos cien metros de distancia Pablo y Nadia. Venían con desesperación. Sin preocuparse por el barro. Sin eludir los charcos. Pablo dio una voz seca y áspera desde la lejanía:

—Un momento, por favor.

Se refería a la ambulancia, que estaba a punto de arrancar. Oramas le pidió al conductor que se esperase un momento y accedió a regañadientes. El juez se restregó los zapatos en un matojo y se despidió de todos quedando hundidos en un funesto silencio. Cuando llegaron a la altura de Oramas, Pablo abrazó a Nadia y dio razones del motivo por el que acudieron al lugar. La inspectora preguntó a la chica si estaba dispuesta a reconocer el cadáver. Nadia estaba temblando, pero accedió. Los encargados volvieron a sacar la camilla. Abrieron la bolsa sudario y se oyó un grito. De un eucalipto cercano saltaron dos hurracas iniciando vuelo hacia el río aumentando el aire siniestro del lugar. Es el momento en que todo pareció teñirse de un sombrío aspecto y el tiempo quedó inmovilizado. El llanto de Nadia era desgarrador. Lloró a mares hasta cortársele la respiración. No tenía consuelo. Pablo la agarró

con fuerza y la dejó que inundara de lágrimas su hombro. Notó los latidos de su corazón. El lugar parecía el escenario de un melodrama. Durante el espacio de un suspiro, todos se quedaron asombrados, en silencio, petrificados… Oramas le ordenó a Crespo que la acompañase hasta el coche. Tuvo que agarrarla con fuerza. Nadia caminaba con mucha dificultad. Llevaba los ojos cerrados como si no quisiera admitir la realidad. Crespo le abrió la puerta trasera del vehículo y Nadia se desvaneció en el asiento. Con la cabeza inclinada hacia atrás parecía un «Ecce Homo».

—¿Quién es esta chica? —le pregunta Oramas a Pablo.

—Es una prostituta que se ha escapado de un club de alterne.

Oramas se quedó con la vista fija en un punto indeterminado durante unos segundos y continuó:

—¿Proxenitismo?

—Eso parece.

—¿Qué relación tiene tu pareja con…?

—Son hermanas.

—¿Rumanas?

—En efecto. Las captaron allí y les hicieron ver que iban a trabajar en un hotel. El hotel resultó que era un prostíbulo. Estuvieron esclavizadas durante ocho años hasta que se escaparon. Parece ser que les siguieron los pasos. Ayer dieron con ellas, se inició una persecución y tuvieron que separarse. No ha tenido noticias de ella hasta ahora mismo.

—¿Cómo se ha enterado de que…?

—Ha escuchado a dos mujeres hacer un comentario y…

—Ya. Esta ciudad parece que tiene oídos. Todos nos conocemos y todos tenemos que ver con todos. Hay una cosa que nos ha llamado mucho la atención. Hemos encontrado en su bolsillo más de cien mil euros. ¿Podría decirnos algo sobre su procedencia?

—Como le acabo de decir han estado ocho años en un prostíbulo sin salir de allí —dijo Pablo apoyándose en una sonrisa heladora—. Las sometían a largas jornadas de trabajo siete días a la semana. Según me ha contado Nadia, llegaban a veinticinco servicios sexuales por día. El dinero a que usted se refiere es el producto de ocho años de ahorros. Divida esa cantidad entre los días trabajados y se dará cuenta de que no es nada desorbitada.

Oramas encontró razonable el argumento de Pablo y asintió.

—Me pregunto qué papel juegas tú en este asunto.

—Conocí a Nadia anoche.

—Pues no hacía noche para andar deshojando la margarita.

—La encontré en la estación en estado de desesperación. Estaba totalmente mojada y temblorosa, se me acercó buscando ayuda, vi que había una fogata en un bloque de pisos abandonado y nos acercamos.

—¿A qué hora ocurrió el encuentro?

—Poco antes de las doce.

—Muy tarde para estar en la calle con la estaba cayendo. ¿Eres de Cuenca?

—No.

—¿Vives aquí?

—Tampoco.

Tras un patético silencio, continuó:

—Llegué ayer por la noche desde Valencia.

—¿A qué hora llegó?

Pablo frunció los labios simulando que pensaba. Guiñó un ojo y con la mirada perdida en un punto indeterminado contestó:

—Debían ser las diez y media. De la noche, por supuesto.

—Creo que a esas horas no hay ningún tren que venga de Valencia.

—Es que no llegué en tren —mintió sin mover ni un solo músculo de su cara. Lo hizo por pura necesidad. La vida le había enseñado a esconder sus sentimientos—. Vine haciendo autostop.

—¿Se puede saber dónde habéis pasado la noche?

Pablo pensó que poca era la reputación que podía perder y se sinceró:

—Le acabo de decir que fuimos desde la estación hasta un bloque abandonado. Es allí donde hemos pasado la noche.

—Supongo que será allí donde se ha hecho esa herida. Perdona la intromisión, pero parece una herida fresca.

—Cuando llegamos no fuimos muy bien recibidos. Se quisieron sobrepasar con Nadia y tuve que enseñarles lo que es el respeto.

—Vaya, vaya… Un chico duro… ¿Con cuántos…?

—Había cuatro niñatos. Uno de ellos cogió un tarugo del suelo y me lo estampó en la frente. Salieron a flor de piel los demonios que llevo dentro y les hice rodar por el suelo. Uno de ellos estuvo a

punto de caer al vacío. Se asustaron y se marcharon. Eso fue todo lo que ocurrió.

—Está mal que lo diga, pero creo que les estuvo bien empleado. No te puedes ni imaginar la guerrita que nos da esa tropa de estúpidos.

Pablo volvió la vista hacia Oramas lleno de orgullo y añadió:

—Creo que como custodia de la ley y el orden debe saber que esos chicos están totalmente faltos de aliciente en la vida. Son unos fracasados que han elegido la violencia como forma de expresión. ¿No le parece una gran desgracia no saber encontrar la felicidad en la sencillez de las cosas? Porque eso es lo que les pasa, necesitan estar siempre al borde del precipicio.

Reinó en ese momento un denso silencio que acabó siendo embarazoso. A juzgar por las facciones contraídas en el rostro de Oramas no parecía haber recibido con mucho agrado las palabras de Pablo. Sin duda alguna, hubiera sido tarea muy difícil haberle arrancado una palabra más de su boca. Pero Oramas es una persona templada que no suele perder los nervios. Miró al cielo y dijo:

—Creo que lo mejor es que nos marchemos antes de que empiece a descargar.

Se habían quedado solos en medio del barrizal. El perro seguía mirando a Oramas desde una distancia prudencial y con ligeras expectativas. La pareja de hurracas había regresado al lugar de donde salieron de estampida. Cuando llegaron al vehículo donde estaban Crespo y Nadia imperaba una quietud placentera. Aunque todavía no había recobrado la normalidad, la excitación nerviosa de Nadia había remitido. Se encontraba adormilada con la cabeza apoyada en el cristal. Oramas se sentó en el asiento del copiloto. Pablo al lado de Nadia, la cual no se inmutó.

—¿La llevamos a urgencias? —preguntó Crespo.

Oramas, que no había contemplado tal situación, respondió:

—Creo que va a ser lo mejor.

—Pon la sirena en el techo y llama al hospital —ordenó Crespo a su jefa—, de esa forma ganaremos tiempo.

—Hay que ver, lo que te gustan los efectos especiales.

En los bajos del coche impactaba el barro del camino formando un desagradable chisporroteo. Salieron a la carretera, activaron la sirena y Crespo hundió el pie en el acelerador. Cuando llegaron, la

cabeza de Nadia estaba en tal estado de confusión y su estado general era tan deplorable que hubo que entrarla en el hospital casi en volandas. La atendieron con rapidez. Le aplicaron un tranquilizante y la dejaron en una camilla dormida.

—Según el Plan Integral de Lucha contra la trata de mujeres, Nadia tiene derecho a asistencia psicológica —explicó Oramas—. Creo que le va a hacer mucha falta.

—Eso creo yo también —respondió Pablo.

—Entre los recursos que el Estado pone a disposición de las mujeres explotadas sexualmente se encuentra también el alojamiento. No sé si tendrá necesidad de ello.

Pablo se quedó pensativo durante unos segundos y dijo:

—No. De esa ayuda no estamos necesitados. Tenemos recursos económicos.

—De la atención sanitaria tampoco os tendréis que preocupar, por supuesto. Y si necesita cualquier otro recurso, ya hablaremos de ello con Nadia cuando se reponga.

Crespo le dio su número de teléfono a Pablo y le advirtió que la debería llamar en el momento en que se despertase. Cuando se marcharon las inspectoras, lo primero que hizo Pablo fue hacerse cargo del dinero. Metió la mano en el bolsillo de Nadia y lo cogió. Se desembarazó de su compañera y marchó en busca de un restaurante donde mitigar el hambre.

Crespo y Oramas llegaron a la comisaría con los zapatos hartos de barro y con el rostro ajado por el frío. Tras pasar por el baño y adecentar el calzado hasta donde la escasez de material permitía, Oramas reunió a todo su equipo y, envuelta en un silencio mortal, los puso al día de los acontecimientos. Las miradas y los gestos de los concurrentes dejaban a las claras que comprendían que para Oramas y Crespo la mañana no podía dar más de sí. Ni una sola pregunta. Ni un solo comentario. Oramas marchó a dar novedades al comisario que, al verla llegar con aquellas trazas, la invitó a marcharse a casa. No lo hizo antes de informarse sobre las pruebas recogidas en el lugar donde fue asesinada la joven rumana. Tan solo disponían de las huellas de las pisadas de una persona que calzaba un 44 y el dibujo de unos neumáticos 255/45 R20. Ordenó a dos policías que patrullaran la ciudad en busca de alguien sospechoso que circulara con un vehículo de gran cilindrada y marchó para

casa.

Cuando Pablo regresó al hospital no encontró a Nadia en el lugar donde la había dejado. La habían subido a planta. Al preguntarle a una enfermera que dónde estaba le contestó de mala gana, sin mirarle a la cara siquiera:

—Si no está aquí es que la han subido a planta o le han dado de alta. Pregunte en información.

Le dijeron que estaba ingresada en la habitación 235 y que estaría ingresada hasta el día siguiente. Subió a la habitación, pero no pudo hablar con Nadia. Se identificó y habló con una enfermera:

—Soy su pareja —le dijo—. Mañana, cuando le den de alta deben llamar a este número de teléfono. Es el de una inspectora de policía que se hará cargo de ella.

La enfermera le pidió el nombre de la chica. Pablo no pudo darle los apellidos. Cuando acabó de cumplimentar todos los datos que le solicitó la enfermera desapareció a toda prisa hacia la estación del AVE. De camino pasó por la calle Carretería, que es donde se ubica parte del comercio en la ciudad. Entró en una librería y pidió una mochila.

—¿Cómo la quiere? —preguntó la dependienta, una chica joven que escondía la timidez tras unas gafas de diseño con cristales redondos.

—Quiero la más grande —respondió Pablo con sequedad.

La chica se sintió un tanto intimidada.

—¿Para qué la quiere? —insistió.

—Te he dicho que quiero la más grande.

Un señor de unos 45 con aspecto de ser el dueño del establecimiento terció y le enseñó dos mochilas. Una de tela y otra de piel. Pablo las cogió. Las abrió. Se quedó un momento pensando y dijo:

—Me llevo las dos.

Metió la mochila de tela dentro de la de piel. Se la colgó en bandolera. Pagó y se marchó. El siguiente establecimiento en el que entró fue en una mercería. Compró tres pares de calcetines y tres calzoncillos. Se le antojó una camisa que vio en un escaparate y compró un par de ellas (una de color blanco y otra de color negro). Al pasar por una ferretería se hizo con un manojo de bridas para

cables, cinta adhesiva, bolas de porexpán y las guardó en la mochila. El último establecimiento que visitó fue una zapatería. No se encapricho de ninguno en especial. De todos los que se probó, optó por el par más cómodo: unos zapatos clásicos de piel confeccionados totalmente a mano.

—¿Me podría usted decir dónde podría coger el autobús para ir a la estación del AVE?

Señaló en dirección Valencia y dijo:

—Cruce de acera y a cincuenta metros la tiene. Tiene que estar a punto de llegar.

Pablo salió de la zapatería con ellos puestos. Tiró los zapatos viejos en la primera papelera que encontró y tomó el autobús. A pesar del inmenso terreno que posee la Renfe en la ciudad de Cuenca, se llevaron la estación del AVE a cuatro kilómetros de la ciudad. Tuvo que esperar veinte minutos a que llegara el próximo tren. Tiempo que aprovechó para cambiarse de ropa en el baño. Con zapatos nuevos, la mochila de piel colgando del hombro, calzoncillos limpios, su abundante cabellera bien peinada (la mojó y utilizó los cinco dedos como peine) y la camisa negra a estrenar, salió hecho un dandi.

A las 19:03 ocupó el lugar que le correspondía según el billete. Se arrellanó en el sillón. Cerró los ojos. Apoyó la frente en la frialdad del cristal y dejó volar libremente la imaginación. Sin saber el motivo, se le fue al día en que enterró a su madre. La despidió en el cementerio de Horta. Realmente no quedó enterrada, quedó embarrada. Cayó tal turbión que obligó a acelerar la ceremonia hasta el punto de que a punto estuvo el cura de echar a correr. Las paletadas de lodo sonaban distintas al chocar sobre el féretro: plof, plof, plof… Allí la dejó hasta la eternidad rodeada de restos de gente que poco tenía que ver con ella. Se fue en el momento más inoportuno, cuando más la necesitaba. Bueno, la verdad es que nunca es momento oportuno para morir, sobre todo cuando median ochocientos kilómetros entre la sepultura y el lugar que te vio nacer. Desde entonces ha sido incapaz de recomponer su vida. Voló el tiempo al ritmo de la locomotora. Cincuenta y cinco minutos

después, el sol se acababa de ocultar, todavía con el mismo pensamiento bailándole en la cabeza, entraba en la estación de Atocha. Con la mochila en bandolera marchó en busca de una puerta que lo sacara de la estación. Un reloj que había en la cabecera de las vías marcaba las 20:05. Pablo lo miró y dejó escurrir una sonrisa ladina por la comisura de sus labios.

Salió por una puerta lateral a la calle de Méndez Álvaro. Anduvo errante y con paso decidido en dirección sur y giró a la derecha en la calle del Áncora. Sin motivo aparente se paró y se quedó clavado en el suelo como quien esperara el autobús. Lo cual no hubiese llamado la atención si hubiese habido una parada. Con el gesto endurecido, apoyado en una farola miraba a un lado y a otro de la calle sin parar. Y así continuó, revoloteando en torno a la farola, hasta que vio llegar un coche que ocupó un aparcamiento en la acera de enfrente. Era un vehículo de gama pequeña del que salió una chica muy joven. Alta, morena. De la puerta de atrás sacó una gabardina gris oscura que se la colgó del brazo izquierdo, lo cual le hizo suponer a Pablo que no debía de ir muy lejos. Sacó también un bolso de diseño que se lo colgó de un hombro y un maletín de piel.

Pablo no le quitaba los ojos de encima. La chica se aseguró de que el coche estaba bien cerrado y marchó hacia la calle Rafael de Riego. Pablo la siguió a distancia prudencial. Cruzaron la calle Riego y giraron a la derecha al llegar al paseo de las Delicias. La chica iba con paso firme y decidido. Dos manzanas más arriba, la chica se encontró con un joven. Se saludaron con un beso en los labios y entraron en un portal que Pablo supuso que sería su domicilio. Aun así, se acercó al portal y lo inspeccionó. «Estos ya no salen de casa», concluyó Pablo.

Regresó hasta donde estaba aparcado el coche de la chica. Se paró ante él, se puso unos guantes de lana y en un momento en que no circulaba nadie por la calle aprovechó para zarandear al coche con todas sus fuerzas y poner a prueba la alarma. «Está desconectada», pensó Pablo. No le hizo falta romper ningún cristal para entrar. Simplemente lo abrió con una especie de llave maestra que sacó de su bolsillo y que se parecía más a un sacacorchos que a otra cosa. Ya dentro del habitáculo sacó un segundo aparato que conectándolo debajo del volante le permitió ponerlo en marcha.

Salió hacia la glorieta de Carlos V para acceder desde allí a la

M-30
por la avenida de la Ciudad de Barcelona. Sin hundir el pie en el acelerador, se dirigió hacia el sur. Cuando llegó a la
M-30
el tráfico era intenso a esas horas, pero no tenía excesiva prisa. Se retrepó en el asiento y condujo con suavidad, disfrutando de la carretera, tarareando canciones como si nada malo fuese a ocurrir. Pasado Quismondo llegó al Club 69, número que hacía referencia al kilometraje de la autovía y no a otra cosa. El club estaba situado en la parte de la calzada con sentido Madrid. Tuvo que seguir hasta encontrar un cambio de sentido. Al llegar a la altura del club estacionó el vehículo fuera del recinto vallado, en un carril de servicio. Pablo dejó el coche abierto, al ralentí. La ventaja que tienen los coches híbridos es que no hacen ruido ni vibran.

La música se escapaba del local a través de los cristales haciéndose más intensa cuando algún cliente abría la puerta. Era una música fiestera no apta para melómanos. Pablo miró a un lado y a otro poniendo énfasis en los pequeños detalles. Escuchó al otro lado del edificio ladridos. Se recompuso la ropa, se colocó la melena y, apartando unas gruesas cortinas rojas de terciopelo, entró en el local. Había dos camareras, ocho chicas por fuera de la barra y tres clientes apostados en el mostrador dándole palique a las que le habían servido las copas. Le sorprendió un agradable aroma a vainilla y sándalo. Al acercarse a la barra se dio cuenta de que una de las chicas estaba sin sujetador haciendo malabarismos alrededor de una barra estadounidense. Se enroscaba y se desenroscaba en ella como una cobra. Pablo se acercó y contempló un cuerpo escultural. La miró a los ojos, con intensidad. Fue correspondido. Sus miradas se cruzaron. La chica puso toda su piel en el asador y mostró su flexibilidad y sus habilidades ejercitándose con una serie de acrobacias. Pablo se quedó embelesado contemplando su cuerpo. Un cuerpo escultural y lleno de vigor en el que pudo ver la viva imagen de su madre. La chica se ruborizó. Cuando Pablo marchó a la barra, desapareció. Todavía no habían terminado de servirle el coctel que pidió cuando se presentó ante él. Se colocó a su lado derecho.

—¿Me invitas? —dijo con una sonrisa meliflua colocándole la mano sobre su hombro.

Llevaba cubierta la parte superior de un cuerpo con una gasa totalmente transparente dejando a la vista la turgencia de sus senos.

—Por supuesto —le correspondió con otra sonrisa zalamera.

Se pidió una caipiriña.

—No te he visto nunca por aquí.

—Es la primera vez que vengo.

—Y ¿qué buscas?

Se quedó de nuevo mirándola fijamente y envolvió un simulacro de apetito en una sonrisa. Se humedeció los labios y dijo:

—Ahora después te lo digo.

Siguieron cruzándose miradas y amplias sonrisas mediante las que se enseñaban sus magníficas dentaduras. Cuando se alejó la camarera, Pablo preguntó:

—¿Conoces a dos hermanas llamadas Nadia y Joana?

—Las conozco, pero aquí se llamaban Wendy y Tiffany. Además, no eran hermanas.

—¿Qué eran, entonces?

La chica lo miró con cara de haber metido la pata. Tras un gesto ambiguo, dudó un momento y dijo por fin:

—Eran amantes.

—¿Amantes? —repitió con los ojos a punto de saltar de su rostro.

—Sí, amantes. ¿De qué te extrañas? —dijo cogiéndole las manos —. ¿No sabes lo que es una lesbiana?

—Me extraña porque he iniciado una relación con Nadia y no me ha dicho nada.

La chica se tapó la cara con las dos manos.

—¡Dios mío, que torpe soy! ¿Has conocido también a Tiffany? Bueno…, quiero decir a Joana.

—Cuando he visto a Joana, estaba muerta.

—¿Muerta?

—La han asesinado.

—Hijos de puta —dijo enrabietada.

Pablo se soliviantó. Soltó la mochila en el suelo. Agarró la cabeza de la chica y la acercó a su pecho. Simulando que la besaba, le susurró al oído:

—Tranquila y sonríe. He venido a liberaros.

La soltó. La chica relajó todos los músculos de su cuerpo y se

sintió como un pajarillo que acaban de sacar de la jaula.

—Tú estás loco —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—No dramatices, princesa. Rodéame la cintura como si me fueras a comer la oreja y contesta sonriendo a las preguntas que te haga. ¿Lo has entendido?

—Sí, cariño —respondió simulando una sonrisa amorosa.

—¿Cuántos matones hay ahora mismo en este antro?

—El jefe y dos más.

—¿Dónde están?

—El jefe está siempre en su despacho. Según me cuentan está enviciado con la pornografía infantil. Los otros dos suelen estar por aquí abajo, controlando.

—¿Dónde está el despacho del jefe?

—En la tercera planta. Pero es muy difícil llegar hasta él. Hay una puerta blindada en el pasillo.

—Que sea fácil o difícil lo decidiré yo cuando estudie el terreno —dijo Pablo acercándose a su oreja—. Vamos a hacer una cosa, te vas a pasar a mi lado izquierdo y me vas a avisar cuando veas a los dos matones que vigilan por aquí.

La chica le rodeó el cuello con suavidad con las dos manos y, acercando sus labios a la cara de Pablo, se sentó en su rodilla izquierda simulando que flirteaban. Pablo acercó de nuevo sus labios a su oído y preguntó:

—¿Llevan pistola?

—El más alto, sí. Por cierto, ahí lo tienes.

Pablo se acomodó en el asiento. Se giró con suavidad y echó un vistazo fugaz. Era un tipo al que le debía faltar poco para uno noventa. Pelo abundante. Engominado. Peinado hacia atrás. Llevaba camisa blanca y chaleco ajustado de color gris a juego con los pantalones. Se pavoneaba de aquí para allá entre las chicas con cara de perdonavidas. Llevaba escrito en la frente que era un matón de puticlub.

—Me ha dicho un pajarito que el jefe tiene una caja fuerte —dijo Pablo.

—A mí me lo ha dicho una pajarita.

—Y que dentro hay mucho dinero.

—Y mucha droga.

—¿Qué misión tiene la señora que hay en el mostrador que hay

frente a las escaleras?

Se refería a una señora que estaba en la cincuentena y que observaba como si fuese una cigüeña sobre el campanario de una iglesia.

—Es la que se encarga de los cobros y de la distribución de habitaciones. Además, nos controla desde la distancia. Por su culpa, a más de una le han llenado la cara de hostias.

—Eso quiere decir que es una chivata.

—Más o menos.

Pablo era una persona que difícilmente se alteraba, pero estaba un tanto excitado.

—Vamos a hacer una cosa, cuando vuelva ese tipo de nuevo, voy a simular que estoy borracho y que me estoy sobrepasando contigo. Cuando se acerque le daré un buen mamporro y le quitaré la pistola. En ese momento te marcharás corriendo como si hubieras entrado en pánico. Vas a avisar a todas las chicas del local para que estén preparadas para huir en unos minutos. Por cierto, he oído perros al entrar.

—Los utilizan para apresar a las chicas cuando se escapan. Cuando se marcharon Nadia y Joana…

—Corta el rollo —le amonestó con la mirada—, que esa historia ya me la sé.

Charlar y dejar pasar el tiempo era una tarea que le venía a Pablo como anillo al dedo, ya que, además de su característico gusto por la charla, en la cárcel había aprendido a tener una innegable paciencia de cocodrilo. Adoptó un aire de estúpido colocándose un palillo entre los dientes y pidió otro cóctel. Con la copa en la mano se movía de derecha a izquierda con la misma habilidad que un pulpo bailando sobre la arena aparentando una borrachera que no era tal. Con la característica lengua de trapo de los que han cargado con una buena melopea se inclinaba sin cesar sobre la chica intentando llamar la atención. Sin duda alguna, Pablo había perdido las maneras. Parecía un mono drogado más que otra cosa. Con la mirada perdida en el techo e inclinado sobre la chica, hablaba sin parar como una cotorra vieja. La conversación paró en seco cuando sintió un dedo que le golpeó en el hombro. Se giró con los ojos entornados y advirtió que era el matón quien le había golpeado. Detrás de él venía el otro gorila con gafas de piloto

aviador. Pablo se fijó en los tres clientes y se dio cuenta que estaban pendientes del incidente. De reojo miró a la cintura del más alto y comprobó que tenía la pistola en el lado izquierdo, de lo cual dedujo que era diestro. Le empujó al más alto y dijo con voz gangosa:

—No se te ocurra volver a ponerme la mano encima.

El perdonavidas pareció ver una gran oportunidad para darle un buen escarmiento y echarlo del local a patadas. Se abalanzó sobre él con el puño derecho levantado. Pablo, que lo vio venir, en un preciso movimiento de esgrima, lo esquivó aprovechando el impulso para meterle la suela del zapato mediante un certero golpe con el tacón en el hígado del otro bravucón. ¡Plof! El resultado no se hizo esperar, cayó al suelo echo un ovillo. Y allí se quedó inconsciente. El más alto se giró de inmediato y se echó la mano a la pistola, pero Pablo, con más reflejos y más agilidad que una nutria en el agua, le agarró la muñeca a la vez que le soltó un cabezazo en la cara con la mala suerte para el fanfarrón que le rompió el tabique nasal. Era digno de ver cómo sangraba. No se conformó Pablo con eso, sino que ya en el suelo le soltó tan buena patada en el vientre que lo dejó sin respiración fuera de combate. Por si las moscas, a su compañero le soltó otra buena patada en la infrapunta de la nariz que, si no lo dejó chato de por vida, fue porque le falló el pie de apoyo en el momento del golpeo. Los tres clientes que había en la barra dejaron un billete y se marcharon antes de que nadie les preguntara algo. Pablo miró a la señora que estaba frente a las escaleras de subida y vio que tenía pegado el teléfono al oído. Echó a correr como un poseso y le apuntó a la sien. La buena señora soltó el teléfono sin que mediara palabra alguna. Cuatro segundos después sonó. Pablo apretó el cañón contra la sien y le hizo una seña para que contestara.

—¿Me has llamado? —se oyó al otro lado.

La señora suspiró y contestó:

—Perdona, me he confundido —y colgó antes de que le brotaran dos lagrimones de sus ojos.

Pablo arrancó de cuajo el teléfono y se lo guardó.

—¿Qué hay tras esa puerta?

—Ropa sucia —contestó la señora a duras penas.

—¿Dónde está la llave?

La señora se giró y la cogió de una alcayata que había a su derecha.

—Aquí está —dijo soltándola sobre el mostrador.

—Abre la puerta ahora mismo —replicó Pablo a la señora con voz imponente que temblaba como si tuviera el baile de san Vito—, ahora me vas a acompañar —añadió desafiándola con la mirada.

La llevó hasta donde estaban los dos cuerpos de sus compañeros tendidos. Cogió la mochila del suelo y se la colgó del hombro izquierdo. Corrió la cremallera y sacó una brida con la que ató las dos muñecas en la espalda de la señora. A continuación procedió de la misma forma con los otros dos. Llamó a una de las camareras y, entregándole la mochila de tela, dijo:

—Mete aquí todo el dinero que hay en la caja.

La camarera no daba crédito, pero observando una seña de la chica que acompañaba a Pablo, hizo lo que ordenó. Como si se tratasen de dos monigotes de pim, pam, pum, cogió por el cuello de la camisa a los dos matones que estaban en el suelo y los llevó hasta el cuarto de la ropa sucia. Abrió la puerta con la llave que le había entregado la señora y les obligó a tumbarse sobre unas sábanas que Dios sabe quién se habría refocilado en ellas. Sacó de la mochila tres bolas de porexpán, las metió en la boca de cada uno y les selló los labios con varias vueltas de cinta estadounidense. Cerró la puerta, cruzó el vestíbulo y vació todos los billetes que había en la caja registradora en la mochila. Impregnada la atmósfera de la sala de un silencio dramático, Pablo regresó a la barra y le dijo a la chica:

—¿Sabes lo que hay que hacer?

—Lo que hay que hacer ya lo he hecho. No tienes que preocuparte de nada.

Pablo miró a las tres camareras y recibió tres sonrisas cargadas de sinceridad. Sonrisas a las que respondió con otra un tanto desgastada.

—Vamos para arriba —le dijo a la chica.

Subieron de puntillas hasta la tercera planta. La habitación de la chica estaba cerca del despacho del jefe. Entraron en un cuarto que había dos puertas antes de llegar a las dependencias que ocupaba el jefe.

—Esta es mi habitación —dijo la chica con el tono más bajo que

pudo. Era una habitación que estaba situada en el ala derecha del pasillo—. La comparto con una de las camareras que hay abajo. Esa puerta que hay en mitad del pasillo es la que te digo que está blindada.

No era una puerta de obra. Era una reforma hecha por el jefe para reservarse unas cuantas habitaciones. Pablo se asomó por la ventana. Miró hacia abajo. Estaba muy lejos del suelo, pero sabía que era el único camino para llegar al jefe. No era momento de andar deshojando la margarita.

—Dime cómo está diseñado el espacio que se ha reservado el jefe.

—Es muy simple. Hay un pasillo en medio y habitaciones a derecha e izquierda.

—¿Dónde está su despacho?

—Conforme entramos por la puerta blindada, al fondo a la izquierda.

—Bien. Eso facilita las cosas —dijo con una sonrisa ladina escurriéndose de sus labios.

Volvió a asomarse por la ventana. Miró hacia la izquierda. Se fijó en la distancia que había entre ventana y ventana. Se dio cuenta que había una estrecha cornisa en la que cabía un pie si se tenía la habilidad de colocarlo de forma adecuada.

—Para acceder al reservado, tengo que salvar dos ventanas si no me fallan las cuentas. ¿No es así?

—Así es —contestó la chica asustada—. Pero ir de una ventana a otra es muy peligroso —añadió con gesto afligido.

Acordándose de Nadia, sonrió con cariño y respondió.

—Pero, llegados a este punto, ya no hay marcha atrás. Vamos…, manos a la obra que el tiempo apremia.

La chica se acercó y le dio un abrazo como gratitud por los servicios prestados que Pablo pudo sofocar con un beso en la frente. Sacó su cuerpo por la ventana ahorcajadas y se colocó cara a la pared con un zapato apuntando a Valencia y el otro a Lisboa. Su cuerpo lo tenía firmemente adherido a la pared como una lapa. Con todos sus músculos en tensión, sin mirar hacia el suelo, fue avanzando hacia la otra ventana con movimientos cortos. El esfuerzo era muy intenso. No tardó en empezar a sudar. Cuando alcanzó el quicio de la ventana siguiente se tomó un respiro. Giró la

cabeza hacia atrás y vio a la chica que no perdía detalle de lo que allí sucedía. Levantó el dedo pulgar de la mano izquierda hacia arriba. Miró hacia la derecha y acometió el siguiente tramo. Cuando conquistó la segunda ventana se dio cuenta que había un gato negro en el alfeizar. Al verlo llegar entró por la ventana como una exhalación. Pablo hizo lo mismo. Al entrar, tuvo la mala suerte de golpear un jarrón que cayó al suelo haciéndose añicos. Temeroso de ser descubierto, se colocó detrás de una columna de carga. El gato quiso satisfacer la curiosidad y marchó a olfatear al nuevo inquilino.

—Micifú —se oyó una voz en el pasillo.

El gato estaba ensimismado con los zapatos de Pablo. En el mismo momento que sintió que giraba el pomo de la puerta golpeó al gato con el pie y salió catapultado por los aires yendo a caer justo al lado de la puerta.

—¿Qué te pasa, gatito? Llevas una temporada muy alterado, —dijo recogiendo al gato entre sus brazos—. Mira lo que has hecho, gamberro. Has roto un jarrón de porcelana. Anda, vente conmigo.

Pablo resopló. Salió al pasillo y vio que el jefe tenía la puerta entornada. Mirando por la rendija observó que estaba sentado en una mesa de despacho que había sobre una tarima. Tenía al gato enroscado en su regazo y miraba fijamente la pantalla del ordenador. Miró la pared que había tras él, teniendo buenas razones para pensar que detrás del óleo podría estar su futuro, lo cual le aportó una ligera ansiedad. El pasado había sido muy duro con él y pareció dispuesto a que esa tendencia cambiara desde ese mismo momento. Con mirada astuta y expresión solemne empujó la puerta con el zapato y se quedó cara a cara con el jefe. El gato dio un salto, maulló suavemente, encorvó su cuerpo y, alzando el rabo, se marchó a una esquina. El jefe se levantó. Se abrochó la bragueta y dijo con voz áspera:

—¿Quién es usted? ¿Cómo ha entrado aquí? ¿A qué ha venido?

—¿Acaso crees que es este un lugar inexpugnable? He entrado por la ventana y he venido a liberar a todas esas esclavas que tienes aquí encerradas. ¿Cómo lo ves?

Pablo se acercó a él apuntándole con la pistola. Al llegar a la altura del ordenador giró la pantalla y vio a dos niños desnudos.

—Haces a todo. Eres una persona completa, ¿verdad,

mamarracho?

—A ti no te importa lo que hago con mi vida.

Se acercó a su altura. Se plantó ante él y alzando sus poderosos hombros como un gallo de pelea antes de entrar en liza estampó la culata de su pistola en sus narices. No conforme con ello, le lanzó un zurdazo que consiguió partirle la ceja. Cayó al suelo como un fardo formándose un charco de sangre en el suelo.

—Pues va a ser que sí me importa, mire usted por dónde.

El jefe se recuperó. Se puso en pie y le lanzó una mirada torva que lo atravesó de pecho a espalda.

—Y ahora me vas a abrir la caja fuerte —dijo Pablo.

—¿Qué caja fuerte?

Pablo apuntó al óleo y disparó entre las cejas de su retrato. Con los labios sellados, furioso e iracundo, le señaló con la vista el lugar donde estaba. El jefe se limpió la sangre del rostro con el reverso de la manga, retiró el cuadro y abrió la caja fuerte. En un movimiento inesperado el jefe empuñó una pistola y, girando la cabeza con la rapidez de una serpiente, apuntó a Pablo. No llegó a sorprenderlo. Dando la impresión de que lo estaba esperando, soltó la pistola que empuñaba y le agarró la muñeca que sujetaba la pistola. En un rápido movimiento, Pablo la sujetó con fuerza y la giró hacia arriba dejando su cuerpo fuera del alcance de un posible disparo. Aprovechando la inercia, giró el brazo hacia la derecha. Sin soltar la muñeca del jefe, dio una leve patada sobre el pie de apoyo consiguiendo que cayera al suelo. Giró su muñeca hacia la izquierda hasta conseguir que soltara la pistola. Cuando la soltó, le dio otro buen golpe con el puño cerrado en el ojo que mantenía intacto. Totalmente entregado, Pablo lo cogió de los pelos, lo arrastró hasta el borde de la tarima, le abrió la boca colocando los dientes sobre la arista y, pisándole la nuca con fuerza, preguntó:

—¿Verdad que ya no vas a hacer más tonterías? —aseguró Pablo mientras sus ojos chispeaban con sarcasmo.

Tan solo pudo dejar escapar una exclamación ahogada que fue suficiente para que Pablo entendiera que iba a ser un buen chico a partir de ese momento y que no era necesario que le arrancara todas las piezas dentales de la boca. Recogió las pistolas del suelo. Ayudó al jefe a levantarse. Marcharon los dos hacia la puerta blindada del pasillo y la abrió. Al otro lado de la puerta apareció la

chica.

—Trae las mochilas —ordenó.

Cuando la chica cruzó la mirada con la de su jefe apenas se pudo mantener incólume. Estaba irreconocible. Su gesto altanero se había reducido a una mirada triste que le salía de un rostro totalmente desfigurado. Su ojo derecho lo tenía inflamado y con un derrame. El izquierdo morado y a punto de cerrarse por completo. De su nariz —hinchada y enrojecida— goteaba sangre. El labio lo tenía partido y un pelín descolgado. Sin lugar a dudas, su cara parecía un ocho mal trazado. Abrieron la puerta del despacho y se encontraron al gato lamiendo la sangre que había esparcida por el suelo. De nuevo se marchó a su rincón dejando tras de sí sus huellas de color rojo. Vaya sorpresa que se llevó Pablo al acercarse a la caja fuerte para llenar las mochilas de dinero. No se esperaba tal cantidad de billetes. Y la mayoría eran de quinientos euros. Las llenó hasta los topes y todavía sobró dinero. Se alzó de puntillas y descubrió que en la balda de arriba estaban los pasaportes de las chicas. Los cogió y le advirtió a su amiga que diera la voz para que no se marcharan sin ellos. Cogió otra brida y le ató al jefe las muñecas por la espalda.

—Ahora te vamos a llevar con tus compañeros mientras que se reparten los pasaportes entre las chicas.

Pablo pidió el de Nadia y Joana. Se lo dieron y los guardó en el bolsillo de atrás del pantalón. Los demás se fueron repartiendo como lo haría un profesor que ha corregido los exámenes. A partir de ese momento se escuchó un ajetreado ir y venir. Las botas de las chicas que obtenían el pasaporte aporreaban las escaleras buscando la puerta de salida como si fueran cascos de caballo. Se percibía un enorme nerviosismo. Cuando el jefe empezó a bajar las escaleras acompañado de Pablo iba totalmente desolado. A pesar de ello, las chicas que se cruzaban con él bajaban la cabeza. Cuando llegaron a la planta baja todavía había chicas que no tenían su pasaporte en la mano. Pablo miró hacia arriba y tronó:

—Cuando acabes de repartirlos mete la droga en una bolsa y nos vamos.

Se refería a la que había visto en la parte inferior de la caja fuerte.

Pablo abrió la puerta donde había metido a los otros dos

matones y a la señora encargada de la recepción. Cuando vieron al jefe en el estado que estaba se les bajó el alma a los pies. De un empujón lo tiró sobre ellos. Les quitó la cinta de embalar y escupieron las bolas que tenían en la boca con desesperación. Sabiendo que no habían de tardar mucho tiempo en ser liberados, se despidió de los cuatro y cerró la puerta.

Había llegado el momento de la despedida. Ya en la puerta de la calle, Pablo les aconsejó que se desperdigaran y que no dejasen de andar en toda la noche. Todas las chicas se encaminaron hacia la trasera del edificio y desaparecieron a través del olivar. La chica que acompañó a Pablo durante toda la noche fue la última en salir por la puerta. Se le quedó mirando con gesto apacible y se colgó de su cuello en un sentido abrazo.

—Gracias por todo —le susurró al oído.

Pablo se retiró unos centímetros de su cara. La escrutó con detenimiento. Se detuvo en sus ojos y percibió una mirada meliflua. ¿Quién podría resistirse ante esa mirada?

—¿Dónde vas a ir? —preguntó Pablo.

La chica se encogió de hombros y respondió:

—No me ha dado tiempo de hacer planes.

—¿Te vienes conmigo hasta Madrid?

No hicieron falta más palabras. Una sonrisa llena de afabilidad fue su respuesta. Al entrar en el coche le advirtió que era robado y que no debía tocar nada. La chica sacó del bolsillo lateral de su maleta unos guantes y se los calzó. Cuando salieron a la
A-5
miraron a la derecha. La luz que proyectaba la luna les permitió ver a las chicas desperdigadas entre los olivos. Pablo se las imaginó con su cerebro invadido por oleadas de pánico paralizándoles las piernas a la vez que le nublaban la claridad de ideas. No les iba a resultar fácil la vida en libertad, pensó. Y de eso tenía él mismo una buena experiencia.

—Todavía no sé cómo te llamas —dijo Pablo al cabo de una pausa que duró los cuatro primeros kilómetros de viaje.

—Lynda.

Pablo apartó los ojos de la carretera brevemente. La miró con gesto de guasa y dijo:

—No te he preguntado por tu nombre artístico. Dime el nombre

que pone en tu pasaporte.

—Mis papeles ponen que me llamo Natasha, pero hace tanto tiempo que nadie me llama así. Creo que el nombre ya se ha desprendido de mí.

—¿Cómo te llama tu familia?

—Ya no tengo familia. Mi hermano murió en la guerra, mi madre se marchó huyendo y hasta el momento no he podido contactar con ella.

—Deduzco que eres ucraniana.

—Lo soy, lo soy. Te lo he puesto demasiado fácil.

—Yo me llamo Pablo y, como no he tenido que prostituirme, no ha sido preciso adoptar otro nombre.

Natasha hizo una pausa y paseó la mirada por lo que se intuía del paisaje. En el cristal vio reflejada la figura de Pablo que la miraba de soslayo.

—Me ha llamado mucho la atención tu habilidad para pelear.

—Lo aprendí en la cárcel. Veinte años dan mucho de sí si los sabes utilizar.

—¿Eres traficante?

—No. La droga es algo que ha estado y sigue estando fuera de mi vida.

—Como me has hecho cargar con ella —dijo Natasha señalando la bolsa que tenía entre sus pies.

—Cierto. Me había olvidado de ello. Te he dicho que lo echaras en una bolsa porque pensaba destruirlo. Y eso es lo que vamos a hacer.

—No querrás parar para hacer una hoguera.

—Va a ser algo mucho más fácil y más divertido. La vas a ir tirando por la ventana.

Y así se hizo. Natasha abrió el cristal de la ventana. Tomó el primer paquete. Estaba plastificado. Le dio un bocado en una de las esquinas. Escupió el plástico hacia el exterior y abocó el saquito hacia el exterior hasta que se agotó el polvo.

—¡Yuju! —bramó Pablo.

Natasha le siguió la juerga con ojillos de ratón. Pablo la miró de reojo.

—Ten cuidado. Tienes los labios llenos de cocaína.

Los lamió con su lengua y dijo:

—¿Y ahora?

—Ahora no. Pero como sigas así vas a coger un buen colocón.

La chica cogió el siguiente paquete y procedió de la misma forma. Le dio un mordisco en una de las esquinas. Aspiró con violencia por la nariz. Se relamió los labios y soltó el polvo sobre el asfalto. Cuando derramó el último paquete, preguntó Pablo:

—¿Es preciso tener tanta cocaína en un sitio como ese?

—No te puedes ni imaginar la cantidad que se consume.

—¿Eres adicta?

—No. Pero me obligaban a consumirla.

—¿Te obligaban?

—Los clientes me obligaban a untarme la vagina con ella. Luego, en fin, ya te puedes imaginar lo demás.

—Me lo imagino —concluyó Pablo.

—Lo que no me has dicho es el motivo por el que entraste en la cárcel.

—Maté a un hijo de puta.

—Si es así, bien muerto está. Pero te chupaste demasiados años de cárcel por un ser despreciable. ¿No crees?

—Posiblemente. Pero tuve que hacerlo.

—¿Tan grave fue la ofensa?

—Asesinó a mi madre a sangre fría.

Natasha se quedó mirándolo durante un par de segundos. Pablo, que sabía que estaba siendo observado, sin dejar de mirar al asfalto deslizó una sonrisa socarrona por la comisura de los labios con la que parecía esperar la siguiente pregunta.

—¿Por qué no lo denunciaste? Hubieses conseguido el mismo efecto y te hubieras ahorrado unos cuantos años de cárcel.

Sí, pareció que era la pregunta que esperaba Pablo. Giró la cabeza y se quedó fijamente mirándola a los ojos.

—No es lo mismo, nena. El sistema no funciona. Eso del proverbial brazo de la ley es una gran mentira. Aquí ganan siempre los malos. Si hubiese denunciado lo hubiesen detenido y lo hubiesen juzgado, pero como podía pagar un buen abogado apenas hubiese cumplido condena. Con un puñado de años en la cárcel lo hubieran despachado y ahora estaría en el mundo de los vivos y a mí me rechinarían los dientes. Mira, muñeca; me dije a mí mismo: «No hay ningún tipo que mate a mi madre y vuelva a respirar en este

mundo».

—¿Cuál fue el motivo por el que la mató?

—Mi madre y mi padre tuvieron que emigrar a Barcelona desde Jaén. Siendo muy pequeño, mi padre se entregó al alcohol y acabó abandonándonos. Mi madre tuvo que buscarse la vida como pudo y no encontró otra cosa que un prostíbulo.

—¿Un prostíbulo? —repitió cariacontecida.

—Cuando nací no eran tiempos fáciles para que una mujer encontrara trabajo. Con un niño a sus espaldas y un alquiler que se veía y se las deseaba para poder pagarlo se vio obligada a vender su cuerpo. Pocos años después quiso dejar ese mundo y abrir una mercería en la misma calle donde vivíamos, pero no se lo permitieron. Como ves, soy hijo de la desolación. Ni siquiera pude tener una infancia feliz. He llevado una vida fantasmal.

—Eso lo explica todo.

—Explica hasta que mi vida ha quedado chafarrinada por tal suceso. Desde que he salido de la cárcel no he parado de huir. Tengo la impresión de que ando de un lado a otro huyendo de mi pasado. O lo que es lo mismo, de mí mismo. No te puedes ni imaginar lo duro y lo raro que se me ha hecho vivir fuera de la cárcel tras el tiempo que pasé allí. Regresas al lugar donde dejaste tu vida y te encuentras con que todo ha cambiado. Buscas a tus amigos y resulta que ya no están. Se han ido o se han casado o se han muerto —Pablo mostró parte de su intimidad con gesto compungido—. Ahora te toca a ti contarme cómo te ha ido en la vida —añadió.

—Nuestras vidas son muy parecidas. Quizá se diferencian en que yo tuve la suerte de tener una infancia muy feliz. Las desgracias empezaron con la muerte de mi padre. Un cáncer de páncreas galopante se lo llevó por delante a la edad de 47 años. Fue un golpe terrible en mi casa. Pero, vayamos al grano. Con diecinueve años acepté una propuesta para viajar a España durante unos meses y ganar dinero para pagarme mis estudios. Era un trabajo de empleada doméstica. Pero la realidad fue que me llevaron de un prostíbulo a otro amenazándome con hacerle daño a mi familia si no aceptaba sus condiciones. Fue una amenaza muy dura para mí. Pensar que la vida de mi familia estaba en mis manos me hizo ser…, no sé cómo se dice en español.

—¿Sumisa?

—Sí, eso es. Fue así como me convertí en una de las veinticinco millones de mujeres víctimas de trata de personas que hay en el mundo. Cuando la furgoneta en la que me trasportaron desde el aeropuerto llegó a la puerta de un prostíbulo comprendí que no iba a trabajar en el servicio doméstico. Me di cuenta de que todo había sido un engaño. En ese momento me sentí vulnerable. Me llevaron a una habitación. Me dieron ropa interior adecuada para el trabajo que iba a realizar y me informaron sobre las tarifas de los servicios sexuales que tenía que realizar. Y con unas breves nociones para incitar a los clientes a consumir bebidas alcohólicas fue suficiente para mandarme a la barra. Unos días después me informaron de que la deuda contraída con ellos era de tres mil euros, a lo cual había que ir añadiendo cada día los costes de la habitación. He estado en tres clubs distintos y espero que este haya sido el último.

—Yo también lo espero.

Eran poco más de las seis de la mañana cuando entraron en Madrid. Pablo se dirigió a la misma calle donde había robado el coche. El hueco estaba ocupado por otro vehículo, pero en la acera de enfrente encontró otro. Abrió una de sus mochilas, sacó un billete de quinientos euros y los dejó en la guantera. Entró la mano de nuevo en la mochila, sacó un manojo de billetes a ciegas y se los dio a Natasha.

—Si los sabes administrar podrás tirar bastante tiempo sin trabajar. No despilfarres, eso puede llamar tanto la atención como un bisonte en mitad de la Gran Vía.

—¿Por qué has dejado esos quinientos euros en la guantera? —preguntó incrédula.

—Lo he hecho para que no vaya a poner denuncia.

Natasha cogió otros dos billetes de cincuenta y los añadió.

—Esta es mi aportación.

Cerró el coche y se marcharon de allí a toda prisa. Al llegar a la puerta de Atocha dijo Pablo:

—Ha llegado el momento de separarnos, jovencita. Pero antes me tienes que dar el teléfono de tu jefe.

Natasha lo escribió en un papel y se lo entregó, se quedó mirándolo con ojos aguanosos y dijo:

—¿Puedo ir contigo?

Pablo se acercó. Le dio un abrazo interminable y musitó en su oído:

—Lo siento, tengo que irme solo. Dentro de mí no caben dos mujeres.

La despedida quedó sellada con un beso en la frente. La chica se quedó mirándolo hasta que desapareció tras una puerta de cristal.

—IV—

Miércoles, 5 de octubre de 2022

—¿A que no sabéis qué día es hoy? —preguntó el inspector Torrijos antes de empezar la reunión.

—Miércoles —se apresuró a contestar Crespo.

—No me refería al día de la semana.

—Si te refieres al número del mes, estamos a cinco —saltó Peláez—. Tómatelo con calma que todavía falta mucho para cobrar. Te lo digo porque como te pasas tanto tiempo haciendo números…

El inspector Torrijos estaba en esa fase de la vida en que preocupa tu futuro más allá de la jubilación y como era tan despierto con las matemáticas se pasaba el tiempo echando cuentas de la paga que le quedaría cuando llegase su momento. Que si la base reguladora, que si los meses de cotización, que si los periodos sin cotizar en los últimos 25 años, que si el divisor de las bases de cotización… Un galimatías de números que explicaba constantemente a sus compañeros y que, debido a la temprana edad de estos, no hacían aprecio.

—Guárdate la guasa para otro momento, Peláez. Me estoy refiriendo al santoral —todos se quedaron mirándolo en silencio a la espera de que arrojara por la boca el nombre de un santo. Tras dos segundos de paradiña, Torrijos continuó—: Hoy es san Plácido, fijaos que nombre tan bonito.

—Pues no creo que vaya a ser un día tan plácido —terció la inspectora Oramas—. Mirad lo que me acaba de pasar el comisario.

Les leyó un comunicado en el que se daba cuenta de la aparición de un cuerpo gravemente herido junto a la vía del tren entre Cañada del Hoyo y Carboneras de Guadazaón.

—Eso tiene toda la pinta de que alguien ha saltado del tren y ha

calculado mal la caída —se aventuró Crespo con un pronóstico.

—Puede ser también que alguien lo haya arrojado —terció Peláez—. En las películas de la Gran Depresión estadounidense se muestra la enorme competencia que había entre los vagabundos que viajaban en los trenes de mercancías.

—Hablando de la crisis del 29 —intercedió Torrijos—, en muchas ocasiones se caían al pasar de un vagón a otro.

—Pero en ese caso los viajeros eran machacados por las ruedas de los vagones. Precisamente, hace poco he leído una novela…

—Vamos a procurar no desvariar —intentó poner orden Oramas —. Me tenéis que dejar que lea el comunicado entero. Resulta que esa misma noche se encontró en Madrid el cadáver de un hombre de mediana edad en el vagón de un mercancías que provenía de Valencia.

—Joder, aquí llueven cadáveres —dijo Crespo.

—Lo más seguro es que alguien lo matara y se tirara en marcha —expuso Torrijos.

—Se me ha olvidado decir que el muerto tenía tres tiros en la cabeza y que la pistola ha sido encontrada en el vagón junto al cadáver —añadió Oramas.

—Tiene toda la pinta de que sucediera tal y como dice Torrijos —precisó Peláez—. Creo que debemos esperar a que se restablezca el herido.

—Oye —profirió Crespo—, ¿y no pensáis en la posibilidad de que hubiera un tercer hombre?

—Vamos a centrarnos en el caso de la rumana asesinada — propuso Oramas.

El teléfono fijo de Oramas sonó. Era Pablo que venía en busca de Nadia. El policía que atendía el mostrador de información le transmitió a la inspectora jefa sus intenciones y le dio el consentimiento, aunque le advirtió que quería verlo cuando acabase la reunión. Cuando Pablo entró en el calabozo —ese era el lugar donde estaba alojada Nadia a falta de otro mejor—, Nadia dio un grito seco: Pablo. A partir de ahí, dejó que el silencio se alargara hasta que dijo:

—Pensé que me habías abandonado y que te habrías quedado con el dinero —dijo con los ojos tan relucientes como los de un gato en la oscuridad.

Se agarró a su cuello, Pablo le rodeo la cintura y se ciñó con fuerza impetuosa a sus caderas, unas caderas duras y bien contorneadas. Se besaron sin tasa. Cuando despegaron sus labios se echó hacia atrás y la contempló detenidamente como un científico lo haría con una bacteria que tuviera bajo la lupa de un microscopio. Se dio cuenta que era una chica menuda y que su aspecto era el de una persona que se acostaba pronto. Ni en la comisura de los ojos ni de los labios encontró atisbo de arrugas. Su piel estaba tan tersa como la de una manzana recién caída del árbol. Se la encontró en bragas. Al retirarse un poco más fijó su atención en unas largas piernas blanquísimas y bien contorneadas. Se adivinaban también unos hombros rectos y delgados de los que nacía una espalda bien proporcionada que iba mermando con suavidad hasta la cintura. Con el maquillaje había conseguido que sus enormes ojos almendrados destacasen por encima de sus labios y de la nariz respingona. Todavía no se había dado cuenta de la carnosidad de sus labios, razón por la que volvió en busca de la fruta abandonada.

—No me había dado cuenta de lo guapa que eres. ¿De dónde has sacado el maquillaje?

—Me lo ha prestado la inspectora más joven. ¿Qué has hecho con mi dinero?

—Lo he invertido. Luego te cuento. Te veo muy animada —cambió de tercio.

—Es que he dormido muy bien. De la bruja de la noche anterior no ha quedado nada. Hoy ya soy persona. ¿Dónde has estado?

Pablo frunció los labios y alzó las cejas. Guardó silencio unos instantes y dijo:

—Luego te lo cuento. Ahora, lo que necesito es comer algo y descansar.

Nadia se puso los pantalones y lo acompañó a la cantina de la comisaría. Estaba en la planta baja, frente al mostrador de información. A esas horas no había nadie salvo el policía que atendía al público. El local era rectangular, con una barra muy larga y mesas distribuidas a lo largo de una de las paredes más largas. Se sentaron en la mesa del fondo, junto a una gran escultura abstracta formada por trozos de hierro soldados entre sí. Pablo se levantó para observarla de cerca.

—Esa figura la ha hecho un compañero que es aficionado a la escultura. Los demás ornamentos que decoran el local son pequeñas bagatelas que van trayendo los compañeros de los países que visitan. La decoración y la iluminación es mía. La colección de faros que ve en la balda de arriba me pertenece.

Era un policía de estatura mediana. Pelo negro intenso. Bigote bien poblado. Anchas espaldas y brazos bien torneados.

—Nos va a poner dos zumos naturales de naranja —dijo señalando una máquina exprimidora que había junto a la cafetera —. Primero quiero limpiar la tinaja —añadió golpeándose tres veces la barriga.

—Eso está hecho.

—Después me prepara un café con leche, un bocadillo con jamón y lo que quiera Nadia.

Movió el dedo índice de la mano derecha a un lado y a otro indicando que no deseaba nada más.

—¿No te apetece otra cosa? —preguntó Pablo.

—No debe preocuparse. La chica ya me ha visitado esta mañana.

Le puso las dos copas llenas de zumo sobre la barra y le dijo:

—Siéntese que ahora mismo le llevo lo demás.

Pablo lo tomó de un trago. Cuando le trajo la taza de café y el bocadillo lo despachó en un santiamén y pidió otro. Cuando le sirvió el segundo bocadillo le pidió la cuenta.

—Añádale todo lo que debo.

—Si no pone ningún impedimento el señor, así lo haré.

Con el hambre que arrastraba no tardó mucho en despachar el bocadillo al estómago. Apuró el café, pagó lo que le pidió el señor, dejó una buena propina y regresaron al calabozo. Pablo se quitó la cazadora y la camisa. Puso las mochilas junto al cabecero de la cama y se tiró todo lo largo que era sobre ella. Nadia se quitó la camiseta y el sujetador dejando al descubierto dos pechos lechosos y turgentes. Pablo la miró y dijo:

—Siento decepcionarte, niña, pero llevo sin dormir un par de días.

Nadia lo entendió con infinita paciencia femenina. Se echó junto a él y pasó su brazo izquierdo por encima de su cuerpo. En esa posición estuvieron los dos, él durmiendo profundamente, ella como si estuviera velando un cadáver, hasta que un policía llamó a la

puerta.

—La inspectora Oramas os reclama en su despacho —le dijo a Nadia, que fue quien abrió la puerta.

Pablo saltó de la cama, se lavó la cara y salió detrás de Nadia y del policía. Subió las escaleras canturreando una melodía difícil de identificar. Nadia iba intranquila, trémula. No sabía a qué se debía tal llamada y la incertidumbre la excitaba. Como era costumbre en ella, la inspectora salió a recibirlos a la puerta y se dirigió a ellos con tono meloso.

—El motivo de mi llamada es para completar el informe.

Les hizo sentarse en torno a una mesa y sacó una carpeta del cajón.

—Entonces…, habíamos quedado en que tú eres Nadia Barbu Georgescu —dijo la inspectora fijando la vista en la chica mientras que Pablo aguardaba su turno con la paciencia de un cocodrilo sesteante— que naciste en Sucevina, que es un pueblo de la región rumana de Bucovina y que eres hermana de la chica que encontramos ayer.

—Así es —afirmó Nadia.

Pablo empezó a mover la cabeza a un lado y a otro, cogió la mano de Nadia y dijo:

—Eso no es cierto, cariño.

El rostro de Oramas pasó de la dulzura canaria al estupor. Miró a uno y a otro y, centrando la mirada en Pablo, preguntó:

—¿Por qué dices que no es cierto?

Pablo se limitó a poner el pasaporte de Nadia y el de la chica asesinada sobre la mesa. Oramas escrutó con detenimiento ambos documentos, tomó nota y dijo:

—¿De dónde los has sacado?

Se produjo un embarazoso silencio que fue roto por el amargo llanto de Nadia. Soltó la mano de Pablo y se tapó la cara intentando ahogar la angustia.

—La noche ha sido muy larga.

Pablo le dio cuenta de todo lo que había ocurrido durante la noche salvo de que había robado un coche y de que llevaba las mochilas repletas de dinero.

—Lo que no entiendo es el motivo por el que nos has engañado diciendo que la chica asesinada era tu hermana —le reprochó la

inspectora a Nadia.

—Déjeme que le explique —respondió Pablo— que ha tenido sus razones. Nadia ha sido víctima de trata de mujeres. Buscando un futuro digno, cayó en manos de una mafia que se dedica al negocio de compraventa de mujeres. Fue tratada como mera mercancía. Estuvo recluida en un prostíbulo sin más comunicación con el exterior que la ventana de su dormitorio. Necesitada de afecto, se emparejó con su compañera de habitación, que posiblemente era la única persona de su entorno que le podía dar afecto y comprensión.

Nadia clavó sus ojos en Pablo. Lo miraba con ojillos de roedor. Orgullosa y a la vez apesadumbrada.

—Entonces, eres lesbiana.

—No —bramó Nadia—. Cuando cumplí quince años me enamoré de un chico rumano y empezamos a salir juntos. Tuvimos una relación estupenda e hicimos planes de futuro que pasaban por venir a España en busca de trabajo. Fui la primera en iniciar la aventura. Ya sabéis lo que me ocurrió. Quizá lo que no sabéis es que la prostitución es un ambiente muy desfavorable en el que careces de amigos. En esas condiciones lo que necesitas es tener un apoyo emocional, pero al carecer de hombres que te lo puedan dar…

De nuevo se hace el silencio. Pablo y Nadia siguen con las manos juntas, sintiendo el calor ajeno. Antes de tomar nota de los datos de Pablo, Oramas se levantó y marchó con la misma prisa que un legionario en un desfile en busca de Torrijos. Lo encontró en su despacho. Le advirtió de que los datos de la chica asesinada eran falsos y le entregó el pasaporte.

—Vamos contigo —dijo Oramas dirigiéndose a Pablo al regresar a su despacho.

—Mi carné de identidad esta sobre la mesa.

—Os conocisteis ayer, ¿no es así?

—Así es.

—Hay una cosa que me intriga —dijo Oramas con gesto estupefacto en un intento de profundizar sobre lo ocurrido la noche anterior—. ¿Qué motivo has tenido para dejar a Nadia en el hospital y marcharte sin más?

—Se lo acabo de explicar, señora inspectora. He ido al lugar donde estuvo trabajando Nadia y he puesto orden.

Pablo le dio toda serie de detalles de lo ocurrido sin que le

temblara el pulso ni moviera ningún músculo de su cara.

—¿Me estás diciendo que has liberado a cuarenta prostitutas de un club de carretera?

Sacó el papel donde Natasha había escrito el teléfono de su jefe y respondió:

—Este es el teléfono del dueño del establecimiento.

—¿Piensas que este señor tiene que ver con la muerte de Joana?

—No es que lo piense, es que estoy seguro.

Oramas tomó nota del teléfono y le devolvió el papel.

—¿Dónde está ese club?

—En el kilómetro 69 de la

A-5

.

—¿Se puede saber cómo fuiste hasta allí?

—En coche.

—¿Te llevó alguien?

—No, no. El trabajo lo hice yo solo. Para llegar hasta allí robé uno.

Oramas dio un respingo y miró a uno y a otra antes de continuar.

—¿Crees correcto venir a una comisaría a declarar que esta misma noche has robado un coche?

—Bueno..., el coche ya lo he devuelto. Y lo he dejado en la misma calle que lo robé. Si su propietaria no pone denuncia, creo que el asunto carece de importancia.

—¿Y qué tiene importancia para ti?

—Pues echarle el guante a esa gentuza que se dedica a traficar con mujeres como si fueran ganado. Les acabo de dar el número de teléfono de uno de ellos. Esta es su cacharra y esta otra la de uno de los gorilas que maltratan a las chicas —dijo tras sacarse las pistolas de los bolsillos.

—¡Cielo santo! Pero como las has conseguido.

Pablo la miró con una sonrisa cáustica.

—Pidiéndoselas por favor, desde luego que no. Me he tenido que emplear a fondo, hacerme el Rambo y darles una buena tunda.

Oramas se encontraba totalmente confusa.

—Vamos a ver —dijo inmersa en la estupefacción—, tú no puedes andar por ahí *desfaciendo entuertos*, el tiempo de los

caballeros andantes terminó hace mucho tiempo. Tienes que cambiar el chip y pensar que ese idealismo épico que parece rondar en tu cabeza está totalmente desfasado, es un atraso que te puede causar muchos problemas. ¿Entiendes lo que estoy diciendo?

—No.

A punto de tirarse de los pelos, Oramas se calmó y dijo:

—Anda, háblame de tu pasado.

—No sé qué interés puede tener conocer mi pasado para dar con el asesino de Joana, pero le diré que mi pasado es tan turbio como la nube de tinta de un calamar.

—¿Tienes antecedentes?

—Si se refiere si he estado en el talego, le respondo afirmativamente.

—¿Cuántos años has estado en la cárcel?

—Veinte años.

—Por asesinato, claro.

—Por ejecutar al asesino de mi madre. La mató porque se negó a seguir prostituyéndose y por no querer seguir vendiendo droga.

—Ahora entiendo el motivo por el que has ido a Madrid —concedió Oramas con indulgencia—. Me gustaría advertir que en España no se contempla la pena de muerte y que con la violencia solo se consigue violencia.

—Eso es cierto. Me refiero a lo segundo. Si no hubiesen matado a mi madre, los demonios que hay bajo mi piel hubiesen permanecido domeñados. Tuvo que venir un gilipollas para que se activaran y me viese obligado a matar.

—Eso se llama venganza —aclaró Oramas con ojos relucientes—, ¿me podrías decir qué has sentido al ejercerla?

—He sentido que he cumplido con mi deber. Matar a una madre nunca debe salir gratis. He de admitir que a partir de entonces mi vida se complicó más y soy una persona perseguida por una banda de facinerosos, ¿sabe lo que eso significa?

—Dímelo tú.

—Significa que mi vida carece de estabilidad. No puedo tener trabajo fijo y tengo que ir de acá para allá constantemente. De todas formas, me siento orgulloso por lo que hice.

—No sé si habrás pensado que ahora te pueden estar buscando dos organizaciones criminales distintas con la intención de

perseguirte hasta el infierno.

El rostro de Nadia adquirió un tono pálido como si la sangre hubiese desertado de él. Pablo apretó su mano como si quisiera tranquilizarla y respondió:

—Eso no se piensa. Simplemente acontece. Y cuando sucede le plantas cara. Sí, ha escuchado bien, hay que plantar cara. Pertenezco a la estirpe de los perdedores, pero llegó un momento en mi vida que me dije, ya está bien. Decidí plantar cara desde entonces y me prometí a mí mismo no ser un perdedor más.

A Oramas pareció acabársele la pólvora. Se levantó un tanto inquieta y empezó a andar de un lado a otro del despacho como si hubiera visto una serpiente.

—Bien, por ahora no hay más preguntas —dijo sin alterar el volumen de su voz—. Pero vais a permanecer en la ciudad hasta que yo lo diga. Ahora me vais a dar vuestros teléfonos.

La inspectora les entregó una hoja de su libreta para que escribieran su nombre y el número. Cuando lo escribió Pablo, le pasó el papel a Nadia y preguntó:

—¿Conoce algún hotel tranquilito donde nos podamos hospedar?

—Esta ciudad es de por sí muy tranquila. ¿Tenéis coche para moveros?

—Ya le he dicho que no.

—Tienes razón, perdona. Pues si no tenéis un vehículo con el que moveros, lo siguiente a decidir es si queréis instalaros en la parte alta de la ciudad o en la parte baja. Esta ciudad se fue construyendo por capas desde arriba hacia abajo. Por tanto, la ciudad antigua queda en lo alto.

Pablo miró a Nadia y pareció adivinarle el pensamiento:

—Proponga uno en la parte alta.

—A mí me gusta mucho la «Posada de San José».

La inspectora Crespo abrió la puerta en ese momento.

—¡Uy!, perdón, pensé que estabas sola.

—No, pasa, pasa. Si ya hemos acabado. Mira, nos vas a venir bien porque me han pedido hoteles tranquilos en Cuenca y les acabo de proponer la «Posada de San José». Anda, háblales tú de él. Es que la inspectora Crespo es conquense de pura cepa, yo soy de Canarias —aclaró Oramas dirigiéndose a Pablo y a Nadia.

—Si optáis por la «Posada de San José» os vais a instalar en una típica casa colgada del siglo XVII que está muy reformada. Los dueños del establecimiento son una pareja muy amable que pusieron todo su empeño en sacar adelante dicho proyecto. Cuando veáis la decoración de todas las estancias y el trato cercano de los dueños entenderéis el motivo por el que os lo hemos sugerido. Ah, se me olvidaba. Las vistas que vais a tener son excepcionales.

Pablo y Nadia recogieron las mochilas que se habían dejado en el calabozo y se marcharon. En el despacho se quedaron las dos inspectoras.

—¿Se puede saber qué pintan esas dos pistolas sobre la mesa? —preguntó la inspectora Crespo.

Oramas tuvo que templar nervios antes de poner al día a su compañera. Cuando terminó de contarle todo lo que había averiguado, Crespo dijo:

—¡Bravo! Este hombre es mi héroe.

—Ya sé por dónde vas, pero te ruego que dejes a un lado las peroratas de feminismo radical.

—Está bien, está bien. Pero déjame decirte que venía para ver la posibilidad de que saliésemos esta tarde en bicicleta.

Se quedó pensando durante unos segundos como si quisiera pasar revista a su agenda y dijo:

—Pues mira, realmente me viene bien. Ayer hice treinta minutos de series cuesta arriba y creo que lo más adecuado es que hagamos una buena tirada en bici. Quiero evitar que aparezcan flacideces carnosas en mi cuerpo.

Oramas guardó cada pistola en una bolsa de custodia y se la subió al comisario para que se tomaran huellas dactilares. Sacó el papel que le había dado Pablo donde estaba el teléfono del jefe del club donde había estado Nadia y le dijo:

—Es urgente que podamos conocer las llamadas realizadas o recibidas desde este teléfono y rastrear la movilidad. Nos puede conducir al asesino de la chica.

—Pues sí que habéis avanzado en un día —comentó el comisario con tono de satisfacción.

—Eso no es todo. Hay que llamar a Toledo para que se persone la policía en el club que hay en el kilómetro 69 de la

A-5

y detengan a los dueños del negocio.

El comisario se quedó tan satisfecho como extrañado. Satisfecho por el buen hacer del equipo de investigación, extrañado por la rapidez en dar con la pista. Oramas acabó contándole todo el trifostio que había montado Pablo la noche anterior. El comisario tomó nota de todo y dijo:

—Me pongo a ello ahora mismo.

—Dale prioridad a lo de la detención —sugirió Oramas.

Antes de que acabara la jornada de trabajo, Oramas reunió de nuevo a su equipo para ponerlos al día de los acontecimientos.

—Sabemos cómo, cuándo y por qué se acabó con la vida de Joana —reflexionó Crespo—, solo nos queda echar el guante al asesino.

—Para ello, creo que lo mejor es que hagamos la reconstrucción de los hechos —propuso Oramas.

—Creo que el asunto está claro —indicó Torrijos echando un vistazo al reloj—. Dos esclavas del sexo se han escapado de un putiferio. Las han seguido. Cuando se han sentido perseguidas se han separado. Los proxenetas siguen a una y la otra se escabulle. La perseguida busca refugio en la oscuridad de la noche. Los asesinos le dan alcance y le rebanan el pescuezo.

—No está muy bien explicado, pero se entiende —manifestó Peláez—. Creo que lo único que podemos hacer es esperar a que actúe la policía de Toledo.

—Me gustaría que reconociéramos el valor que ha tenido Pablo para enfrentarse a estos mafiosos de mierda —propuso Crespo.

—Ha tenido valor, ya lo creo —respondió Peláez—, pero te recuerdo que el tiempo de los caballeros andantes se acabó hace tiempo.

Un café a media mañana le sentaba al comisario de maravilla. Se había acostumbrado a él y era raro el día que lo perdonaba. Acababa de regresar a su despacho de la cafetería y se sentó en su mesa cuando escuchó un impacto en el cristal de la ventana. El cristal quedó salpicado de sangre, formando un gracioso dibujo. Federico se asomó a la ventana y vio en el suelo una paloma revoloteando en lo que, con toda seguridad, eran los últimos momentos de su vida.

—¡Qué manera más tonta de morir! —musitó.

Sonó el teléfono.

—Dígame —la voz del comisario sonó un tanto apagada.

—Buenos días, don Federico. El forense está al aparato.

—Pásame la llamada, por favor.

—¿Qué tal, Federico? Hacía tiempo que no hablaba contigo.

—Pues, la verdad es que sí. Pero es que no te dejas ver, Juan. Te vendes muy caro. Tienes que salir más del nido.

—El trabajo, Federico. El trabajo. Tu trabajo te permite salir a la calle, pero yo no puedo llevarme los cadáveres a pasear. Además, como te dan yu, yu los muertos y no quieres venir por aquí… Vamos a ver. Estoy con la autopsia de la chica que apareció muerta ayer por la mañana.

—Sí. ¿Qué le pasa a esa chica?

—No, pasarle, no le pasa nada. No se queja de dolores, pero tiene los ojos cerrados.

—¿Hay algún problema por eso?

—Déjame que te explique y no me interrumpas. Al abrirle el ojo me he dado cuenta de que tiene una mancha de color negro en el ángulo externo del globo ocular. Aunque no venga a cuento, déjame que te diga que se llama mancha esclerótica de Sommer-Larcher. ¿Me sigues?

—Por ahora sí.

—Esa mancha quiere decir que la chica murió con los ojos abiertos y que debió estar así mucho tiempo hasta que alguien se los cerrara produciéndole la deshidratación y desecación de la esclerótica. Te cuento esto por si afecta a la investigación.

—Pues lo que voy a hacer ahora mismo es pasarle la información a la inspectora jefa.

La encontró todavía en su despacho. Escuchó atentamente las palabras del comisario y cuando acabó dijo:

—En apariencia no parece que vaya a tener mucha importancia. De todas formas, vamos a ir a hablar otra vez con el señor que encontró el cadáver. Posiblemente se los cerrara él.

La encargada de visitar de nuevo al escultor fue la inspectora Crespo. Lo acompañó un policía y marcharon con un patrullero. El escultor reconoció que fue él quien le cerró los ojos.

—Se los cerré porque me dio la impresión de que me estaba mirando un pez.

Pablo y Nadia fueron de compras. Lo primero que hicieron fue adquirir una maleta cada uno. A continuación, visitaron varias tiendas hasta que las llenaron de ropa. Compraron pantalones, camisas, vestidos, ropa interior y un abrigo para cada uno que les permitiera pasar el frío mesetario del invierno. Tomaron un taxi y los llevó a la «Posada San José» que está situada en la Ronda Julián Romero, una callejuela antigua que arranca de un lateral de la catedral desde la que se custodiaba con mucho celo la ciudad.

Accediendo por una puerta antigua flanqueada por dos jambas que sostienen un ancho dintel sobre el que se puede observar una escultura de san José y el niño, da la impresión de haber retrocedido muchos años, incluso siglos. Se introdujeron en un vestíbulo que daba a un amplio pasillo donde se dirigieron a recepción. Sin perder la esencia medieval del edificio, estaba lo suficientemente reformado como para que los huéspedes se sintieran plenamente confortados. A Nadia le llamó mucho la atención el suelo con baldosas de barro cocido. Pablo se fijaba más en el mobiliario de las zonas comunes.

—Creo que es el lugar que necesitamos —advirtió Pablo.

Les atendió un señor de unos cuarenta años cuya calva parecía el culito de un bebé. Era muy simpático y parecía conocer bien el oficio. Los escuchó y captó al instante sus necesidades. La habitación que eligieron tenía dos ventanas a la hoz del Huécar. Una estancia amplia y, sin grandes pretensiones, muy bien decorada. Nadia pasó revista al mobiliario y a los complementos de la habitación. Pablo se ensimismó contemplando el paisaje que había tras los cristales de las ventanas. Colocaron las compras en los armarios, Pablo dejó las mochilas sobre la cama y marcharon al comedor. Cogieron mesa junto a un gran ventanal con vistas al puente de San Pablo y al parador de turismo.

—Yo me quedaría aquí toda la vida —dijo Nadia agarrándose amorosamente del brazo de Pablo.

—Sin duda alguna, lo que está claro es que esas inspectoras conocen bien la ciudad.

Pidieron platos típicos conquenses: pisto manchego, ajo arriero y morteruelo; una docena de chuletas de cordero lechal, una ensalada mixta y vino de la tierra. Nadia sacó el teléfono y enredó con él a la espera de que el camarero trajese las viandas. Una de las ventanas

estaba entreabierta. Por la rendija se colaba una brisa que lamía la piel de ambos perfumando el salón con aromas de pino y tomillo.

—Mira lo que he encontrado —dijo enseñándole el teléfono.

Era la noticia que daba un periódico digital relacionada con el muerto hallado en un vagón de tren y el herido que había aparecido en la vía. El periodista dio por sentado que el hombre encontrado herido junto a la vía del tren habría matado al que apareció muerto en el vagón y, tras abandonar el arma junto al cadáver, se arrojó del tren. A Pablo le entró una sonrisa floja tras leer la noticia.

—¿Se puede saber qué es lo que tanta gracia te hace?

Pablo la miró con severidad y contestó:

—Realmente ¿quieres saber de qué me río?

—Pues claro.

—Esos dos tipos a los que hace mención el periódico son los que me persiguieron por las calles de Valencia hasta la estación. Pensé que los había despistado, pero la realidad fue que en una de las paradas que hizo el tren se colaron en el vagón que iba yo.

—Entonces, ¿fuiste tú quien los mató?

El camarero se acercó en ese momento con la botella de vino y dos copas. Descorchó la botella y la dio a probar a Pablo. Cuando dio el consentimiento llenó las dos, dejó la botella junto a ellas y se marchó. Fue en ese momento cuando respondió Pablo de forma tajante e implacable:

—Por supuesto que los he matado. Bueno, para ser más exactos, maté a uno y el otro se tiró del tren cuando lo tenía encañonado. Y que conste que fue en defensa propia. No pensarás que iba a dejar que…

—Cuéntame cómo ocurrió.

—Cuando subieron al vagón se lanzaron sobre mí como fieras hambrientas. Me dije a mí mismo que me tendría que emplear con fuerza y decisión. Y eso fue lo que hice. Les tuve que zurrar duro. Cada puñetazo que daba, se tambaleaban o caían al suelo. Uno sacó una pistola desde el suelo. Le había metido un directo al mentón y estaba recuperándose en el suelo. Mientras, aproveché la ocasión para dar un puñetazo en la ceja y castigar el hígado de su compañero. Tenía dibujado el odio en su cara. Le vi sacar la cacharra del bolsillo y se la arrebaté de una patada con el pie derecho en la mano. Con el empeine del izquierdo le sacudí en las

narices otro buen golpe que lo noqueó. El otro menda se lanzó a por la pistola, pero tuve los reflejos suficientes para cogerle la muñeca y, retorciéndosela, se la arrebaté. No tenía intención de matarlo, pero cuando se abalanzó sobre mí le metí tres balazos en el cerebro. Apunté al otro con la pistola. Se fue acercando a la puerta del vagón poco a poco con el miedo dibujado en su cara. Cuando llegó a ella la abrió y se lanzó al vacío. Eso fue todo.

El camarero llegó de nuevo con una buena tanda de platos colocados en su brazo izquierdo. Los colocó en el centro de la mesa y se marchó.

—Tengo miedo —reconoció Nadia.

—¿De qué?

—De que nos descubran.

Pablo frunció los labios, alzó las cejas, tragó la rebanada de ajo arriero que tenía en la boca y, tras humedecerse los labios con vino, dijo:

—Pues yo solo tengo miedo de tener miedo. Que me pueden matar es algo que tengo asumido desde que decidí vengar la muerte de mi madre. Lo que tenemos que hacer es permanecer en el hotel el mayor tiempo posible por el momento. Si vienen a buscarnos no nos encontrarán y pensarán que nos hemos marchado a otro lugar.

Nadia lo miró en el fondo de sus ojos y respondió:

—Al fin y al cabo, aquí estaremos mejor que en un balneario.

Acabaron con el postre y marcharon al dormitorio.

—Es la hora mansurrona de la siesta —afirmó Pablo—, pero antes tenemos que hacer un trabajo.

Pablo abrió las dos mochilas y arrojó los billetes sobre la cama. A Nadia se le aceleró el corazón. Sabía cuál era su procedencia, a pesar de ello preguntó:

—¿Se puede saber de dónde has sacado esto?

—Te dije que había invertido el dinero que te cogí del bolsillo. Aquí tienes las rentas del negocio.

—¡Dios mío! ¿Cuánto dinero hay aquí?

—Yo no cuento el dinero. Me limito a gastarlo.

—Esto me intranquiliza todavía más. Te van a buscar hasta el último rincón del mundo. Cómo se te ha ocurrido traerte este dinero para acá.

Pablo se mantuvo incólume y contestó:

—Mira, Nadia, cuando le hice abrir la caja fuerte al que era tu jefe tuve un pensamiento que me dejó muy tranquilo. Me dije a mí mismo que el dinero que veían mis ojos no había sido ganado honradamente. Era un dinero que no existía, que no era de nadie, pero que a nosotros nos va a venir muy bien. Para que te quede claro, si fui al Club 69 no fue para dar un golpe. Lo hice pensando en ti y en mi madre, —endureciendo el gesto, añadió—: estoy harto de que los delincuentes campen a sus anchas en este puto mundo y que apabullen a la gente honrada y se tengan que quedar de brazos cruzados a la espera de que los defensores de la ley hagan su trabajo.

Nadia se mordió el labio inferior. Movió la cabeza de izquierda a derecha en un gesto ambiguo con el que quiso expresar que no merecía la pena discutir con él y dijo:

—¿Y la conciencia?

—La conciencia solo es un Pepito Grillo tocapelotas. Y no me mires con esa cara que me da un bajón.

—Eres todo un personaje.

—Yo soy una de esas personas excepcionales que saben estar por encima de la ley —dijo cargado de ironía.

—Has de saber que mover esa cantidad de dinero no es nada fácil.

—Lo que vamos a hacer ahora mismo es clasificar billetes según su valor.

Y se pusieron manos a la obra. Se tiraron un buen rato ordenándolos. Cuando acabaron Nadia propuso contarlos.

—No, no. Ya te he dicho que no quiero saber el dinero que hay. Lo que vamos a hacer es meterlo en la caja fuerte.

—¿Crees que van a caber todos?

—Los que no quepan los meteremos en el fondo de la maleta. Mañana saldré y compraré un candado.

Y así lo hicieron. Guardaron primero los billetes de quinientos euros. A continuación, los de doscientos y así hasta llegar a los de cinco euros que, por cierto, era de los que menos había.

—Tenemos que procurar que sean los billetes de quinientos euros los últimos en ser gastados.

Cuando acabaron con el trámite, se echaron en la cama y encendieron la televisión. Nadia zapeó por todos los canales

sintonizados y eligió uno en el que empezaba una película: «Atraco perfecto», una de cine negro dirigida por Stanley Kubrick en 1956.

—V—

Viernes, 7 de octubre de 2022

Una taza de café con leche.

Un corazoncito dibujado en la superficie con la crema de la leche.

Alrededor de la taza dos manos suaves y con dedos largos se disputaban la superficie en un intento de entrar en calor.

Era la mano de la inspectora Crespo. Había llegado temprano a la comisaría. Venía del hospital, donde apenas habría dormido un par de horas. Una raya negra en torno a cada ojo era el único maquillaje que llevaba. Se había recogido el pelo en una cola alta que quedaba suspendida de forma graciosa hasta sus primeras vértebras. Elevó la taza del mostrador y se quedó fijamente mirando al corazoncito que permanecía en la superficie sin inmutarse.

—Ten cuidado, que quema —advirtió la voz del camarero.

Crespo desoyó el consejo. Se acercó el borde de la taza a los labios y dio un respingo.

—¿Se puede saber por qué lo pones tan caliente? —dijo Crespo con tono áspero.

—Para que la clientela contemple durante más tiempo mi obra de arte. Si lo pongo templado, la gente lo embaúla sin más y ni siquiera se da cuenta que he dibujado una figurita.

Crespo partió el corazón de un soplido. Entre soplidos y sorbos acabó con el líquido de la taza y pidió otro café con leche. En esta ocasión el camarero dibujó sobre la superficie una carita sonriendo.

—¿Cuál es el mensaje subliminal? —preguntó Crespo.

—Vive y sé feliz. Tienes la cara tensa. Algo te pasa. Con lo alegre que tú eres no me pega que estés tan borde.

—Tienes razón. Pero es que he pasado toda la noche arrugada

en una butaca del hospital.

—¿Y eso?

—Ayer por la tarde operaron de apendicitis a Lidia.

—Lidia es tu novia, ¿no es así?

—Sí.

Mauricio, ese era el nombre del cantinero, entró a la cocina y salió con una ensaimada.

—Toma. Te va a sentar bien —dijo—. Te invito yo. Ojo, que es de confitería.

A Crespo le cambió el humor. Se la tomó y subió las escaleras camino del despacho con otro talante. Pocas veces un corazoncito y una carita con una sonrisa hace un efecto tan taumatúrgico.

«Mauricio es un compañero excelente —pensó Crespo—. Su bondad y sus atenciones no tienen límites».

La puerta del despacho de Oramas estaba entreabierta. Se asomó y la vio subiendo las persianas. Empujó con la puntera del pie y entró.

—Buenos días, madrugadora —saludó Crespo.

—Me vienes bien. Precisamente ahora mismo iba a ir a verte. Abajo me han dicho que habías llegado ya y quería hacerte una propuesta. —Crespo se sentó en una silla. Oramas se acercó junto a ella y continuó—: Como están los días tan buenos, quería proponerte que hiciéramos otra escalada. Ya sabes que estoy en proceso de endurecimiento de mis músculos.

—¿Endurecimiento? Pero si estás jamona —respondió apretando con fuerza las moyas de su culo.

—Vamos, niña. Que soy tu jefa. Esto es acoso laboral en toda regla.

Crespo le contó lo que le ocurrió a su pareja y la noche que había pasado.

—De todas formas. No te preocupes. Iremos. Si no es con Lidia, ya buscaré a otra persona.

Crespo le pidió colorete a Oramas, bajó la persiana y acabó de maquillarse. Cuando acabó la tarea, preguntó:

—¿Qué tal me ves?

—Prefiero no contestar, no vaya a ser que te lances otra vez a por mí.

El comisario llamó a la puerta y la inspectora Crespo hizo

intención de marcharse.

—No, no te vayas, por favor —dictaminó el comisario—. Lo que voy a decir lo tienes que escuchar también.

Se sentaron los tres en torno a la mesa de trabajo formando un triángulo equilátero. Tanto Oramas como Crespo le lanzaron sendas miradas envenenadas, sabían que las visitas del comisario nunca eran a humo de pajas.

—Venía a traeros información de la policía de Toledo respecto al Club 69.

—Pues adelante —le apremió Oramas—. Ya sabes que ardemos en deseos de poder avanzar en el caso.

Federico echó un vistazo a un papel. Era un hombre metódico que hablaba lo justo, pero muy didáctico en sus exposiciones.

—El caso es que la policía toledana se personó en el prostíbulo y se encontraron el local abierto, pero abandonado. No había nadie en el interior, —dijo con voz metálica. Hizo una parada como si tuviera que pensar lo que convenía decir y prosiguió—: se pusieron en contacto con el dueño del local que, por cierto, sin que él mismo lo supiera era el testaferro. El señor asegura no saber nada del asunto. Dice que se limitó a alquilarles el local y reconoce que la mensualidad que le ofrecieron era tan alta que firmó todos los papeles que le pusieron por delante. Dice que le pagaban siempre con puntualidad.

—Vamos, que el proxenetismo es un buen negocio —concluyó Crespo.

—El informe de la policía establece que había signos de pelea —continuó el comisario—, encontraron que había sangre en el suelo, un teléfono arrancado con violencia y la caja fuerte estaba abierta.

—¿Qué había dentro de la caja fuerte? —preguntó Oramas.

—Estaba vacía.

—Eso quiere decir que tuvieron tiempo para llevarse el dinero —aseguró Crespo.

—En una especie de trastero se encontraron cuatro bridas usadas que habían sido cortadas, bolas de porespán y cinta de embalar. La policía deduce que fueron retenidos en contra de su voluntad y que consiguieron desatarse.

—Si os dais cuenta, todo eso concuerda con lo que nos ha contado Pablo —hizo la observación Crespo no exenta de vanidad.

Con la mente enturbiada en sus propios pensamientos, Oramas manifestó:

—Sí, parece que nos ha dicho la verdad. Empiezo a creer que es la pista que nos va a llevar al asesino de Joana.

—¿Sabemos algo del seguimiento del teléfono del jefe del prostíbulo? —preguntó Crespo.

—Diligencié el asunto y no ha habido contestación por el momento por parte del juez. Cuando suba al despacho me pondré en contacto con él personalmente.

Miró de nuevo el papel y añadió:

—Por cierto. El tal Pablo ha dicho la verdad. En el año 2000 entró en prisión para cumplir veinte años por asesinato.

—Mató al asesino de su madre —aclaró Crespo.

—Lo sé, lo sé. Pero ha quebrantado la ley.

—Claro que la ha quebrantado —insistió Crespo—, pero no es un atracador, ni un estafador, ni un timador, no ha traficado con droga, no ha pertenecido a ninguna banda, si siquiera es un caco o un carterista. Simplemente, ha cometido el error de vengar la muerte de su madre.

—No, si estoy de acuerdo contigo. Sé que es buena persona y que no tiene malos sentimientos. Sé que mientras ha estado en la cárcel se ha mantenido sereno, que ha trabajado para reinsertarse y que posiblemente no desea meterse en problemas. El hecho de haber ayudado a Nadia y de ir a liberar a cuarenta chicas corriendo el riesgo que corrió habla muy bien de él. Pero la ley es la ley, y no podemos salirnos del camino que nos marca.

—Una ley que defiende a quien defiende y que deja fuera a muchos —respondió Crespo con rabia infinita.

El comisario se quedó fijamente mirándola y concluyó:

—Somos funcionarios y estamos condenados a cumplir con esa ley.

Oramas conocía el carácter de Crespo y se intranquilizaba por momentos. Sabía que cuando se calentaba podría cruzar el umbral de la discreción con facilidad. Intentando dominar la situación, terció en la conversación y preguntó al comisario si sabía algo sobre el caso del muerto en el vagón de tren.

—Precisamente venía también a hablaros de eso —dijo echándole otro vistazo al papel—. El hombre que se arrojó del tren

ha fallecido. Estamos a la espera de la autopsia. Pero he llamado a Madrid y me han confirmado que el cadáver del que han encontrado en el vagón muestra signos de haber tenido una pelea. Tiene un golpe en el ojo izquierdo y signos de haber recibido golpes por debajo de las costillas. Todo parece indicar que hubo una pelea y que uno de ellos sacó una pistola y le metió a su compañero de viaje tres balazos en la cabeza. Posiblemente tuvo miedo de ser descubierto y, antes de llegar a la estación de Cuenca, se tiró del vagón en marcha.

—¿Se sabe algo del móvil? —preguntó Oramas.

—Pudo ser un ajuste de cuentas.

Pablo y Nadia estaban arrellanados en una tumbona frente al ventanal de la sala de estar para invitados. Estaban solos, con los pies a la altura de la cabeza según diseño en uve doble de la tumbona. Entre las dos una mesa auxiliar con dos jarras de cerveza de medio litro con tres dedos de espuma rebosante y un plato de queso.

«El queso es de Villerejo de Fuentes —les había explicado el dueño de la posada—. La cerveza se fabrica en "La Abadía de Jábaga", a doce kilómetros de aquí».

Había aparecido un día limpio de nubes con un sol radiante y estaban solos en la sala. El rostro de Nadia, tan pálido y tan suave, empezaba a sonrosarse dándole un aspecto de irlandesa en su primer día de sol en la costa mediterránea que realzaba todavía más la blancura de su dentadura cuando sonreía. No había llovido todavía durante el otoño, la temperatura apenas había bajado. A pesar de ello, la naturaleza había tomado los tonos amarillos y ocres típicos del otoño conquense que tan buena combinación hace con los azules grisáceos del roquedo.

Era el tercer día en el hotel sin salir. Se acicalaban y se vestían con las prendas que habían adquirido y se paseaban por la posada como si fuera su casa. Pablo vestía vaqueros ceñidos con camisa blanca arremangada. Nadia, un vestido amarillo que se lo remangaba para que el sol penetrara piernas adentro hacia la cintura. De vez en cuando se contoneaban en sus tumbonas y buscaban sus labios. Sin haberlo hablado, sin haber hecho todavía planes de futuro, cada vez más se iban considerando uno del otro. Los quince años de diferencia no era óbice para que Pablo hiciera

de ella su princesa a proteger ni para que Nadia se considerase su mujer a todos los efectos. Se sentía segura a su lado. Se sentía feliz. Estaba enamorada.

—Oye, ¿sabes una cosa? —dijo.

—Qué.

—La noche que te enfrentaste a esos cuatro macarrillas de barrio mal encarados tuve mucho miedo. Ese golpe que te dieron en la frente hubiera sido bastante para…

—Con ese golpe hubiera acabado en el suelo en cualquier otra circunstancia. Me dejó fuera de sí, me tambaleé, pero me dije a mí mismo «Eh, chaval, en estos momentos no te puedes derrumbar». Fue instinto de supervivencia. Lo hice por mí y por ti. ¿Qué crees que te hubieran hecho si hubiese caído al suelo? Piénsalo y tatúatelo en el alma.

—Y desde ese momento empecé a estar pillada de ti.

La dueña de la posada, una señora que debía rondar los setenta, se acercó desde atrás sin pretender incomodar más de lo preciso y preguntó:

—¿Qué tal el queso?

—Exquisito. Y la cerveza todavía mejor.

La señora se retiró al instante y Nadia afirmó:

—El trato es exquisito. ¿No te parece?

—Sí. Pero el otro día te expliqué que sin dinero en el bolsillo o con aspecto de no poseerlo el trato cambia radicalmente. No es broma lo que digo —profundizó Pablo en su pensamiento—. ¿Sabes que a John Lennon intentaron echarlo de un hotel de cinco estrellas por el aspecto con que se presentó? El recepcionista no lo conoció y se lio una buena.

En un intento de mirar por la ventana las tierras más bajas del hocino se levantó de la tumbona. Debajo del pie sintió tal hormigueo que le hizo doblar la rodilla. Hubiese caído al suelo de no haber estado bien atento Pablo. Saltó como impulsado por un muelle y llegó a tiempo para sujetarla.

—¿Qué te ha pasado?

—No ha sido nada. No hay motivo para la preocupación. Tan solo ha sido un ligero hormigueo por alguna mala postura.

Nadia estiró la pierna todo lo que pudo, se aclocó en la tumbona como buenamente pudo y advirtió:

—No me has hablado todavía de tu estancia en la cárcel.

La miró con indiferencia y dijo:

—Ingresé en la modelo de Barcelona a finales del siglo pasado. Imagínate, las cosas se compraban y se vendían en pesetas todavía. Aunque te parezca inverosímil, no me sentí jodido allí dentro. Podrás pensar que cómo puedo decir eso con el marrón que me comí. Pues así fue y así he de contarlo. Pero también tienes que saber que hay quien lo pasa fatal. Tuve la suerte de encontrarme con un tipo que fue mi protector. El canalla que había matado a mi madre mató también a la suya. Era un chico con cierta reputación allí dentro y se portó conmigo de puta madre poniéndose en plan padrazo.

»Mi amigo me advirtió de que le tenía que hacer ver al baranda que estaba arrepentido y que deseaba reinsertarme. Que deseaba reinsertarme era cierto, pero de arrepentirme, nada de nada. Estaba orgulloso de lo que había hecho. Me sentía libre. Lo mejor para mí fue que no tuve que fingir. Le cogí el gusto a la nueva situación y me dije a mí mismo que el tiempo que tuviera que pasar allí dentro lo tendría que aprovechar. Y lo aproveché, vaya si lo aproveché. Tenía muy claro que no podía acercarme a la droga, sobre todo si se trataba de jaco. Pasaba mi tiempo libre en la biblioteca y en el gimnasio. Devoraba libros y me comía las pesas del gimnasio. Encontré a un compañero que me inició en artes marciales mixtas. Era un coreano casado con una española que montó un gimnasio en Córdoba. La mujer se la pegó con un gachó que era abogado. Cuando se enteró el coreano fue a por ellos y les dio matarile. En la biblioteca también aprendí el manejo de ordenadores.

—La verdad es que aprovechaste el tiempo, sí.

—Tuve claro desde el principio que cuanto más tiempo tuviera la mente ocupada más rápido pasaría el tiempo. En el trullo es muy importante tener rutinas y horarios fijos.

—¿Qué sentiste al salir de la cárcel?

—Lo primero que sentí fue que estaba en un lugar hostil. Me dio la impresión de que acababa de salir de nuevo del huevo. Mi único deseo era pasar desapercibido. Atrás quedaba mi mundo. Aquel que había dejado casi hacía veinte años ya no existía. Los amigos se habían esfumado. El barrio había cambiado. La gente que vivía en él tampoco era la misma. Muchos pisos estaban ocupados por

turistas que se iban renovando constantemente. Donde había un bar ahora se había transformado en restaurante. Donde había una tienda de ultramarinos eran los chinos los que regentaban el local. Para hacer la compra de lo necesario había que alejarse a algún barrio distinto y comprar en supermercados. Lo peor de todo ha sido que esos mamarrachos de mierda no se han olvidado de mí. Me resulta imposible rehacer mi vida. Esos cabrones me robaron mi juventud y ahora me impiden hacer planes de futuro.

El teléfono de Pablo sonó. Lo miró. No era un número conocido y cortó la comunicación.

—Cómo puedes decir eso. Tú y yo formamos parte de nuestro futuro.

—Mientras que esas ratas asquerosas estén empeñadas en acabar conmigo no podemos instalarnos en ningún lugar. Esos hediondos me están jodiendo la vida. Soy un fugitivo, como Richard Kimble.

—Oye, que a mí también me persiguen.

—Pues más a mi favor.

Nadia se acercó a Pablo. Se volvieron a besar y dijo:

—Tiene que haber un lugar en el mundo que nos esté esperando.

La dueña de la posada se acercó de nuevo a la pareja y le pasó un inalámbrico.

—Preguntan por usted.

Pablo tomó el auricular y preguntó con recelo:

—¿Quién es?

—Soy la inspectora Crespo. Le llamo desde comisaría y me gustaría haceros una visita.

—Pues aquí estamos. Cuando quiera puede venir.

—Dígame si necesita algo. Se lo haré llegar. Me refiero a algo que necesite que le compre.

—Como qué.

—Lo que sea.

—Necesito un candado y productos para el baño.

—Supongo que te refieres a artículos para la higiene.

—Exacto.

Treinta y cinco minutos más tarde se presentó con dos bolsas en la mano. La acompañó la dueña. Al parecer se conocían.

—Vaya, vaya. No podíais haber escogido un sitio mejor —dijo Crespo al verlos disfrutar de la cerveza en sus tumbonas.

Nadia se incorporó y respondió:

—Esta señora es la responsable de que eligiésemos este lugar para hospedarnos.

—Es que adiviné al momento lo que necesitabais y me dije, me están preguntando por la «Posada San José». Como habréis observado, aquí se ha fundido con mucho cuidado lo moderno y lo antiguo. Cuando entras por la puerta de este edificio te da la impresión de que el tiempo queda detenido.

—Es cierto. Aquí se nota la mano de una mujer con mucho gusto.

—Muchas gracias por lo que me toca —dijo la dueña—. El año que viene cumpliremos cuarenta años al pie del cañón. Desde entonces hemos tenido mucho tiempo para cumplir nuestro sueño.

Pablo pidió otras tres cervezas con otro platito de queso. La dueña se retiró y la inspectora Crespo continuó:

—Esta casa palaciega, que se remonta al año 1621, se declaró como Bien de Interés Cultural en 2005. Más tarde fue sede del Colegio San José para los niños cantores de la catedral hasta la primera mitad del siglo XX, momento en que quedó abandonado. Aunque reabrió sus puertas en 1953 como establecimiento hostelero, fue en el 83 cuando entraron a regentarlo la pareja que ha puesto al edificio donde se merece.

Pablo pagó a la inspectora lo que se había gastado. Le presentó dos tiques, pero hizo el redondeo por arriba sin necesidad de tener que hacer una suma ingrata con decimales. Crespo se interesó por la salud de Nadia.

—Estoy mejor, muchas gracias. Espero que lo peor de mi vida haya pasado ya. Mi vida se ha equilibrado desde que he conocido a Pablo —dijo regalándole una sonrisa.

—De eso he venido a hablar. Esta mañana hemos estado hablando con la policía de Toledo y de Madrid. Según hemos podido constatar, el jefe del Club 69 trabajaba con identidad falsa.

—¿Qué significa eso?

—Que no sabemos quién es ni dónde buscarlo.

—¿Estás diciendo que han huido? —preguntó Nadia totalmente confusa.

—Pues claro. En el momento que pudieron salieron pitando de allí. Según informes de la policía toledana, hay enseres personales

en todas las habitaciones. Supongo que pertenecerán a las chicas que estabais allí.

—Seguramente salieron todas con lo puesto, como hice yo.

—Así fue —atestiguó Pablo—. Las vi marcharse y puedo asegurar que iban ligeras de equipaje.

—Por cierto, me llama mucho la atención entender cómo pudiste… Perdona, pero os voy a tutear, —dijo la inspectora Crespo dirigiéndose a Nadia—. Decía que me parece inverosímil que una sola persona pudiera liberar a todas las chicas de un burdel.

A Pablo se le escurrió una sonrisa por la comisura de los labios.

—Estando en el trullo tuve la suerte de conocer a un colega que sabía artes marciales. El pibe era coreano y cumplía condena por asesinato, como yo. Nos caímos bien y me enseñó a pelear. Tienes que saber que gracias a él sigo vivo. La primera vez que salí del talego en libertad condicional, me estaban esperando. No sé cómo se enterarían, pero me salieron al encuentro dos mendas bien maqueados. Tuve que poner en práctica todas las lecciones que me había enseñado el coreano para deshacerme de ellos. Me di cuenta de que la vida fuera de la cárcel no iba a ser fácil y procuré salir lo menos posible. Cuando cumplí los veinte tacos de condena, allí estaban, esperándome. Decidí cambiar de ciudad. Marché a Valencia y allí que se presentaron. La noche que conocí a Nadia empecé a vislumbrar la posibilidad de ir a por ellos. A la mañana siguiente, cuando vi a Joana tirada en aquel charco mugriento, se me hizo ver en su rostro el de mi madre. Ahí fue cuando decidí ir a por ellos.

A Crespo le costó sujetar las lágrimas. Tras dar el primer sorbo a la cerveza, advirtió:

—Eres una persona muy valiente y muy generosa. Déjame que te diga que la policía de Madrid ha reparado en que es muy posible que detrás de lo vuestro haya una banda internacional dedicada a la trata de seres humanos para la prostitución y el tráfico de drogas. Si fuera así, la cosa no pinta bien. Dicha banda se dedicaría a introducir inmigrantes ilegales en España para exprimirlas como un limón de paella. Las chicas no solo eran de países europeos, la red mafiosa contactaba también con gente de República Dominicana.

—En el Club 69 había dos dominicanas.

—El caso es que, según la policía madrileña, les decían a las

chicas que tenían que abonar a la organización una cantidad de dinero nada desdeñable y que para saldar la deuda tenían que ejercer la prostitución en locales de alterne amenazándolas con matar a su familia en caso de que se escapasen.

—Son ellos. No cabe duda —dijo Nadia.

—La cosa se pone chunga —manifestó Pablo con gesto de preocupación.

—¿Sufriste vejaciones y abusos? —preguntó Crespo a Nadia.

—Sí. De vez en cuando, el jefe invitaba a algún amigo y…

—Bien… Procurar que se disipen todos esos demonios de tu cabeza creo que te vendrá bien. Lo que vais a hacer es procurar salir de aquí lo menos posible. Todo lo que necesitéis, me lo decís y yo os lo traeré. Al fin y al cabo, tomarme una cerveza en este lugar me resulta muy placentero.

Pablo invitó a la inspectora a comer. Tras los postres se despidieron. Crespo se marchó a su casa. La parejita marchó a sus aposentos. Pablo se fijó en los morritos de Nadia, unos morritos rojo pasión, a lo Scarlett Johanson. La besó. Le correspondió. Se bebieron uno al otro por completo hasta que no quedó de ellos nada más que la carcasa.

No cabe duda de que la prostitución deja huellas en las mujeres que la han ejercido. Suelen tener el cuerpo y la cabeza enfrentados. Para las chicas que deciden dejar tal actividad, cualquier recuerdo que se reaviva en su cerebro resulta ser un campo de minas. Las agresiones sexuales están latentes en su cabeza y no les permiten bajar la guardia.

La inspectora Oramas, en un intento de proteger a Nadia, había presentado un escrito al Director del hospital «Virgen de la Luz» para que recibiera los servicios psicológicos a domicilio. Por la tarde, exactamente a las seis y dieciséis minutos, se presentó en la posada una chica joven, de unos treinta y cinco, preguntando por ella. Era una chica de estatura mediana. Pelo corto con mechas rubias. Ojos vivaces. Una boca larga que cruzaba su cara casi de oreja a oreja dibujaba una sonrisa seductora. Se sentaron en las tumbonas que había ante la ventana del salón, un lugar idóneo para celebrar la primera sesión.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó Marisa, ese era el nombre de la psicóloga.

—Dentro de lo que cabe, bien.

—Dentro de lo que cabe… —repitió Marisa—. ¿Y fuera de lo que cabe?

—Mira, tras continuas violaciones durante ocho años, las consecuencias están grabadas en mi cuerpo. Ocho años siendo tratada como una puta miserable, sin respeto ni derechos es mucho tiempo como para pensar que no me ha dejado huella.

—¿Por qué dices que has sido tratada sin derecho alguno?

—Porque fui vendida en una red de prostitución.

Marisa tomó nota en una libreta del bolsillo amarilla. Se tomó unos segundos para digerir la respuesta y continuó:

—Que yo sepa ya has dejado la prostitución.

—Pero la prostitución no me ha dejado a mí. Los fantasmas del pasado me atormentan allá por donde voy.

La psicóloga sintió que eran respuestas tan inteligentes como apropiadas. Sin lugar a dudas, iba a resultar una paciente dura de roer.

—¿Tienes algún apoyo que te ayude a gestionar la situación? Me refiero a…

—Tengo pareja. Un chico al que he conocido no hace mucho tiempo. A su lado me siento muy segura.

—¿Vive contigo?

—Sí. Está hospedado aquí también.

—¿Crees que te es útil?

—Por supuesto. Me ayuda mucho a administrar el día a día. Además, me siento muy segura a su lado. Tenga en cuenta que siento que mi vida corre peligro.

—Sé lo que le pasó a tu amiga. Pero no tiene por qué pasarte a ti —intentó tranquilizarla—. Respecto a los recursos para salir del estrés postraumático, tienes que saber que son escasos —añadió—. Con esto te quiero decir que te tienes que hacer fuerte y tomar las riendas de ti misma.

—¿Y en qué debo basar mi fortaleza?

—En hacer los deberes que yo te mande. Y en esperar mi próxima visita con entusiasmo.

Nadia se quedó pensativa con la mirada fija en algún punto cercano al cerro del Socorro. Se desprendió de sus labios una sonrisa llena de dulzura y dijo:

—Si se trata de eso, ya puedes ponerme tarea.

—Pues mira, la primera que te voy a poner es que reflexiones sobre los problemas que te está causando haber sido víctima de…

—Eso lo tengo muy meditado —respondió Nadia sin necesidad de reflexión—. En primer lugar, tengo miedo a los proxenetas. Siento, además, una terrible vergüenza por haber ejercido la prostitución. Socialmente, me siento discriminada. Por último, he de advertir que en mi interior siento mucha rabia de la que me gustaría liberarme.

Durante el resto de la sesión se dedicaron a reflexionar sobre el mal y las causas por la que hay personas inclinadas a causarlo. Cuando acabaron, Nadia acompañó a Marisa hasta la puerta. Se despidieron. Nadia pareció muy satisfecha con el trabajo de la psicóloga.

—VI—

Viernes, 14 de octubre de 2022

Torrijos desconocía tantas cosas sobre el funcionamiento de la trata de personas que la única forma de gestionar su ignorancia era buscando información. Llevaba días leyendo todo tipo de informes, protocolos y legislación aprobada por la
ONU
o por cualquier país afectado y había aprendido que la trata de personas es uno de los delitos más vergonzosos que existen. Un delito que mueve tal cantidad de millones que se hace difícil luchar contra dichas organizaciones. Dicho desconocimiento lo hizo saber en la reunión del equipo:

—No me declaro insolvente, pero he de reconocer que me faltan conocimientos para ser eficiente.

Lo dijo con gesto compungido, como si se sintiera culpable por su ignorancia. Miró a un lado y a otro y advirtió sorpresa en el semblante de la concurrencia.

—No te preocupes por eso —salió al paso Paláez—, lo que tenemos que hacer es manejarnos con lo que hemos averiguado hasta el momento. Los conocimientos los podemos adquirir leyendo y preguntando.

—No, si leer ya he leído unas cuantas horas —respondió Torrijos con esa carita lacia de acelga que suele poner cuando las cosas no salen de su agrado.

—Dicen que la paciencia es la virtud de los sabios. Yo creo que hasta ahora las pesquisas van por buen camino —intermedió Oramas con una de sus típicas sonrisas dulzonas—. El juez ha dado el permiso para hacer el seguimiento en el teléfono del jefe del Club 69, y en ello estamos —continuó—. Según noticias de la

policía de Toledo está en Madrid.
—¿Lo han investigado con el
SITEL
? —preguntó Peláez.
En los ojos de Torrijos se intensificó el desánimo. Estuvo atento a todo lo que se decía en la reunión y tomaba nota sin parar como un poseso.
—Lo que he leído en el informe no especificaba el modo como se ha obtenido dicha información —aclaró Oramas—. Lo que te puedo decir es que se ha pedido información a la empresa de telefonía correspondiente.
—¿Sabes si se ha solicitado también información contenida en la nube? —se interesó Crespo.
—Tampoco lo especificaba.
Torrijos estaba inquieto sobre la silla. Daba la impresión de que le rondaran avispas en el trasero.
—Pero…, sabiendo el aparataje que utiliza la policía, ¿pensáis que no van a andarse con cuidado los delincuentes? —hizo observar —. Además, los que manejan el dinero no se suelen manchar las manos. Suelen actuar desde su torre de marfil.
—Los que manejan mucho dinero se creen invulnerables —contestó Crespo—. Creen que con su dinero pueden comprar todo y solucionar sus problemas. Muchos de ellos ignoran la información que generan sus dispositivos y lo complicado que es borrar toda huella de sus actividades. Si saben que el jefe del Club 69 está en Madrid, seguramente es porque lo habrán geolocalizado. Antes había que colocar un localizador oculto en el coche para saber los movimientos de los delincuentes, ahora se hace con su propio teléfono.
Grogui como un mal boxeador en el último asalto. Más preocupado que enfadado, Torrijos no rebulló el pico. Pensó que como policía se había quedado en el Pleistoceno, lo cual no era cierto.
—¿Se sabe algo del que se tiró del tren? —preguntó Peláez.
—Ya os dije que murió —respondió Oramas.
—Sí, es cierto. Pero había quedado pendiente de hacer la autopsia —replicó Peláez.
—Ahora que me acuerdo, tienes razón. Según la autopsia, el

cuerpo muestra un hematoma en la mandíbula, otro en la mano derecha y rotura del tabique nasal. Todo ello hace pensar que hubo una pelea.

—Me parece que eso ya lo sabíamos —dijo Torrijos.

—Más bien lo intuíamos —aclaró Oramas—. Esto lo que hace es dar fuerza a lo que pensaba la policía de Madrid, que es la que investiga la muerte del otro que viajaba en el vagón del mercancías.

—¿Se han identificado los cadáveres? —preguntó Crespo.

—Que yo sepa no —reconoció Oramas—, pero supongo que en el hospital donde ha muerto sabrán algo.

Durante un buen rato anduvieron repasando el caso de la muerte de Joana desde el principio. Oramas insistía en que no se podía hacer nada hasta que los de Madrid no identificaran al jefe del Club 69. Crespo estaba en contra. Decía que se podían hacer cosas. La verdad es que era un caso que la tenía un poco excitada. Era feminista, lo cual le hacía a veces querer ir más rápido de lo que se podía.

—Haz alguna propuesta —le pidió Peláez.

Sin tenerlo que pensar, como si estuviera esperando la pregunta, soltó a bote pronto:

—Podemos vigilar las calles de la ciudad. Por las huellas de los neumáticos, sabemos que utilizaron un coche de gran cilindrada. No es mucho, pero puede ser el detalle que nos lleve ante el asesino.

Se produjo un silencio sepulcral en el despacho. Se miraron unos a otros y dijo Oramas:

—Cierto. Deberíamos sacar la policía a la calle en busca de un coche de alta cilindrada. Yo le daría la orden a los patrulleros nocturnos para que se pasaran por los hoteles con aparcamiento y tomaran las matrículas de los vehículos con esa característica.

—Pero la vigilancia no la debemos reducir solo a la noche —propuso Crespo—. Por el día deberíamos estar alertas. Debemos tener en cuenta que Nadia vio a los que la siguieron hasta aquí y que Pablo conoce a tres de esos criminales.

De nuevo el silencio rebotó en las paredes. En esta ocasión se hizo más largo y antipático.

—Yo creo que lo razonable es que esperemos a saber algo sobre el jefe del Club 69 —replicó Oramas.

—Pero yo no soy nada razonable. Si hace unos días llegaron dos

matones a Cuenca porque se habían escapado dos chicas de ese maldito prostíbulo, ¿pensáis que, ahora que se han escapado cuarenta, se van a quedar de brazos cruzados? —Hizo una parada Crespo. Como no hubo respuesta, se contestó a sí misma—: Estoy convencida de que no. No sé si sabéis que a esas chicas las exprimían hasta la última gota de su sangre. Ofrecían cada una entre veinte y veinticinco servicios sexuales al día. Multiplicad esa cifra por sesenta euros y lo que os dé por cuarenta chicas. Resulta que ingresaban más de cincuenta mil euros al día. Y eso sin contar con la venta de droga. Mucho dinero para pensar que lo hayan dado por perdido sin más. Vamos, que puede que estemos rodeados de toda esa gentuza y no nos hayamos dado cuenta.

Torrijos, Peláez y Oramas se quedaron sin argumentos. El dibujo de su cara parecía expresar algo parecido a «cómo no se me habrá ocurrido a mí pensarlo antes».

—¿Os parece oportuna la propuesta de Crespo? —rompió Oramas el silencio.

Tras unas miradas extraviadas, quedó aceptada sin necesidad de debate.

—Perdona, propongo que la vigilancia diurna se haga acompañada de Nadia —añadió Crespo—. Lo digo porque ella conoce a esa gente.

—En eso no hay problema. Se lo comunicaré a los policías que hagan la patrulla. Además, a la chica le va a venir muy bien.

—Y de las armas que nos entregó Pablo, ¿qué sabemos?

—Que está en manos de la Brigada Científica. Por el momento no podemos hacer otra cosa nada más que esperar.

La reunión parecía estar acabada, pero todavía no había dicho Crespo la última palabra.

—Oye, por curiosidad —dijo—, ¿qué ha sido del cadáver de Joana?

—Lo han repatriado —informó Oramas.

—¿Quién se ha encargado de esa gestión?

—El de arriba —dijo señalando con el dedo índice hacia el despacho del comisario— se puso en contacto con Madrid y se ha encargado la Embajada de Rumanía de localizar a su familia y de repatriar el cuerpo.

El día declinaba. Ya hacía bastante tiempo que todo el valle se

había llenado de sombras. La luna se asomaba entre dos nubes amenazantes iluminando con luz tenue las crestas del valle. Todo ese festival de la naturaleza era contemplado por Pablo y Nadia tras el cristal del comedor. Pablo saboreaba las últimas cucharadas del flan casero. Nadia daba cuenta de una exquisita tarta de queso, también casera, por supuesto. Sonó el teléfono de Pablo. Era la inspectora Crespo.

—Buenas noches inspectora —dijo con fogosidad contagiosa.

—Buenas noches —respondió con voz algo más apagada—. ¿Cómo va eso?

—Muy bien. Estamos saboreando los exquisitos postres que nos ofrecen.

—No dejes de probar el *brownei* que preparan, es un auténtico regalo para el paladar.

—Lo tomé ayer. Estoy totalmente de acuerdo. Pero el flan que me estoy tomando tampoco le va a la zaga.

La inspectora Crespo le explicó todas las indagaciones realizadas por la policía referente al asesinato de Joana. Pablo le parecía una persona excitante, lo cual se hacía notar cada vez que hablaba con él. Forzaba una voz meliflua sin llegar a ser excesivamente dulce.

—Mañana sábado queremos ir a tomar una cerveza la inspectora jefa y yo.

—Me parece estupendo. Aquí pasamos los días sin pena ni gloria. Una visita nos viene como anillo al dedo. Además, me va a venir de perlas. Si no es mucho pedir, ¿me podías traer material deportivo?

—¿Material deportivo? —repitió Crespo con extrañeza.

—Vestuario, más bien —puntualizó Pablo.

—¡Uy, uy, uy! —exclamó—. Que te veo venir. A ver, ¿qué es lo que necesitas?

—Zapatillas para correr (las mejores que encuentres de la talla 44), tres pares de calcetines, un traje de neopreno de una pieza y una gorra de béisbol.

—Supongo que el neopreno lo quieres de manga larga.

—Sí. Quiero primeras calidades.

A Nadia no pareció sentarle bien la idea de que tuviera la intención de salir a correr él solo. Puso morro de trompeta y dijo rezongando:

—Yo también tengo necesidad de salir de aquí. Pero tengo miedo.

—Yo no sé vivir con miedo. Prepárate que vamos a dar un paseo ahora mismo.

No había dicho la verdad. Pablo era temeroso. Sabía que el enemigo podría estar acechando en cualquier esquina de la ciudad. Pero, lo cierto es que lo que más temía era poner en riesgo a Nadia.

—Pero tú crees que…

—De noche me da más confianza dar un paseo por la ciudad. Daremos una vuelta por la zona antigua.

Al salir a la puerta de la posada, se abrieron tres posibilidades. Seguir de frente por la calle Colegio San José. Girar hacia la izquierda hacia un lateral de la catedral. O girar hacia la derecha por la Ronda de Julián Romero. No hizo falta echar a suertes, ni siquiera discutieron, simplemente giraron hacia la derecha e iniciaron la cuesta hacia el palacio de los Mayorga. Ni un alma había en la calle. El silencio era pétreo. Tan solo se escuchaba a lo lejos el ruido de la vajilla de un restaurante desde el que llegaba un ligero aroma a bacalao cocido. La calle Ronda —así es como se la conoce en la ciudad— se retuerce aproximadamente de forma paralela a la calle San Pedro. Las fachadas de la izquierda de la calle por la que circulaban correspondían a la parte trasera de los nobles edificios de la que fue calle principal en el medievo. La parte derecha se abría por momentos al impresionante espectáculo de la hoz del Huécar a través de miradores. Y fue ahí donde hicieron la primera parada, en un pequeño ensanche de la calle que se abre al abismo y que se le conoce como «Mirador del pintor Víctor de la Vega». Nadia se interesó por el susodicho pintor. Pablo preguntó al señor Google y le enseñó una de las entradas: «Víctor de la Vega, el pintor de los murales eternos». Aumentó el tamaño de la letra y dijo tras unos segundos: «Es un pintor conquense». Pablo guardó silencio, pero pensó que para llegar a esa conclusión no hubiera hecho falta Google.

—Esta ciudad me parece mucho más interesante de noche que de día —comentó Nadia.

—La noche siempre tiene su encanto. Pasear rodeando lo poco que queda de murallas es un verdadero deleite para los sentidos. Según leí una de las veces que visité esta ciudad, en muchas de las

casas que daban al río era frecuente que asomaran los burros sus cabezas por la ventana rebuznando. ¿Te imaginas el espectáculo?

—Un lugar misterioso, sin duda alguna.

—Pero te voy a advertir de una cosa. Cuenca es una ciudad deslumbrante, llena de color y contrastes, solo apreciable durante el día.

—Eso también es cierto.

Pablo no dejaba de mirar a un lado y a otro, sobre todo hacia atrás. En su intestino tenía agarrado un nudo de nervios. Nadia parecía más despreocupada. Siguieron subiendo bajo fachadas panzudas. No habían recorrido ni cien metros y llegaron a otro rincón mágico. En un pasadizo bajo el palacio de los Mayorga, se encontraron con un cristo entre rejas. Dichas rejas no tienen otra explicación que evitar que se siga robando el cristo como solía pasar en la antigüedad. En una cavidad de la pared bajo la imagen hay escrita una leyenda sobre este cristo y Nadia se paró a leerla. Pablo no hizo aprecio y se dedicó a vigilar la calle. Realmente, estaba preocupado. Seguramente lo estaba más por Nadia que por él.

—¿Te ha parecido interesante? —preguntó Pablo cuando acabó Nadia con la lectura.

—Mucho. Es la leyenda de Julián y de Angustias.

—¿Quiénes son esos?

—Dos jóvenes enamorados cuyo romance fue imposible debido a la diferencia de clase social.

Pablo cogió de la mano a Nadia y tiró de ella hacia un rinconcito muy recoleto que daba hacia el Huécar. Se sentaron en un poyete y, acurrucados, con el único sonido del chorrito de agua que se escurría de una fuente que había frente a ellos la abrazó y se entregaron en un frenesí de besos y caricias. La agarró de la cintura y con el primer beso arrancó de cuajo sus miedos. Estuvieron allí hasta que el frío de la piedra hizo mella en sus traseros. Siguieron con la cuesta cogidos de la mano como dos mozalbetes.

—¿Sabes en lo que pienso últimamente? —soltó Nadia sin que nadie lo esperara.

—No lo sé, pero me gustaría que me lo contases.

—Pues pienso en el motivo por el que hay personas que se inclinan a hacer el mal.

Con voz teñida de misterio, dijo Pablo:

—Me imagino que sé por dónde vas —sonrió Pablo enseñando casi toda la dentadura—. Si lo que quieres es saber mi opinión al respecto, lo único que se me ocurre decir es que las personas estamos plagadas de zonas oscuras.

Nadia lo miró con un ligero desdén y susurró:

—Me parece una respuesta un poco pobre.

—Lo que he querido decir es que hay personas que son capaces de reprimir esa parte negativa de su ser y otras que dejan que aflore la maldad sin más —proclamó como un catedrático de psicología.

—Pues yo he llegado a la conclusión de que hay personas que ponen su interés personal por encima de cualquier otro interés.

Tras unos segundos elásticos de pensamiento profundo, Pablo echó una mirada a los ojos de Nadia y replicó midiendo las palabras:

—Eso que acabas de decir no está reñido con lo que yo he dicho. Pero se me ocurre que también hay personas que disfrutan haciendo daño a los demás obtengan intereses particulares o no.

—Esas son personas que carecen de sentimiento de culpa —mantuvo los ojos fijos en los de Pablo hasta que percibió un gesto afirmativo.

—Esas personas son sádicos enfermos. ¿O no hay que estar enfermo para rociar de gasolina a un mendigo y prenderle fuego?

—Pues la gente que actúa por intereses propios es tan peligrosa como los psicóticos —repuso Nadia con sequedad a punto de exhalar un suspiro. Luego suavizó el tono y añadió—: Lo siento, pero a mí me han hecho tanto daño como a ese hipotético mendigo.

De nuevo se quedó Pablo unos segundos en silencio y con el semblante ensombrecido. No le cabía duda de que Nadia tenía bien claro lo que quería expresar, pero lo que no llegaba a entender Pablo es si estaba buscando una excusa para tener la primera crisis de pareja. No pudo evitar que le hormigueara el estómago.

—Son dos casos diferentes de ejercer la maldad, mujer —añadió—. En el caso del asesino del mendigo hay una desconexión moral. En el caso de las personas que engañan a chicas como tú y les obliga a prostituirse hay egoísmo.

Nadia clavó sus ojos en los de Pablo como si lo quisiera hipnotizar y dijo con vigor inusitado:

—En los ojos de los proxenetas —a Nadia le costó trabajo

pronunciar tal palabra— pude leer la creencia de que eran personas con más categoría que los demás. Pensaban que nosotras éramos inferiores a ellos y que, por tanto, no merecíamos un trato como ellos. Estaban totalmente faltos de empatía. Si lo piensas bien, de esa misma forma procedió Hitler y ahí tienes las consecuencias.

—No me tienes que convencer de que eres una persona a la que te han humillado y te han hecho mucho daño. Pero, a mi juicio, no debes buscar un porqué. La maldad existe. Está en nosotros y puede aflorar en cualquier momento. Yo he matado a dos personas. A una lo hice por venganza, a otra en defensa propia. La noche que fui a liberar a las chicas del Club 69 lo hice porque los demonios que llevamos bajo la piel afloraron. Gocé dejándole a tu jefe la cara llena de hostias. ¿Arrepentimiento?, venga ya.

Llegaron a otra fuente. Cuenca está llena de fuentes. Una fuente con dos caños y un pilón. Nadia se inclinó y humedeció sus labios dejando que el líquido resbalase con suavidad por su garganta. Siguieron andando y llegaron a la última casa de la calle, frente al convento de las Carmelitas, lugar que acoge la Fundación Antonio Pérez. Unas escaleras llevan a la calle Trabuco que comunica por medio de un arco con la parte de muralla que da a la hoz del Júcar. De nuevo miró Pablo a un lado y a otro. Como seguía sin ver ni un vivo por la calle, tomó confianza y, con absoluta inconsciencia, empezó a pensar que esa banda de facinerosos se había olvidado de ellos.

—Esta ciudad está situada entre ríos —hizo observar Nadia.

—Puede que su nombre se deba a esa circunstancia —aclaró Pablo.

Sin desmerecer, el camino que daba a esta parte de la ciudad no era tan atractivo. Emprendieron el regreso cuesta abajo y sin cruzar palabra. Apretaron el paso. A Nadia, con sus zapatos recién estrenados, le resultaba difícil mantenerse a su lado.

—¿Sabes bien por dónde vamos? —preguntó Nadia.

Pablo dijo sin detenerse:

—Por supuesto.

Siguieron bajando. Pablo delante. Nadia detrás sin poder seguir el ritmo de sus zancadas. Paró por fin y llamó a Pablo. Lo miró a los ojos bajo la pálida luz de una farola e insistió:

—¿Estás seguro de que no estamos perdidos?

Desconcertado, le mantuvo la mirada y resolvió:

—Pero, por Dios, si lo único que estamos haciendo es bajar por una calle que es casi paralela a la de subida.

Continuaron andando en silencio hasta que se toparon con la casa Zabala para, rodeándola, llegar a la plaza de San Nicolás. Desde allí tan solo hay que cruzar la calle San Pedro para llegar a la «Posada de San José».

—Deberíamos dar un paseo todas las noches —propuso Nadia cuando entraban por la puerta de la posada.

Pablo no dijo nada. Entraron a su habitación y se dispusieron a hacer la última de las rutinas. A falta de poder salir a hacer deporte a la calle, Pablo acostumbraba a mantenerse en forma con dos tablas de ejercicios diarias que realizaba en el suelo. Se quedó en calzoncillos. Clavó los pies y las manos en el suelo y esperó a Nadia en posición decúbito prono. Se quedó también en ropa interior, se subió a la espalda de Pablo como si fuera a cabalgarlo. Cruzó las piernas por debajo de la barriga y se agarró con fuerza con los brazos por debajo de su pecho. Con su pecho totalmente acoplado a la espalda de Pablo le dio la señal de que podía empezar. Comenzó a flexionar los brazos con buen ritmo. A Nadia le encantaba sentir cómo se le hinchaban los músculos de su cuerpo: los bíceps, los pectorales, los abdominales, los glúteos, el deltoides… Hicieron diez series de diez repeticiones y Pablo acabó exhausto y con el cuerpo molido. Cuando recuperó el resuello dijo:

—Esto es agotador. —Luego giró su cuerpo. Se colocó mirando hacia arriba y concluyó—: Ahora te toca a ti.

Sábado, 15 de octubre de 2022

Oramas había madrugado. Pensando que el mediodía se podría alargar más de lo debido bebiendo cerveza, quiso poner la venda antes de la herida e hizo una tirada de dos horas y media con la bicicleta. Le había dado duro y regresó empapada en sudor.

—No entiendo qué necesidad tienes de hacer esas burradas —refunfuñó su madre al verla entrar por la puerta.

Tras una ducha tonificante cogió a su perra y bajó la cuesta de las Angustias hasta el río Júcar. El paseo fue tranquilo, pero la subida puso a prueba sus piernas. Cuando llegó a casa, le dolían

hasta las cejas. Pero lo peor de todo fue volver a escuchar los gruñidos de su madre:

—No entiendo que empieces el fin de semana agotada de esta manera.

—Si tuvieras el detalle de sacar a la perra de vez en cuando no tendría que hacerlo yo —respondió la hija con tono desabrido clavando los ojos en los de su madre.

—Como si yo no tuviera cosas que hacer en la casa.

«Ver todas las series que dan en la tele», susurró Oramas para sus adentros.

Se tiró al sofá y esperó la llamada de Crespo. Doce minutos y medio más tarde se le coló la del comisario Federico:

—Dime, Federico.

—Sé que es tu día libre, pero…

—No cambias, eh —le interrumpió la inspectora Oramas—. Te he dicho que no tienes que disculparte por llamarme un sábado. Un buen policía siempre está de guardia.

—Me alegra oírte hablar así. El caso es que te llamo para decirte dos cosas. Lo primero es que los dos muertos del tren. Bueno, me refiero en concreto al que se tiró en marcha y al que apareció muerto en el vagón, pues los dos están identificados y los dos tienen antecedentes. Lo segundo de lo que quiero informarte es de que a lo largo de la noche han estado cuatro policías visitando con dos patrulleros todos los hoteles de Cuenca y no han encontrado ni rastro de huéspedes sospechosos. Lo que sí han hecho es tomar nota de todas las matrículas de vehículos de alta cilindrada estacionados en el garaje o en las inmediaciones de los hoteles. Según me han informado ya están comprobando la identidad de sus propietarios.

—Pues muchas gracias, Federico. Yo estoy esperando la llamada de Crespo para ir a entrevistarnos con Pablo y Nadia a la «Posada San José».

—Pues que lo paséis bien y que gastéis poco. Y no te dejes arrastrar por la osadía de Crespo. Es la mejor policía que tenemos, pero…

—No lo haré. Te lo prometo.

Al rato de hablar con el comisario, sonó el timbre. Era Crespo.

—He pensado que, ya que tenía que subir a la Plaza, me apetecía acercarme y saludar a tu madre.

—Está en la cocina de sábado.

—¿*Geñuda*?

—*Geñuda* y marimandona.

Abrió la puerta de la cocina. Candelaria, al verla aparecer, no pudo contener un grito. Se secó las manos con un trapo, se quitó el delantal y salió dando muestras de alegría para enroscarse en el cuello de Crespo que miró a su hija con un gesto ambiguo.

—Te veo cada día más joven y más guapa —dijo sin soltarla—. Cómo no vienes más veces a verme, granuja. ¿Te acuerdas de aquella fiesta que nos montamos hace tiempo con tu novia? —Candelaria miró hacia la puerta de la calle y continuó—: ¿No ha venido contigo?

—No, no ha venido.

—Pero seguís… —se limitó a juntar los dos dedos índices de sus manos para evitar pronunciar la palabra apareadas.

—Sí, claro.

—Pues yo me alegro mucho. Lidia me cae muy bien. Pero no dejo de pensar lo que se está perdiendo algún hombre.

Oramas terció y se llevó a su compañera a su estudio y dijo:

—La pones frenética.

—Pues decías que tenía morro de trompeta.

—Pero es que eres su ojito derecho. No te puedes ni imaginar las veces que me pregunta por ti.

Oramas quitó un paño al óleo que estaba pintando.

—¡Oh, qué maravilla! —exclamó.

—No está terminado, pero ya se puede percibir la sensación que va a producir.

—Y tanto que se percibe. El encuadre es fenomenal. Parece que lo has pintado a ras del suelo.

—¿Qué es lo que te sugiere?

—Me evoca una sensación de desesperación y de soledad, que es lo que está sintiendo la protagonista del cuadro. Sin embargo, se abre un ápice de esperanza a lo lejos con ese tren que se acerca bajo la lluvia. Parece que nos está diciendo «no te preocupes que Dios aprieta, pero no ahoga».

—Si es eso lo que aprecias en la obra, he conseguido mi propósito.

—Además, te voy a decir una cosa. Me gusta mucho que le

hayas dado esa pátina de antigüedad.

—Es que la estación de Cuenca se ha quedado obsoleta.

—Eso es cierto, pero has dirigido la mirada hacia la zona más decrépita. Me gusta mucho también que hayas abierto tanto el ángulo, a mi juicio contrasta con el sentimiento de la chica y le da mucha profundidad a la obra.

Crespo se acercó a otra de sus obras. La pintó mientras resolvieron el caso anterior, el del asesinato del obispo.

—Este, sin embargo, lo has dibujado con un estilo distinto. Es una obra que expresa el horror y la barbarie.

—Es el rostro del pecado —aclaró Oramas—. Tú misma me sugeriste el título.

—¿Sabes lo que pienso?

—¿Qué?

—Que cada caso que resolvemos te sirve de inspiración. Da la impresión de que los utilizas como un mantra para invocar a los dioses.

—En parte tienes razón. Cada caso inicio una obra. Pero más que de inspiración, me sirve para meditar y centrarme en su resolución. Es la obra la que me ayuda a centrarme en el caso y no al contrario.

Oramas se pone una cazadora sobre los hombros. Crespo se despide de Candelaria.

—Pero ¿dónde vais? —clamó arrebatada con una mezcla de extrañeza e inquietud.

—A trabajar.

—¿Trabajar? Otra igual que mi hija. ¿Pero no es sábado?

—Vamos a estar en la «Posada San José» —terció Oramas.

—Escucha —dijo Candelaria dirigiéndose a Crespo—. ¿Cómo no te vienes luego a comer?

—Me encantaría, pero no me puedo comprometer.

De camino a la posada, Oramas no soltó el móvil de la mano. Sin dejar de caminar envió WhatsApps y llamó a Peláez y Torrijos para informarles de la conversación que había tenido con el comisario.

Pablo y Nadia estaban tumbados frente al ventanal como de costumbre cuando llegaron las inspectoras. Pablo tenía colocada su mano derecha sobre el muslo izquierdo de Nadia. Los dos estaban embebidos en el paisaje, contemplando pasar el otoño conquense

bajo sus ojos. Por encima, sobre la cúpula celeste, un sol casi estival seguía caldeando todos los rincones del valle perturbado tan solo por unos manchurrones blanquecinos en el cielo.

—Me parece que llegamos en mal momento, jefa.

Las palabras de Crespo rompieron la paz de la pareja. Se giraron hacia atrás y Pablo susurró un tanto desconcertado:

—Pero qué dice señora inspectora. Si todavía no hemos pedido la primera cerveza esperando a que llegaseis.

—En ese caso, se agradece el detalle —dijo Crespo al tiempo que se levantaban cada uno de sus respectivas tumbonas.

La inspectora Crespo se acercó a Pablo y le hizo entrega de tres bolsas. Las cogió y con toda la parsimonia del mundo fue sacando cada uno de los artículos que había dentro y los fue colocando sobre su tumbona. Examinó en primer lugar el traje de neopreno. Acarició el tejido con sus dedos, tiró del tejido en todas direcciones y, sin ninguna palabra de reproche, se limitó a hacer un gesto de satisfacción con la cabeza. Las zapatillas se las probó y se dio un paseo por la sala.

—Son suaves cuan teta de novicia.

—Solo queda que te pruebes la gorra.

—No. No hace falta que me la pruebe. Ya he visto que es ajustable. Voy a dejar todo en la habitación.

Se marchó y no tardó ni treinta segundos en regresar con un billete de quinientos euros y dos de veinte para entregárselos a la compradora. Cuando volvió se encontró a las tres mujeres sentadas en una mesa redonda. Sin estridencias, se encontró el ambiente animado. La dueña de la posada puso música de boleros y se acercó con cuatro copas de cervezas que rebosaban espuma. Pablo miró el reloj. La una y trece. «Buena hora para empezar con la cervecita», pensó. Lo primero que preguntó Pablo fue hasta cuándo deberían permanecer en la ciudad.

—¿Pero es que estáis mal en este balneario? —contestó Oramas con tono burlón.

—No si mi cuerpo está muy relajado, pero la libertad es un bien inherente al humano. Y en esta ciudad me siento en peligro.

—Para tu tranquilidad, he de decirte que durante casi toda la noche han estado indagando cuatro policías por los hoteles de la capital y no han encontrado ni rastro de sospechosos. Han tomado

matrículas de los vehículos que coinciden con la rodadura que encontramos y ahora mismo están identificando a sus propietarios.

—Tengo una fe enorme en la policía, pero también es cierto que llevo huyendo sin parar desde que salí de la cárcel. Me pregunto a mí mismo qué he hecho para merecer esta vida y no encuentro respuesta.

—Quizá la respuesta esté en que te tomaste la justicia por tu mano.

—Y si no lo hubiese hecho, ¿dónde estaría el asesino de mi madre? —respondió Pablo con determinación. Se quedó mirando a Oramas como si la quisiera taladrar con la mirada y como no obtuvo respuesta continuó—: En libertad, y matando con total impunidad.

—En lo que debes pensar es en cómo estás tú ahora.

—Mira lo que te voy a decir —se puso Pablo trascendental—, desde muy jovencito me di cuenta de que no debía confiar en que nadie velara por mi seguridad. Nací un 30 de diciembre. Es decir que he sido siempre el más joven del curso y, como tal, el punto de mira de esos tipos que disfrutan con el daño ajeno. Era raro que me llamaran por mi nombre, se dirigían a mí como cabeza buque, orejas, moñigo, rata y alguna lindeza más que no viene a cuento. —Pablo hace una pausa. Echa un trago. Continúa—: Me di cuenta de que el profesorado hacía caso omiso. Lo solían despachar diciendo que era cosa de niños. Es obvio que en aquellos tiempos el acoso escolar no existía para las personas que tenían que proteger a su alumnado. Lo único que me quedó fue dar visos de normalidad a la situación. Pero de los insultos pasaron a la agresión. Con diez años era bajito, enclenque y seguía siendo el más jovencito de la clase (algunos repetidores me llevaban dos y hasta tres años). Empezaron con empujones. Como se sintieron impunes pasaron a los golpes y a los puñetazos en grupo. En cierta ocasión, me llenaron la cara de hostias hasta el punto de que llegué a casa con la cara amoratada. Mi padre fue a hablar con la tutora y con el director. En ambos casos, lo primero que le preguntaron fue si había sido dentro o fuera del colegio. Como resulta que me esperaron fuera del colegio, el profesorado se inhibió al considerar que no entraba el asunto dentro de sus competencias. El tiempo jugó a mi favor. A partir de los doce años, mi cuerpo creció de forma exponencial a la vez que

se robustecía. Mi problema acabó cuando tenía catorce años. Como era costumbre, el más fanfarrón de todos, Jesús Zahíno se llamaba, vino a tocarme los cojones como tantas veces. Ese día se llevó una sorpresa, ese día resurgí de entre las cenizas, ese día cayó un mito. Jesús vino a por mí acompañado de otros dos secuaces. Al pasar junto a mí, como tantas veces había hecho, chocó hombro con hombro. Como iba distraído di un traspiés. «¿Tú eres tonto?», dije. Endureció el gesto y me dijo que tenía que arrodillarme ante él y besarle los pies. Me limité a mirarlo de arriba abajo con desprecio y le contesté con una simple mirada de desprecio. Dio un paso adelante y soltó el brazo con la palma abierta en lo que pudo haber sido un tortazo en la cara de los que humillan y te la dejan calentita, caso de no haber estado atento. No solo no llegó su mano al objetivo deseado, sino que, aunque de refilón, se llevó un puñetazo en la barbilla que le dobló la cabeza hacia atrás. No se lo esperaba y se sobresaltó. En su cara advertí un gesto de perplejidad. Reaccionó abalanzándose sobre mí, pero una patada certera en la entrepierna lo paró en seco. Bastó un puñetazo en las narices para dejarlo fuera de combate. Cayó al suelo echando sangre como un cochino. Se llevó las manos a la cara y se quedó enroscado como una serpiente en el suelo. «¿Tenéis alguna duda?», les dije a sus amigos. No hubo respuesta.

Tras un silencio espeso, Oramas lo miró con un gesto de extrañeza e inquietud y concluyó:

—He comprendido el mensaje, pero…

A Pablo le resbaló una ligera sonrisa por la comisura de los labios antes de tomar un sorbo de cerveza.

—Quiero que sepáis también que mi vida ha sido fallida —insistió Pablo.

—No digas eso —saltó Crespo con voz perentoria—. Da la impresión de que maldices el día en que naciste.

—Nací en un lugar equivocado, donde mi familia tuvo que emigrar para paliar las necesidades. Nací en un tiempo desacertado, cuando mayor era el porcentaje de paro. Al quedarse mi padre sin trabajo se entregó a la bebida y acabó abandonándonos cuando tan solo tenía cuatro años. Mi madre se prostituyó y acabaron asesinándola porque no le permitieron dar marcha atrás. Era demasiado valiosa para dejarla marcharse sin más —añadió con

orgullo.

—La verdad es que tu vida ha sido un drama —dijo Crespo.

—Más bien una tragedia. No os podéis ni imaginar lo que se siente cuando entiendes que tu pasado podría ser la trama de cualquier novela negra, que mi existencia parece pura ficción y que me podría haber diseñado cualquier escritorzuelo de novela negra criminal.

—Mira, hablando de novela negra —hizo observar Oramas—, la inspectora Crespo es una buena escritora. Podríais llegar a un acuerdo y escribir una novela basada en tu vida.

No es muy proclive a hablar de sí misma la inspectora Crespo. Tener que hablar de sus novelas, de sus personajes, de la construcción de sus tramas o de su estilo era algo que le irritaba. En el momento que pudo cambió de tercio.

—Me interesa también mucho saber qué ha sentido Nadia con la experiencia tan amarga que le ha ofrecido la vida.

—Desde luego que sí. Una experiencia que no elegí. Digo esto porque hay chicas que sí eligen la prostitución como forma de ganarse la vida.

—Cuéntanos algo de tu experiencia inicial.

—Como sabéis muy bien vine a España engañada. Se supone que venía a trabajar en un hotel, pero nos quitaron el pasaporte y dejamos de ser personas. No fue nada fácil para mí desnudarme ante el primer cliente. Tengo clavada en mi alma la mirada que me lanzó. Fue una mirada sucia. Clavó los ojos en mi cuerpo y lo escrutó con tanto detenimiento que parecía que contaba los poros de mi cuerpo. Era joven, pero su forma de comportarse era la propia de un ser desaprensivo. Me trató de forma violenta. No recuerdo que me hubiese mirado a los ojos. Sin rodeos, fue derecho a lo que fue. Ni una mísera sonrisa pude apreciar en su cara. Cuando acabó y se marchó me quedé con sensación de suciedad y vacío.

—¿Consideras que fuiste violada?

—Por supuesto. Yo no elegí la prostitución como forma de ganarme la vida. Tuve que dar mi consentimiento para que abusaran de mí. —A Nadia se le encharcaron los ojos. Permaneció tres segundos sin poder articular palabra y aprovechó para beber. A continuación, siguió con el relato—: Como pagan dinero se creen

con ese derecho e intentan hacerte de todo. Las primeras experiencias fueron humillantes para mí. El tipo de gente con los que tuve que mantener relaciones sexuales eran enfermos y misóginos. La impresión que me daban es que eran incapaces de mantener una relación sana con una mujer. Para que te hagas una idea, algunos intentaban orinarse encima de mí.

No le resultaba fácil contar tales experiencias, pero tampoco resultaba muy alentador escucharlas. Las dos inspectoras prestaban atención con silencio reverencial.

—¿Te has sentido insegura alguna vez haciendo tu trabajo? —insistía Crespo.

—La verdad es que la mayoría de la gente tenía un comportamiento normal. Llegaban, pagaban, se vaciaban y se marchaban por donde habían llegado. Incluso había algunos que te trataban con cariño. Pero los había también que venían con intenciones violentas.

—¿Te refieres a violencia física?

—Física, verbal y sexual. No era muy frecuente, pero más de uno intentaba hacerlo sin preservativo. Tenías que estar muy atenta porque si te descuidabas se lo quitaban.

—¿Crees que podrás superar este golpe emocional? —preguntó Crespo mirando a Pablo dando a entender que la pregunta iba dirigida a él. Se adelantó a Nadia en la respuesta y dijo—:

—Por supuesto que lo va a superar. Eso ya lo hemos hablado. Lo más importante para ella ahora mismo es sentirse persona y mujer. Olvidar ese estilo de vida no lo va a olvidar en la vida, pero lo va a superar.

—¿Qué te parece lo que ha dicho Pablo, Nadia? —insistió Oramas.

—¡Ojalá que no se equivoque! Es verdad que me han maltratado, que me he sentido humillada y vejada, me han tratado como una mierda, me han engañado, han amenazado a mi familia, me he sentido impotente, he recibido palizas, pero las heridas se curan. Va a ser duro, pero remontaremos.

—¿Remontaréis? —dijo Oramas.

—Sí, remontaremos —contestó Pablo—. Yo también quiero dejar de ser un puto Rambo.

Un silencio pétreo siguió a dichas palabras que fue roto por la

dueña de la posada que obsequió a la concurrencia con un plato con abundante queso en aceite salteado con almendras horneadas.

—Productos de la tierra —aclaró con orgullo y se retiró.

Oramas reflexionó durante un par de segundos y, como si le acabase de venir una idea repentina a la cabeza, le dijo a Nadia fingiendo curiosidad:

—Oye Nadia. Hay una cosa que me gustaría preguntarte. ¿Cómo se puede aguantar una situación tan violenta para una mujer durante tanto tiempo? Me refiero a ser violada tantas veces.

Nadia resopló, liberó una sonrisa y contestó:

—Eso mismo me pregunto yo una y otra vez a mí misma. Ya os he dicho cómo fue mi primera experiencia. No fue la primera vez que me desnudé ante un hombre (menos mal), pero hacerlo ante un extraño que te mira de la forma que me miraba aquel psicótico no fue nada fácil. Me sentí sucia y humillada, pero no podía sentirme de esa manera cada vez que tuviera que hacerlo. Tuve claro que tenía que hacer algo para no destruirme a mí misma. Y lo que hice fue aprender a separar la mente del cuerpo cada vez que me tenía que acostar con un tío. O si lo queréis entender de otra forma, aprendí a salir de mi cuerpo. Mi cuerpo lo dejaba sobre la cama como me parió mi madre y mi mente viajaba por otro lado imaginando cosas agradables. Esa partición en dos me ayudó para aguantar toda aquella violencia a la que estaba siendo sometida. —Nadia tomó la copa en su mano y bebió. Miró la cerveza al trasluz e hizo un gesto complaciente con el que quiso expresar el buen sabor de la cerveza. Tomó otro sorbo y continuó—: El método lo mejoré. Aprendí a introducir algunas palabras para que la escena pareciera creíble. De vez en cuando soltaba un cariño, mi amor, despacio, soy tuya… La disociación entre cuerpo y mente llegó a una perfección tal, que en algunas ocasiones pude ver mi cuerpo desnudo desde lo alto. ¿Os imagináis? Ser yo misma quien estaba viendo mi propio cuerpo desnudo con un hombre en la cama. Creo que esa postura que tomé evitó que el trauma fuese mucho mayor.

Totalmente emocionada, Crespo dijo:

—No permitas que aquella experiencia tan terrible te devore.

—Bien. Pasemos a otro asunto —propuso Oramas—. Hemos recibido de la Guardia Civil de Toledo un documento de denuncia. Resulta que algunas de las chicas que fueron compañeras tuyas —

dijo dirigiéndose a Nadia— se presentaron en el cuartelillo de la Guardia Civil de Quismondo y han puesto denuncia contra el dueño del Club 69. Nos han enviado un formulario —continuó, sacando el documento de una carpeta— por si deseas añadirte al grupo de denunciantes.

Le alargó el documento a la chica para que lo leyera. Más que leerlo, lo que hizo fue mirarlo como quien observa un animal exótico. Los nervios se apoderaron de su cuerpo. Un silencio pétreo se apoderó de nuevo del grupo hasta que Pablo dijo:

—No lo dudes, firma.

Ni la voz que escuchó acabó por tranquilizarla. Hizo un intento de leer el documento, pero le resultaba imposible concentrarse. Sintió que era el centro de todas las miradas como si estuviera representando un monólogo en el escenario de un teatro. Oramas, percatándose de la situación, le pidió el formulario. Lo leyó en voz alta y dijo:

—Si te interesa, lo único que tienes que hacer es escribir tu nombre, el número de pasaporte y firmarlo al final.

Nadia deslizó la mirada hacia Pablo que se limitó a asentir con un suave movimiento de cabeza.

—¿Tenéis un bolígrafo? —preguntó.

Oramas metió la mano en su bolso y le acercó uno. Estragada por la tensión, firmó el documento y se lo devolvió con el bolígrafo.

La miró derramando dulzura por sus ojos y dijo:

—Creo que has obrado correctamente.

Pablo alzó la copa de cerveza y dijo:

—Por Nadia, la chica más valiente y más decidida que me he echado a la cara. —Todas correspondieron con el brindis. A continuación, se metió un trozo de queso en la boca, su cara pareció transformarse y continuó—: El queso y el jamón son unos de los pocos alimentos que merecen la pena saborearlos. —Siguió moviendo la lengua en la cavidad de su boca y concluyó—: En fin… Definitivamente, esta tierra produce exquisiteces culinarias —tomó otro trozo del queso del plato y lo metió en la boca de Nadia.

—Otra cosa. He dado orden para que un patrullero dé vueltas por las calles en busca de sospechosos que os puedan estar buscando —continuó Oramas—. Hemos pensado que, dado que conoces a esa gente, vas a acompañar a los policías en el coche.

¿Qué te parece la idea?

—Fenomenal. Eso me va a servir de distracción.

Pablo llamó a un camarero. Le pidió otras cuatro cervezas y una ración de una típica comida conquense de la que no supo dar el nombre.

—Es como un paté blanquecino con sabor a ajo.

—Ajoarriero —le ayudó Crespo.

—Eso es. Está exquisito.

—A mí me recuerda al sabor del moho picón de mi tierra —dijo Oramas.

—Eres canaria por lo que veo.

—Pero estoy tomando en el habla este tonillo típico conquense y cada vez se me nota menos.

—Además ha aprendido a decir «chorra» y «pijo» —aclaró Crespo.

—¿Y qué hace una canaria por estas tierras diciendo esas palabras tan feas?

—Huir de mi pasado.

—No hace falta que des más detalles —dijo Pablo—. Te comprendo.

—La dueña de la posada nos ha hablado muy bien de ti. Dice que tienes una habilidad tremenda para esclarecer los casos más peliagudos.

—Pero tenéis que saber que desde que ella ha llegado a Cuenca han empezado a brotar asesinos por todas las esquinas de la ciudad —ironizó Crespo—. Con su llegada ha caído una maldición sobre esta ciudad.

—No digas eso. Esta ciudad la conozco como la ciudad del crimen desde que nací —siguió Pablo en plan chunguero.

—Pero no sé si sabes que tiene esa fama por un crimen que no se llegó a cometer —le retrucó Crespo—. Resulta que va uno (le decían el «Cepas», por cierto), vende sus ovejas y se marcha a otro pueblo. La gente empieza a murmurar y le endilgan el muerto a un par de gachós que andaban cerca. La guardia civil los tortura y les hacen declarar que fueron ellos.

—¿Y el cadáver? —se interesó Pablo.

—¿Qué cadáver ni que niño muerto? Te he dicho que no murió nadie. Los dos a los que le colgaron el muerto tuvieron que decir

que los quemaron y esparcieron las cenizas. Cuando estaban cumpliendo condena, resulta que el «Cepas» pide una partida de bautismo al cura para casarse. Para que veas en qué consiste la fama que tenemos los conquenses… Se me olvidaba decirte que tanto el cura como el juez no abrieron la boca sobre la aparición del «Cepas» y ese par de desgraciados siguieron cumpliendo su condena. Fijaos lo que vale la vida de un pobre a ojos de los poderosos.

Pablo se quedó callado y pensativo. Su silencio se sumó al de los demás comensales. Hasta que súbitamente, Nadia miró a Oramas y le dijo:

—Me gustaría conocer esos crímenes que has resuelto con los que eres tan afamada en toda la ciudad.

—Bueno, bueno, bueno… No soy merecedora de tanto aprecio como dices —respondió entre risas—. Lo que sí te voy a dejar claro es que cada vez que me planto ante el cadáver de una persona que ha sido asesinada me digo a misma que el tipo que lo ha hecho no puede seguir haciendo de las suyas. Entonces me pongo a trabajar con todas mis fuerzas. Pero ojo, lo hago con todo mi equipo.

—Con todas tus fuerzas y con todo tu equipo —dijo Nadia—. ¡Qué bien suena eso!

—Y es cierto lo que dice —corroboró Crespo—. Ella es la jefa, tiene carácter y hace uso de él cuando es preciso. Pero sabe delegar. La primera persona a la que conoció cuando llegó a Cuenca fue a mí.

—Como que me quisiste echar de la comisaría —aclaró Oramas.

—Recuerda que llegaste un día antes de que te esperásemos y te colaste sin llamar —soltó Crespo una buena carcajada.

—Me colé porque no había nadie en el puesto de información, guapa.

—Eso es cierto también —tuvo que reconocer Crespo—. Lo bueno es que todos los del equipo hemos congeniado muy bien y cada uno ponemos en juego lo mejor que llevamos dentro para descubrir a los asesinos.

—No me has dejado contestar a la pregunta de Nadia —se quejó Oramas con exquisita amabilidad—. El primer día de trabajo me encontré con la desaparición de una chica adolescente. Fue un caso que me cayó demasiado pronto sobre mi mesa de trabajo ya que no

conocía bien a mis compañeros ni a la ciudad. Tuve que recurrir a mi equipo. Y no me defraudaron. Todo parecía indicar que el padre la había podido secuestrar, por lo que parecía un caso sencillo. Ya se sabe, lo típico. Un matrimonio mal avenido. Una separación mal llevada. Y un padre que quiere hacer daño y decide llevarse a una de sus hijas gemelas. La investigación dio un giro portentoso cuando apareció el cadáver del padre. El principal sospechoso de haber secuestrado a su hija resulta que ha sido violentamente asesinado.

—Lo encontramos en el fondo de un pozo —recordó Crespo—, y las que bajamos a por el cadáver fuimos Lidia y yo.

—Fue un gran trabajo el que realizasteis —reconoció Oramas—. La inspectora Crespo es un todo terreno que sirve igual para un roto que para un descosido —añadió sin que Nadia pareciera haber entendido el sentido de sus palabras—. Retomando el hilo, hubo que empezar de nuevo de cero.

—Has hablado del padre, pero la madre era todo un personaje —dijo Crespo—. Recuerda la que nos montó en comisaría. No podían con ella entre tres policías.

A Oramas le dio tal ataque de risa que se tapó la cara con sus dos manos.

—Perdonad…, pero es que me acuerdo de la escena que tenía montada cuando llegué. A esa mujer se le cruzaban los cables con facilidad. Había que saber tratarla, eso es todo.

—¿Eso es todo? Pero si me echó de su casa.

—Lo que tienes que reconocer es que la trataste con brusquedad. Y no fue ella la que te echo de su casa, fui yo quien, al ver que tenía a dos búfalos junto a mí dispuestos a embestir, te ordené que te marcharas a la calle.

—Gracias por lo de «búfalo», jefa.

—Me he expresado así porque sé que estás de buen humor. En fin…, sigamos con lo nuestro. En ese caso había droga por medio y estaba *pringao* un diputado, lo cual le dio un gran impulso mediático. La chica apareció por fin en Brasil. Se había ido allí con su novio aconsejado por su padre antes de que lo asesinaran.

—Una buena experiencia para una adolescente.

—El siguiente caso tampoco fue fácil. Desapareció un señor mayor que pasaba la mañana del domingo pescando. A los dos días

apareció colgado de un pino en un pueblo de la Sierra. En ese mismo árbol había sido colgado un maqui ochenta años atrás. No fue tan complicado como el anterior, pero nos tuvimos que empapar de la historia reciente de España.

—Tuvimos que viajar para hacer el reconocimiento del terreno —añadió Crespo—. Allí empezó tu afición por la escalada.

—Es cierto. Te hice una promesa. En ese caso el móvil del asesinato fue la venganza, pero una venganza que se fue tatuando en el alma de toda una familia. Resulta que junto al pino donde había aparecido colgado el pescador hubo un tiroteo entre tres guardias civiles y una partida de milicianos. A los milicianos les hicieron huir, pero parece ser que hubo heridos. Uno de ellos apareció colgado de un pino. Los familiares del miliciano que colgaron mataron a dos familiares de los guardias civiles que se enfrentaron a dichos milicianos. Pudimos detener al asesino cuando iba a matar al hijo del tercer guardia civil.

—Se te olvida decir que quien disparó y colgó del pino al miliciano fue un compañero de la cuadrilla —añadió Crespo.

—Es cierto —reconoció Oramas—. Otro caso muy mediático fue el asesinato del obispo.

—En esa ocasión tuve que viajar hasta Fuentes de Oñoro, que fue su pueblo de nacimiento.

—Este caso nos hizo esforzarnos al máximo. Se trataba también de una venganza. Resulta que el señor obispo abusó de sus alumnos en el seminario de Uclés.

—Ese caso me suena —manifestó Pablo— si no recuerdo mal, se complicó mucho con la intermediación del ministro de Interior.

—Resulta que Juan de Dios Rubio Álvarez, a la sazón ministro de Interior, estaba detrás del asesinato porque fue uno de los alumnos abusados por el obispo —aclaró Crespo—, y no se le ocurrió otra cosa que enviar a tres policías para que se hicieran cargo de la investigación.

—Hablando claro, para cerrar el caso en falso —añadió Oramas —. Estuvimos al borde de irnos todos al carajo, pero nos mantuvimos en nuestro sitio y pudimos llegar hasta el final.

Cuando acabó la reunión, la dueña de la posada salió hasta la puerta para despedirse.

—¿Se puede saber cuál es el secreto de tu ajoarriero para que

esté tan suave? —preguntó Oramas.

—No hay otro secreto que utilizar calidades supremas. Bueno, y no pasarse con el ajo.

De camino a casa de Oramas, Crespo le hizo un reproche a su compañera.

—¿No crees que has sido demasiado dura con Pablo?

—¿En qué momento?

—Cuando le has reprochado que se tomara la justicia por su mano. La reunión se ha tensado sin necesidad.

—¿Y qué quieres que le hubiese dicho?

—Con haber estado callada hubiese sido suficiente.

Precisamente, Nadia le hizo también un reproche sobre el mismo asunto:

—Has tratado a la inspectora Oramas con una dureza innecesaria.

—¿Te refieres al momento en el que he justificado el asesinato del que mató a mi madre? Orgulloso de hacerlo.

—No es lo que has dicho lo que te reprocho si no la forma de decirlo. Le has echado una mirada de desprecio a la inspectora tremenda. Creo que debes suavizar las formas.

Pablo se limitó a guardar silencio.

—VII—

Lunes, 17 de octubre de 2022

Durante el paseo para llegar a la comisaria Oramas no dejó de darle vueltas al asunto que le tenía ocupada la cabeza durante los últimos días. Al pasar ante la iglesia de «San Felipe» se preguntó a sí misma quién estaría detrás de la llegada a España de Nadia y de Joana. Fue una pregunta que la tenía demasiado absorta. ¿Será una organización criminal de andar por casa o será más bien una organización con estructura piramidal? No era la primera vez que se hizo la pregunta, pero ahora lo hacía queriéndose convencer a sí misma de que debía de haber detrás una gran organización internacional de trata de personas. No paraban ahí las preguntas que se iba haciendo a sí misma. ¿Cuánta gente habría en esa organización? ¿Habría muchos españoles implicados? Y, suponiendo que sus hipótesis se abrieran paso, ¿qué importancia podría tener el trabajo de su equipo en el desmantelamiento de una organización tan enorme? Se preguntaba también cuántos obstáculos tendría que vencer para detener al asesino de Joana. ¿Y qué será de la vida de todas esas chicas que liberó Pablo? «Toda esa gentuza tiene que pagar por el mal que ha hecho. Eso ayudaría mucho a que esas personas volvieran a ser quienes fueron», se decía a sí misma. Al llegar a la iglesia de «El Salvador» intentó quitarse de la cabeza todas esas preguntas. Pero el personaje de Pablo empezó a ser renuente en su mente. Le intrigó y llegó a la conclusión de que había investigado poco en su pasado. Pasó de soslayo sobre ese asunto y se hizo otra pregunta: ¿Dónde estará el jefe del Club 69?

Entró en la comisaria con la sonrisa dibujada en sus labios y saludando.

—¿Ha llegado ya el comisario? —preguntó al policía que

atendía en el punto de información.

El policía se quedó mirándola como si fuera la primera vez que la veía. Se observaron durante unos segundos eternos. El policía se puso las gafas.

—Perdone, señora inspectora, no la había conocido. Ha llegado hace tres minutos —le contestó.

Sin perder tiempo, Oramas fue directamente al despacho de Federico sin pasar por el suyo. Aprovechó la subida de las escaleras para acicalarse el pelo. Llamó a la puerta y cuando el comisario la abrió se encontró un rostro radiante que esbozaba una amplia sonrisa. Sus ojos la escrutaron con detalle a la vez que sus labios se estiraron para corresponder con otra sonrisa.

—¡Cómo me gustan las personas que jamás tienen cara de lunes!

El comisario se retiró de la puerta e hizo un gesto con la mano invitando a Oramas a entrar.

—Federico. No olvides que soy una de esas personas que tienen la suerte de disfrutar con su trabajo.

Se sentaron en torno a una mesa escoltada por cuatro sillas. Oramas sacó su libreta y el bolígrafo y preguntó:

—¿Cómo dices que se llamaban esos tipos que viajaban en el vagón?

Federico abrió un cajón y sacó un documento. Se puso las gafas y respondió:

—Vamos a empezar por el que se tiró del tren en marcha.

—El que ha muerto en el hospital. ¿No es así?

—Exacto. Ese se llamaba Florencio García Ortiz. Tenía 38 tacos y nació en Feria, un pueblo del sur de Extremadura. El otro era Ramón Pellicer Martín. 43 años y nacido en Alcañiz.

—¿Teruel?

—Correcto.

—¿Está confirmado que ha sido un ajuste de cuentas?

—De momento sí. Pero, según la investigación realizada, en la estación de Valencia se les vio corriendo a los dos detrás de un tercer hombre.

—Un tercer hombre —repitió Oramas.

—Lo curioso es que los dos tipos tienen antecedentes y residen en Barcelona.

—Residen en Barcelona —repitió de nuevo Oramas con

entonación misteriosa.

—¿Qué pasa, vas a repetir todo lo que diga?

—¿Sabes lo que te digo?

—Qué.

—Que estos dos ya están juzgados. ¡Ojalá los responsables de la muerte de Joana puedan ser también condenados!

Se produjo un denso silencio en el despacho.

—Me da que caerán tarde o temprano —dijo el comisario tres segundos más tarde—. Ahora bien, si pertenecen a una organización criminal, puede que los máximos responsables se vayan de rositas.

—¿Crees que detrás de este crimen habrá una gran organización mafiosa?

Federico endureció el gesto y contestó con determinación.

—Tiene toda la pinta.

Oramas arqueó los labios. Clavó los ojos en los del comisario con mirada firme y dijo:

—Yo también lo creo.

—Pero no olvides que lo que nos corresponde es poner en manos del juez a los dos que asesinaron a Joana. El desmantelamiento de la cúpula de una posible organización criminal les corresponde a los especialistas dedicados a la investigación y al enjuiciamiento de casos de trata. Supongo que estarás al tanto del Plan Integral de Lucha contra la trata de mujeres.

—Claro que estoy al tanto. Y me parece que es un asunto bastante difícil de atajar. Tengo la sensación de que es un asunto tan difícil de erradicar como el del narcotráfico. Lo digo por la cantidad de dinero que aporta la explotación sexual de mujeres y niñas a los proxenetas. Si no recuerdo mal, detrás de los ingresos que genera el narcotráfico, la trata de seres humanos constituye la segunda fuente de ingresos.

—Debes tener en cuenta que el plan del que te he hablado no hace referencia solamente a la explotación sexual.

—Lo sé. He leído informes en los que se habla también de la utilización de personas con fines de explotación laboral o para realizar actividades delictivas.

—Y la extracción y comercio de órganos.

—Pero lo que tenemos entre manos —dijo Oramas ante lo que parecía un examen en toda regla por parte del comisario— es la

explotación sexual de mujeres.

—Exacto. Una actividad que implica una profunda violación de los derechos humanos y que constituye una forma de delincuencia grave.

—Delincuencia que no es neutral en términos de genero ya que afecta en mayor número a mujeres que a varones.

—De la desigualdad entre varones y mujeres puedes hablar con la inspectora Crespo. Seguro que ella está puesta en el asunto.

—Claro que lo está. Pero es uno de esos asuntos que saca lo peor que lleva dentro. Se pone tan violenta que lo mejor es no menear el asunto ante ella.

—Antes de que me preguntes por ello —dijo el comisario—. A la Brigada Científica le ha resultado imposible obtener huellas de las pistolas que te entregó Pablo; por lo tanto, no sabemos a nombre de quien están registradas.

—Y del rastreo del teléfono del dueño del Club 69, ¿hay novedades?

—Sabemos que se puso en contacto con un tal Narcís Dinu Munteanu, que estaba hospedado en un hotel y que cuando se presentó la policía para detenerlo había salido por pies.

—¿Siguen haciendo el rastreo?

—Tienes que tener en cuenta que no son idiotas. Los dos teléfonos están desactivados. Pero no te preocupes, los de Madrid están siguiendo sus pasos. No me cabe la menor duda de que pagarán por lo que han hecho.

Las palabras de Federico quedaron flotando en el silencio del despacho como pompas de jabón. Oramas se quedó con la mirada perdida en un punto incierto del horizonte que se divisaba desde la ventana.

Hacía poco que Pablo había terminado la tabla de gimnasia. Tras una ducha exprés, salió del baño con una toalla enrollada a la cintura y se sentó sobre la cama mientras que Nadia se maquillaba en un espejo que había en una de las paredes de la habitación. Estaba la televisión encendida, sintonizada en el canal local. Tras un paquete de anuncios publicitarios, la presentadora anunció la visita de una chica joven y de su hijo de cinco meses con una de esas enfermedades raras para la que no parece haber remedio. «Le puede quedar a este niño un mes o mes y medio de vida si no es

sometido a una cura para la que es necesario viajar a Estados Unidos», anunció la locutora a la vez que el cámara obtenía un primer plano del niño. Una criatura risueña y rebosante de salud en apariencia, lo cual hacía, si cabe, más trágica su situación. Estaba sentado en el regazo de su madre con unos ojos negros, tan grandes y tan atentos a la cámara, que daba la impresión de estar entendiendo lo que se decía. Nadia apagó el secador de pelo y se acercó sin decir nada a Pablo. Mientras que el niño jugueteaba con el micrófono que le habían instalado en la camisa de su mamá, esta explicó que su hijo tenía una enfermedad caracterizada por la deficiencia de una enzima, lo cual era muy perjudicial para diversos órganos como el corazón, los pulmones, el riñón y el cerebro. Si no se realizaba el tratamiento necesario, su hijo podría estar viviendo su último mes de vida. A Nadia se le iluminaron los ojos al ver el rostro del bebé. Sin duda alguna, había sufrido un ataque de ternura. La ternura típica de quien había sufrido lo suyo en la vida sin haberlo merecido. Pablo no dijo nada, pero la miró por el rabillo del ojo y se percató de la delicadeza con que Nadia recibió la noticia y que tenía los ojos acuosos. Cuando la periodista le preguntó el motivo por el que había ido al estudio de televisión con su hijo respondió que para pedir ayuda, ya que necesitaba quinientos mil euros para salvar la vida de su hijo.

—Puto dinero —dijo Nadia y marchó al baño lloviendo lágrimas.

Aunque lo podía disimular, Pablo se sintió también muy compungido. Esperó a que saliera del baño Nadia que, por cierto, salió tan tiesa que parecía que se hubiese tragado un palo. Pablo pensó que tal actitud se debía al enfado por la situación de ese niño, la agarró del brazo y marcharon al comedor. Ocuparon las tumbonas y esperaron la llegada de la policía para que Nadia iniciara la que iba a ser su primera ronda por la ciudad en el patrullero. Cuando le dieron el aviso de que la esperaba en la puerta un policía salieron los dos.

—Estate atenta al teléfono —le advirtió Pablo.

Cuando traspuso el patrullero por la calle San Pedro hacia arriba Pablo entró de nuevo en su habitación. Cogió el teléfono y buscó el número del canal local de televisión. Marcó y se puso una operadora:

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle?

—Quiero hacer una donación para ayudar a la madre de ese bebé que ha salido en el magacín de la mañana.

—Un momento. No cuelgue que le paso con un compañero.

Tras unos segundos de música horrorosa no apta para bailar contestó una voz rutilante:

—Buenos días, señor. ¿Podría decirme su nombre?

—La verdad es que no puedo decírselo, caballero. Quiero hacer una donación para ese bebé que ha estado hace un rato en pantalla y deseo que sea anónima.

—Lo entiendo. Le preguntaba el nombre únicamente para dirigirme a usted. Mire, le voy a dar el número de la cuenta del banco y usted…

—No, no. Mire, el caso es que no puedo desplazarme y tampoco puedo hacer una transferencia. Había pensado que alguien acudiese al lugar que le indique y le daré el dinero en metálico.

—Un momento, por favor. No cuelgue.

Hubo doce segundos de silencio durante los que Pablo supuso que estaría haciendo las consultas pertinentes:

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Quiero donar quinientos mil euros.

—Eso es estupendo. Quiere decir que esa mujer puede marcharse mañana mismo a Estados Unidos. Dígame dónde hay que recoger el dinero.

—Tienen que venir a la posada de San José. Traiga alguna mochila para llevarse el dinero. Cuando lo reciban deberán dar la noticia de que una persona anónima ha hecho la donación. Será la confirmación de que han recibido el dinero.

—La señora está todavía en los estudios de televisión. Si quiere se la puedo poner al teléfono.

—Sí, sí. Podría ser otra forma de tener confirmación de que el dinero llegará a su destino.

—No cuelgue, por favor.

En esta ocasión no le colocaron música. Pablo escucha los pasos del señor, el tecleo de varios ordenadores y el rumor lejano de una conversación que se le hizo inaudible. Poco después dejó de escuchar los pasos y oyó decir: «Buenas noticias, señora. Hay un anónimo que quiere donar quinientos mil euros. Lo tengo al

teléfono y quiere hablar con usted». A continuación escuchó una voz entre trémula y agitada:

—¿Quién es, por favor?

—Tranquilícese, señora. Sus problemas y los de su bebé pueden quedar resueltos a no mucho tardar. Le quiero comunicar en persona que me voy a hacer cargo de los cargos que conllevan el tratamiento de su hijo. Si he querido hablar con usted en persona es para cerciorarme de que el dinero le va a llegar a usted íntegro. Eso es todo.

—Muchas gracias, señor —fue lo único que pudo decir la madre entre sollozos.

El señor volvió a coger el teléfono y dijo:

—Pues a no mucho tardar estaremos en la posada San José.

—Les estaré esperando en la puerta. Y, por favor, no intenten conocer mi identidad.

—No se preocupe por eso, caballero. Seremos discretos.

—En el momento que reciban el dinero, ¿podrían informar de la donación?

—Lo consultaré. Pero creo que no habrá problema.

El patrullero había subido la cuesta y se encontraba en un terreno llano camino de la bajada de la «Ruta Turística» —así es como se le llama a la parte que enlaza la parte alta de la ciudad con la bajada por el norte—. A mitad del camino, en el cruce de Buenache, entraron en el recinto del hotel «Cueva del Fraile», un hotel situado en las afueras de la ciudad que se encuentra en medio de un pinar: un lugar para gente exigente que gusta disfrutar de la tranquilidad del bosque. Dejaron el coche mal aparcado y se bajó el conductor para hacer alguna gestión en recepción. El otro policía echó un vistazo en el aparcamiento y tomó nota de la matrícula de dos vehículos. En ese momento recibió Nadia un wasap de Pablo. «¿Dónde estáis?». «En el hotel “Cueva del Fraile”», escribió. «¿Dónde está situado?». Los policías regresaron y continuaron el viaje cuesta abajo en busca del río Huécar. Cuando llegaron al valle, Nadia contestó: «En la “Ruta Turística”». «¿Hay moros en la costa?», rezaba el siguiente correo que entró. «La playa está tranquila», escribió. El último wasap de Pablo fue un emoticono: una cara amarilla y redonda que sonreía con dos corazoncitos rojos por ojos.

Cuando Pablo acabó de contar quinientos mil euros, los apartó

en una de las mochilas, se la colgó en bandolera y salió a la puerta. No tardó en llegar un señor de mediana edad con una bolsa de deportes con asas. Se miraron, pero no se dijeron nada. El señor entró y se dirigió hacia recepción. Pablo lo siguió y, antes de que hablara con el recepcionista, le dijo:

—¿Viene de la televisión local?

—Sí —contestó con sequedad.

—Acompáñeme, por favor.

Entraron en la habitación y Pablo echó los billetes sobre la cama.

—Aquí hay mil billetes de quinientos. Cuéntelos, por favor.

Pablo le facilitó el trabajo haciendo montones de diez que los iba depositando sobre el escritorio. Cuando terminó le dijo:

—Cien montones, por diez son mil, que si lo multiplicamos por quinientos hacen medio millón de euros.

El señor volvió a contar cada montoncito para asegurarse de que había diez en cada uno y los fue metiendo en su bolsa. Cuando acabó, dijo:

—Todo está correcto.

—No olvide que es una donación anónima. Y dígale a su jefe que estoy ante el televisor esperando que deis la noticia de que el dinero ya está recaudado.

—De camino a la emisora voy a llamar por teléfono.

Y así lo hizo a tenor del poco tiempo que tardó el canal de televisión de dar la noticia de que un donante anónimo había obsequiado medio millón de euros para el tratamiento del niño. La madre volvió al plató y, mirando a cámara con los ojos enrojecidos, volvió a agradecer el gesto de la persona anónima.

Pablo envió otro wasap a Nadia: «Una persona anónima ha donado los quinientos mil euros para que el bebé de esta mañana pueda tener su tratamiento». «¿En serio? Es la mejor noticia que me podías dar», contestó acompañándose con un puño amarillo con el pulgar erguido. Acto seguido le envió otro: «¿Qué vas a hacer ahora?». Pablo le contestó con otro emoticono: era un chico corriendo.

—VIII—

Lunes, 24 de octubre de 2022

Cuando Oramas salió al jardín de su casa pudo darse cuenta en sus propias carnes que el cambio de temperatura que venían prediciendo los meteorólogos se había cumplido. A lo largo de todo el valle del Júcar las brumas se habían agarrado a las crestas y el aire que se respiraba era tan frío que daba la impresión de que lo que entraba en los pulmones era hielo pulverizado. Se acercó a la perra y se dio cuenta que tenía peor cara que un lagarto destripado. Estaba temblando. Gemía. Miró a su dueña con ojos llenos de tristeza. Indudablemente, le estaba diciendo que quería entrar a la casa. Oramas no puso ninguna objeción, le abrió la puerta y el animalito fue derecho al salón y ovilló su cuerpo junto al radiador.

—Permítele hoy a la perra estar en el salón —le dijo a su madre —. Y si te da tiempo dale un paseo a última hora de la mañana —añadió.

—Llévate abrigo, que hace un frío que pela.

—Lo llevo puesto.

Veinte minutos después llegaba a la comisaría. Esperó a que llegaran todos y los convocó a la reunión de los lunes. El primero en llegar fue el inspector Peláez. Es un padrazo, Oramas lo sabía y le preguntó por el niño.

—¿Qué tal está tu hijo?

—Precioso. No te puedes ni imaginar lo espabilado que está.

Peláez era una persona totalmente entregada a la familia. Sobre todo, a su hijo. Seguía su evolución al minuto. Desde que nació el bebé no había vuelto a empezar ni un libro. Tampoco había ido al cine e iba a hacer deporte de noche. Pero, a pesar de todo, nunca faltaba a su trabajo.

—Es una suerte tener un padre como tú.

No contestó. Posiblemente la humildad le impedía hablar de sí mismo de forma tan eficiente. Había llegado ese momento en el que debería haber dicho: es que mi hijo no me pidió nacer.

—¿No tienes la impresión de que el caso de la chica rumana está empantanado? —prefirió cambiar de tercio.

—La sensación que tengo es que íbamos por buen camino, pero de pronto nos hemos quedado sin posibilidad de continuidad. Cualquier caso en el que he trabajado es como cuando tiramos una piedra en las tranquilas aguas de un estanque. Se van formando ondas concéntricas cuyo radio se va alargando cada vez más. En el caso que estamos investigando es como si de pronto las ondas se hubiesen parado.

Entraron en ese momento en el despacho de Oramas Crespo y Torrijos. Venían discutiendo como solía ser habitual en ellos. Torrijos era un guasón y disfrutaba tirándole pellizcos de monja a su compañera, a la que le bastaba con poco para encenderse.

—Haya calma, por favor —solicitó Oramas y les invitó a sentarse.

Se colocaron uno en frente de la otra y se quedaron mirando a Oramas como quien espera el discurso de fin de año.

—Estábamos diciendo Peláez y yo que el asunto del crimen de Joana no evoluciona. Apenas tenemos pruebas y el hecho de que dependamos de la guardia civil de Toledo y de la policía de Madrid no nos permite avanzar. Me gustaría saber si alguno de vosotros tiene alguna idea de por dónde podíamos tirar.

Todos se miraron entre sí con curiosidad y como si se vigilasen entre ellos para evitar que nadie escapara del pelotón. De pronto, Torrijos tomó la delantera y dijo:

—Lo que sabemos del caso es que dos chicas escaparon de un putiferio, dos proxenetas (seguramente enviados por el encargado del establecimiento) las siguieron hasta aquí y le dieron matarile de un tajo en la yugular a una de ellas. A continuación, dieron por terminada la faena y regresaron a sus cuarteles de invierno. Lo único que tenemos es la huella del neumático y la de un pie del 44.

—Dejadme que os informe al respecto —replicó Oramas— que se ha ampliado la búsqueda de un coche de alta cilindrada en los pueblos cercanos a la ciudad y tampoco ha dado resultado hasta el

momento.

—Tenemos poco, de acuerdo —le contestó Crespo—. Pero podemos investigar en las cámaras que hay instaladas en las calles y tratar de encontrar a Joana. Además, podemos preguntar por las tiendas por si hubiesen visto algo.

—¿Qué os parece la propuesta de Crespo?

De nuevo se miraron unos a otros como si estuvieran jugando una partida de mus.

—Desde luego, antes que estar en el despacho de brazos cruzados es mejor echarse a la calle. —Respondió Peláez. Y añadió a continuación—: Creo también que debemos interrogar a Pablo.

—Eso lo hice yo cuando regresó de Madrid —recordó Oramas.

—Lo sé. Pero creo que no ha quedado claro cómo llegó a Cuenca.

—Conviene que no perdamos la cabeza. Desde el primer momento dijo que lo trajo un particular —advirtió Crespo.

—Un particular del que no sabemos nada. Perdona que te interrumpa.

—Pero creo que en lugar de dudar de él debemos centrarnos en los que han esclavizado a esas cuarenta chicas que liberó —concluyó Crespo.

—A mí me parece muy bien lo que plantea Peláez. —Replicó Torrijos. Con gesto conciliador añadió—: No creo que debamos desconfiar de Pablo; pero, desde mi punto de vista, tenemos la obligación de saber de dónde ha salido ese hombre. Y que conste que para mí tiene mucho valor lo que hizo la noche que liberó a esas chicas.

Y la inspectora Oramas miró una vez más por la ventana hacia el horizonte sin ver. Sus ojos estaban clavados en dirección hacia el pinar de Jábaga y el puerto de Cabrejas, pero solo fijaba su atención en el movimiento de unos nubarrones cargados de agua. Tan ensimismada estaba en el dibujo de las nubes en el cielo que Crespo le pasó la mano por delante de sus ojos:

—¡Iujuu…! Que se nos duerme la jefa.

—No me duermo, niña. Estoy pensando lo que voy a hacer.

—¿Te has decidido por algo? —preguntó Peláez.

—He pensado que lo que propone Crespo es muy acertado. Primero me voy a entrevistar de nuevo con Nadia y nos va a decir

en qué momento y en qué lugar se separó de Joana. A partir del lugar que nos diga iremos haciendo posibles recorridos hasta el lugar donde apareció muerta y revisaremos las imágenes de las cámaras.

—Creo que lo mejor será que empecemos a revisar imágenes desde el lugar donde apareció el cadáver hacia arriba —señaló Crespo.

—Habrá que pedirle al juez que abra diligencias para que nos permitan ver las imágenes grabadas —advirtió Torrijos.

—No nos tenemos que preocupar por ese asunto. El comisario será el que se encargue de contactar con el juez, para eso es un hombre que tiene mucho empaque. Bueno…, ¿hay algo más que queráis decir?

Se miraron todos entre sí. Se produjo un silencio tan solo roto por el ruido de folios y gomas de carpetas en proceso de recogida.

—Pues yo sí tengo algo que decir. —Dijo Oramas con rotundidad. Hizo un inciso de unos segundos. Todos se quedaron petrificados. Soltaron todo lo que tenían en sus manos. La inspectora jefa continuó—: Es sobre el supuesto ajuste de cuentas de los dos hombres que murieron en el vagón del tren. He reflexionado mucho sobre el asunto y he llegado a la conclusión de que nadie se tira de un tren en marcha a ciegas. Quiero decir que…

—Sí… Yo también lo he pensado —dijo Peláez—. Seguramente, lo que quieres decir es que, si no se sentía presionado por nadie, lo lógico es que esperase para tirarse del tren en un lugar llano.

—También quiere decir —concluyó Torrijos— que si se tiró bajo presión es que había una tercera persona.

—Respecto a la propuesta de Peláez, la de entrevistarme con Pablo —aclaró Oramas— lo dejaré para otro día.

Martes, 25 de octubre de 2022

El teléfono de Nadia empezó a vibrar en el bolsillo de atrás de los vaqueros. No lo cogió. Cortó la comunicación. Se despidió de Pablo, que estaba esperando que se marchara para salir a correr, y acudió a la puerta en busca del patrullero. A las once de la mañana estaba citada en comisaria por la inspectora Oramas. Llevaba el pelo recién lavado. Tan suelto y brillante que llamaba la atención. Los

vaqueros, rotos por varias partes de las perneras, se ajustaban a todo su cuerpo dejando en evidencia la delgadez de su cuerpo y la estrechez de su cintura. Oramas se quedó mirándola fijamente y dijo:

—Qué buen aspecto tienes. Me parece que la psicóloga está haciendo un buen trabajo. Bueno…, tú tampoco lo has hecho mal con el maquillaje.

—Me alegro mucho de que me vea con tan buenos ojos.

—Te he citado porque queremos confirmar el lugar y la hora donde te separaste de tu amiga Joana. Queremos mirar las cámaras de video para identificarla y poder ver la imagen de los que os perseguían.

Se quedó un momento pensando y dijo con un acento rumano apenas perceptible:

—El problema es que no sé cómo se llaman las calles de Cuenca.

—No te preocupes. Vamos a ir andando. Me vas a esperar aquí, que voy a buscar a la inspectora Crespo para que nos acompañe.

Marchó a su despacho, pero como no estaba fue a buscarla a la cafetería. Nada más verla aparecer, dijo:

—Oh, ya sé a lo que vienes. La verdad es que se me había olvidado.

—Pues venga. Tómate el café y nos vamos.

—¿Ha llegado Nadia?

—Nos está esperando en mi despacho.

Crespo apuró la taza y marcharon. De camino le dijo Oramas:

—Ojo. Tenemos que ir con la fusca.

—Pufff. Se me ha olvidado hasta dispararla.

Con el arma en sobaquera salieron las dos inspectoras acompañadas de Nadia de la comisaría. Justo en la puerta se encontraron con un «z» que traía a un detenido. Al sacarlo para llevarlo al calabozo se revolvió contra el policía diciendo «me estáis jodiendo la vida, me estáis jodiendo la vida, hijos de puta». Se puso tan violento que se vio obligado el agente a tirarlo al suelo y ponerle los grilletes.

—¿Qué hacen ahora con él? —preguntó Nadia.

—No te preocupes por él, ya nos conoce. Ahora lo llevan a los *chikeros*, pero luego le dan de comer. Mañana puede que lo ponga el juez en la calle.

Caminaron hacia Carretería. Nadia iba un poco despistada, pero al llegar a la calle principal miró a un lado y a otro y dijo:

—Creo que el lugar donde nos separamos fue por aquí —señaló hacia el parque San Julián. Anduvieron durante un minuto y añadió —: en ese restaurante estuvimos comiendo —señaló al «Porteño», un lugar con decoración minimalista especializado en carnes argentinas—. Luego marchamos al parque y nos sentamos en un banco.

Guardaron silencio un momento y observó Crespo:

—Pues no elegisteis mal, eh… ¿Os embuchasteis una buena ternera?

A Nadia le brillaron los ojos. Miró a Crespo intentando sacar una sonrisa y contestó:

—Yo tomé unos huevos fritos con carabineros, Joana se pidió un solomillo de ternera. Fue su última comida.

Se quedaron en silencio sin saber por dónde seguir con la conversación. Oramas preguntó dirigiéndose a Nadia:

—Me ha parecido oírte decir que os sentasteis en un banco del parque. ¿Podrías recordar en cual os sentasteis?

—Sí. Claro que lo recuerdo.

Se encaminaron las tres hacia el interior del parque. El suelo estaba lleno de hojarasca, la mayoría de las hojas eran de castaño de indias, que es el árbol protagonista en el parque. No le costó trabajo dar con el sitio.

—Ese es el banco, el que está junto a la fuente —dijo con cara angelical.

Era un lugar encantador, casi mágico. A pesar de la cercanía de la calle, apenas se oía el rugir del tráfico. El único ruido que había era el del agua que arrojaba un cisne de bronce por el pico y que caía en un largo chorrito hasta un pequeño pilón que estaba prácticamente a ras de suelo, el canto de los gorriones y alguna hoja despistada que quedaba todavía en los árboles. Las tres se sentaron en el banco.

—Es un lugar muy tranquilo —advirtió Oramas.

—A mí me trae dulces recuerdos —apuntó Crespo—. Muchas tardes de verano venía con mi madre a jugar en este parque con mis amigas y algunas noches recuerdo venir a escuchar música. La banda Municipal de Cuenca daba muchos conciertos nocturnos. —

El recuerdo de su madre hizo que su corazón bombeara a toda velocidad. Su rostro se enrojeció. Con la vista fija en un punto indeterminado, exclamó—: ¡Qué deprisa pasa el tiempo, Dios mío!

La luz entraba a raudales aprovechando los resquicios que dejaba el entramado de las ramas de los árboles. A pesar de que la temperatura era baja, el ambiente en aquel rinconcito permanecía encantador e inmutable. Todo parecía igual que hacía veinte o veinticinco años. El parque San Julián es uno de esos lugares de la ciudad que parece inalterable ante los avatares del tiempo.

—Sé que la emoción que nos embarga a todas es grande —manifestó Oramas—, pero me gustaría que hicieses un esfuerzo —dijo dirigiéndose a Nadia— y nos dijeses qué ocurrió la tarde que asesinaron a Joana desde el momento en que os sentasteis en este mismo banco.

La rumana venció su emoción y puso al descubierto lo que sucedió esa tarde:

—Recuerdo que estábamos muy contentas. Hay que tener en cuenta que estábamos muy unidas las dos ya que llevábamos muchos años compartiendo una misma habitación, lo cual nos permitió poder tener intimidad. Habíamos llegado a Cuenca sobre las doce y media de la mañana y estuvo lloviendo varias horas seguidas muy fuerte. Estábamos empapadas y decidimos meternos a comer en un restaurante y calentarnos un poquito. Después de comer dejó de llover. Llevábamos tanto tiempo metidas en el restaurante que decidimos salir a dar un paseo. Recuerdo que estaba todo empapado. Estuvimos sentadas en este banco, es cierto, pero nos sentamos sobre el respaldo ya que estaba muy húmedo. Recuerdo que olía a tierra mojada. Tras unos treinta minutos de charla, noté que el semblante de Joana cambió de forma brusca. «Vámonos que están ahí», dijo con el miedo dibujado en su rostro. Apenas pude mirar hacia atrás. Me levanté y salí corriendo detrás de ella.

—¿Fue este el lugar donde os encontraron? —preguntó totalmente sorprendida Oramas.

—Bueno…, tuve la impresión de que si no hubiésemos echado a correr hubiesen pasado de largo. Pero…

—¿Hacia dónde corristeis?

—Corrimos hacia aquella puerta las dos. Joana iba delante. De

vez en cuando miraba hacia atrás y los veía cada vez más cerca. Iba con el corazón atascado en la garganta, las piernas me temblaban, pero en un momento giré y marché hacia otra puerta.

—Oye…

—¿Sí?

—¿No te siguió ninguno de los dos? —preguntó Crespo.

—El que iba delante se fue detrás de Joana. El otro era más torpe moviéndose y creo que ni siquiera me vio por dónde me fui.

Se quedaron en silencio.

—¿Viste algo más? —le preguntó Oramas.

—Desde fuera del parque vi cómo el primero dio alcance a Joana. Le empujó por la espalda y cayó al suelo. Llegó el otro y entre los dos la cogieron y se la llevaron casi en volandas. Fue la última vez que la vi con vida.

—¿Qué hiciste entonces? —insistió Oramas.

—Cuando me di cuenta que miraban a un lado y a otro sin parar, entendí que sería el momento de ir a por mí. Salí corriendo y desemboqué en una calle en la que había una biblioteca frente a un edificio de piedra con un jardín enorme.

—Ese edificio es la Diputación —aclaró Crespo.

—Rodeé el jardín y me metí por otra calle estrecha y en cuesta con muchos bares.

—Se llama la calle de San Francisco.

—Cuando iba por la mitad miré hacia atrás, dejé de correr, pero seguí andando con buen ritmo. Al llegar al final de la calle empezó a llover de nuevo.

—Esa es una calle peatonal, llena de terrazas.

—Pero esa tarde estaban vacías.

—Podíamos hacer el mismo recorrido que hizo Nadia —propuso la inspectora Crespo.

—Pero antes quiero comprobar una cosa —respondió Oramas—. ¿Por dónde dices que viste llegar a esas dos personas cuando estabais aquí sentadas?

—Venían desde la izquierda —indicó Nadia señalando con el dedo índice.

Sin decir nada, Oramas se dirigió hacia el lugar donde había apuntado el dedo de la chica. Salió del parque por una de las puertas a la calle Parque de San Julián. Observó a derecha y a

izquierda, miró el edificio de Correos y el de Gerencia Territorial del catastro. Se acercó al de Gerencia Territorial del catastro y miró detenidamente la fachada. Se dio cuenta que había instaladas cámaras de video. Miró el reloj. Eran las doce y siete minutos. «Una hora muy buena para que me atiendan», se dijo a sí misma. Entró. Miró a un lado y a otro impresionada por de la solidez del edificio. Se dirigió al punto de información. Enseñó la placa de identificación y dijo:

—Me gustaría hablar con el director del servicio sobre las imágenes grabadas por la cámara que tienen en la fachada.

—Un momento, por favor.

Tomó un teléfono y marcó. Sin recibir contestación le preguntó a Oramas que a quién tenía que anunciar.

—Soy inspectora jefa de policía.

El señor transmitió la comunicación al director cuando se puso al aparato e invitó a la inspectora a subir a la primera planta. Al entrar en el despacho se fijó en la robustez de los muros. La recibió un señor de mediana edad que no aparentaba haber llegado a los cincuenta. Era de estatura mediana, peinado hacia atrás con gomina, pelo ceniciento que clareaba según qué zonas de la cabeza. Sus anchas espaldas y la estrechez de su cintura le hizo pensar a Oramas que había esculpido su cuerpo en un gimnasio.

—Siéntese, por favor —solicitó con voz melosa que acompañó con una sonrisa generosa.

—Gracias.

—Pues dígame en qué le puedo servir.

—No sé si se habrá enterado usted que hace tres semanas apareció muerta una chica junto al río Moscas.

—En esta ciudad se sabe todo. Sí. Estoy enterado, por supuesto. Fue la comidilla del día.

—El caso es que lo estoy investigando con mi equipo.

—Pues entonces los asesinos lo tienen jodido —se quiso congraciar el director.

Se lo pensó un rato antes de contestar. Por fin, decidió no hacer aprecio al comentario.

—El caso es que la chica asesinada estaba sentada en un banco del parque cuando fue vista por sus captores. Estaba en aquel banco. —Dijo señalando con el dedo por el balcón. El director se

levantó, se giró ciento ochenta grados y se acercó al cristal para echar un vistazo.

—¿En aquel banco en el que hay ahora mismo dos chicas?

—Una de esas chicas es la inspectora Crespo. La otra es una rumana que acompañaba a la chica asesinada en el momento en que fueron vistas por los asesinos. Ella pudo librarse de milagro. El caso es que, como he visto que hay cámaras de vigilancia en la fachada, quiero saber si están en funcionamiento.

—Por supuesto. Este es un edificio protegido según una Ley Orgánica del 97.

—Estupendo. Pues verá, pensamos que las dos personas que capturaron a la chica asesinada pudieron ser captados por las videocámaras el día tres de octubre…

El director interrumpió a Oramas y dijo:

—Déjeme que le explique que, según los principios rectores del uso de videocámaras, debe ser el juez quien determine cómo se debe utilizar el servicio. Créame si le digo que para mí sería un orgullo poder ayudar a la detección de los asesinos.

—Sí. Tengo claro que el juez debe autorizar la investigación de las imágenes. El motivo de mi visita es exclusivamente para saber si funcionaban.

—Están funcionando. Pero tenga en cuenta que las imágenes las conservamos durante un mes.

—Lo sé, lo sé.

Cuando regresó Oramas al banco donde había dejado a Crespo y a Nadia se las encontró a las dos riendo sin mesura. Era la primera vez que veía reír a la rumana con tantas ganas. «Esta chica vale un potosí», pensó sobre Crespo.

—¿Qué es lo que me he perdido? —preguntó al llegar a su altura.

—Nada especial. Le estoy contando mis peripecias del verano. Y cuando le he dicho que tuve que cambiar hacer un ocho mil por surfear en el Cantábrico le ha hecho mucha gracia —respondió Crespo.

—Pues yo no la veo por ninguna parte.

—Bueno…, le verdad es que lo que más gracia le ha hecho es cuando le he contado que hemos ido varias veces a hacer escalada.

—Pues sigo sin verle la gracia.

—Es que le he contado que cuando subes una roca pones culo de pollo.

Al escuchar de nuevo la expresión, Nadia soltó tal carcajada que se le pudo ver hasta las muelas del juicio.

—Bueno…, una vez ha dicho que tienes culo de pollo y otra, culo de carpeta.

—¿Qué quiere decir…?

—Eso mismo le he preguntado yo misma. Me ha respondido que es un culo plano.

—¡Vaya, vaya! O sea que pasándolo bien a mi costa —dijo Oramas con un gesto serio impostado (la verdad es que le encantaba ver a Nadia tan dichosa)—, ya sé que no os puedo dejar solas. Cuando queráis nos podemos ir.

—¿Se puede saber dónde has ido?

—A comprobar que había videocámaras en ese edificio.

—¿Las hay?

—Sí. Y he estado hablando con el director de la Gerencia Territorial del catastro. Ahora mismo voy a llamar a Federico para que solicite urgentemente al juez permiso para poder ver las imágenes del día tres de octubre.

—Buen trabajo, jefa. Muy buen trabajo.

Se marcharon del lugar y empezaron a andar por los lugares donde había estado Nadia la tarde del tres de octubre. Salieron del parque y tomaron la calle de Noheda, una calle corta que desemboca en la calle Aguirre. Giraron a la derecha, pasearon a lo largo de la fachada principal de la biblioteca Aguirre y cruzaron de acera para llegar a la calle de San Francisco rodeando la valla de la Diputación. Subieron la cuesta y llegaron a la calle Ramón y Cajal.

—Dijiste que subiendo esta cuesta empezó a llover —dijo Crespo —. ¿No pensaste en refugiarte de la lluvia en algún lugar?

—Tenía mucho miedo. Pensaba que me estaban buscando. Las piernas me temblaban. El miedo era paralizante. La lluvia ni siquiera la sentía. Decidí caminar por calles poco transitadas.

Llegaron a la calle de Camino Cañete, una calle larga, estrecha y de sentido único para los automóviles. Al comenzar la calle salió de un local un agradable aroma a pan recién hecho.

—Con el miedo metido en el cuerpo caminé medio sonámbula mirando hacia un lado y a otro pensando que en cualquier

momento tendría que echar a correr de nuevo. Creo que me hice insensible al agua y a la temperatura. Cuando me quise dar cuenta estaba completamente empapada.

El Camino de Cañete parecía que no se acababa nunca.

—¿Has podido mantener la relación con tu familia? —preguntó Oramas.

—Los llamo una vez a la semana, pero desde que llegué a España no he podido volver a tener contacto directo con ellos. En el momento que pueda iré a verlos. Espero que me pueda acompañar Pablo —dijo mirando a la inspectora jefa.

—¿Piensas regresar a España?

—Eso no lo he hablado con Pablo.

—Oye, por cierto, yo te veo muy en forma —observó Crespo—. ¿Acaso podías hacer deporte en ese hotel donde estabas?

—No era un hotel. Era un prostíbulo. Nos obligaban a ensayar ejercicios de barra estadounidense. Ten en cuenta que les interesaba que no se estropearan nuestros cuerpos. La barra estadounidense fortalece y tonifica todos los músculos. Y en especial, las piernas, los brazos, los glúteos y los abdominales. Es un ejercicio muy completo que le aconsejo a todas las mujeres.

—Y lo bueno que tiene es que ha dejado de tener connotaciones eróticas —añadió Crespo—. Hay muchas chicas que reivindican que sea un deporte olímpico.

—Lo que querían de nosotras no tenía nada que ver con el deporte. Por un lado, querían cuerpos esculturales. Por otro, era una forma de amenizar la estancia de los clientes en la sala. Además, nos obligaban a hacerlo sin sujetador.

—¿Desnudas? —se extrañó Oramas.

—La única prenda con la que hacíamos las acrobacias era con un tanga que no tapaba ni las ancas por detrás ni el hachazo por delante.

Al final de la calle fueron a dar al instituto «Pedro Mercedes».

—Aquí pregunté a unos chicos por la estación de ferrocarril y me señalaron por ahí abajo.

Al final de la cuesta dieron con la valla que protege la vía. Siguieron a la derecha en busca de la entrada a las instalaciones de la estación. Se encontraron con dos mujeres que cargaban el maletero de un coche con la compra que acababan de hacer en un

supermercado que había en la acera de enfrente. Eras dos mujeres altas, tiposas y guapetonas. Una tendría cuarenta y tantos, la otra no llegaba a la treintena. Las dos tenían unos vivaces ojos azules. Ni Crespo ni Oramas se percataron, pero cuando llegaron a su altura oyeron una voz: «Buenas tardes, inspectoras». Al fijar la vista en su cara la reconocieron. Era la madre de las gemelas y la hija que marchó a Brasil en el que fue el primer caso de la inspectora Oramas en Cuenca. No cabía duda de que eran personas agradecidas. Oramas preguntó a la más joven por su hijo, manteniéndose Crespo un poco al margen. Cuando siguieron el camino Oramas le preguntó a Crespo el motivo por el que había estado tan fría. «No recuerdas el día que me echó de su casa», contestó.

—Lo que recuerdo es que le reprochaste su conducta, te contestó de mala forma, os liasteis a voces y te dije que salieras de la casa. Fui yo la que te eché.

Entraron a la estación y se dirigieron a la zona de los andenes.

—Me escondí detrás de aquella columna —dijo Nadia señalando a la derecha desde el andén número uno.

—Estarías helada, niña —recalcó Crespo.

—Los dientes me castañeteaban.

—¿Cuál fue el motivo por el que llegaste hasta aquí? —señaló Oramas.

—Pensé que podrían llevarse a Joana en tren hacia Madrid y me dije, si se la llevan yo también me subo.

—¿En qué momento apareció Pablo en escena? —perseveró Oramas.

Por la pregunta y, sobre todo, el tono con el que la formuló, Nadia se dio cuenta que sospechaba algo.

—Era muy tarde. No me preguntéis por la hora. Ese día acabé perdiendo la noción del tiempo. Llegó con la idea de viajar a Madrid, pero no había trenes —mintió—. Esta estación tiene poco tráfico. Estuvo merodeando por aquí. Me acerqué a él con sigilo y se asustó. Estuvo a punto de darme un golpe.

—¿Dónde estaba Pablo en el momento en que te acercaste a él?

—En aquel edificio.

—Un edificio abandonado. ¿Qué hacía allí? —insistía Oramas.

—Pablo estaba sin blanca en el bolsillo. Buscaba un lugar donde

pasar la noche. Cuando me vio temblando de frío me puso su cazadora por encima y se fijó en un edificio donde había una fogata.

—¡Ese tío es la polla de Troya! —soltó Crespo henchida de emoción.

Oramas le lanzó una mirada recriminatoria y dijo enojada:

—Cuando te pones en modo grosera, no hay quien te resista.

—¿Ah, sí? —replicó Crespo con las cejas enarcadas—, pues ¿sabes lo que te digo?, que soy como soy y quien no me resista que se aleje de mí.

Y ese fue uno de esos momentos en que Oramas comprendió que había metido la pata, que la inspectora Crespo se electrizó y que empezaba a perder el control de sí misma. «La rama siempre se rompe por el lado más débil», se dijo a sí misma.

—Seguramente no he debido decir lo que te he dicho —dijo con una larga sonrisa dibujada en su rostro—, pero debes entender que somos personas con confianza mutua y que hay que saber interpretar las palabras.

Crespo reflexionó. Entendió que su compañera se estaba disculpando y que los nervios la habían traicionado. Se acercó a Oramas y, como si actuara por medio de un impulso, le dio un abrazo que, aunque con gesto de extrañeza, fue correspondido. Nadia apoyó la barbilla sobre su mano izquierda y, con mirada amable, observó a las dos inspectoras en silencio. Oramas se sintió un tanto ridícula. No es que fuera una persona poco sensible, sino que pensaba que una policía en servicio tenía que evitar que afloraran sus debilidades.

—Te voy a hacer otra pregunta —dijo Oramas—. La noche que conociste a Pablo en la estación, ¿te diste cuenta si pasó algún tren durante el tiempo que estuvisteis allí?

—No recuerdo que pasase ninguno.

—Por cierto, ¿qué tal vas con la psicóloga? —cambió de tercio.

—Bien. Me está ayudando bastante. De momento estamos reflexionando sobre el mal y esas personas que disfrutan haciéndolo.

—¿Has llegado a alguna conclusión? —preguntó Crespo.

—Que en muchas ocasiones la maldad está relacionada con la inmadurez psicológica. También he aprendido que nadie es

totalmente bueno. O lo que es lo mismo, que todo el mundo en algún momento de nuestra vida hemos obrado con malicia.

—Lo que dices, es cierto —aseguró Crespo—. Pero también es cierto que hay muchas personas que si colocas en una balanza sus conductas nocivas y sus conductas nobles tienen mucho más peso las nocivas.

—La psicóloga los llama vampiros emocionales.

—Yo me limito a llamarlas personas tóxicas —contestó Crespo —, y trato de combatirlas. Pero me horroriza que sea tan difícil en muchas ocasiones. No hay nada más siniestro que sentir que la justicia no funciona. En los países que ocurre eso los imagino como una calavera. Pero una calavera que se ríe. ¿Habéis visto algo más perverso y amenazador que una calavera que se ríe con los dientes apretados? Es una imagen amenazante.

—Una justicia así representada sugiere corrupción —intervino Oramas—, y yo creo que el símil es un poco exagerado.

—No tienes nada más que ver lo que nos ocurrió en el último caso. Me refiero al del asesinato del obispo.

—Pero los que estuvieron metidos en el ajo están en la cárcel o muertos.

—Pero… ¿sabes por qué? —Preguntó Crespo con la mente enturbiada. Como no encontró respuesta se la dio ella misma con lengua envenenada—: Porque tenemos un coño como de aquí a Logroño y les hicimos frente.

Ni Nadia ni Oramas replicaron. Cada una miró hacia un lado de la calle Fermín Caballero. Oramas saltó a la calzada y abrió los brazos como cuando se ve llegar un taxi en un día de tormenta. Pero quien paró fue un patrullero. Les pidió que subieran a Nadia a la «Posada de San José».

—¿Se puede saber el motivo por el que la has embarcado? —preguntó Crespo cuando traspuso el vehículo.

—Estamos llegando al centro de la ciudad y trato de evitar que corra riesgos.

Pareció quedarse tranquila con la respuesta. Tras un largo silencio, dijo:

—¿Hace una cervecita?

—¿Dónde?

—Donde la tomamos el día que nos conocimos.

—Vale.

—Por cierto, me ha parecido que sospechas algo de Pablo.

Oramas se tomó un breve momento para responder.

—Veo muy raro que Pablo acudiera a esas horas de la noche a la estación. Eso es todo.

—IX—

Miércoles, 26 de octubre de 2022

Cuando Oramas llamó a Pablo para comunicarle que le enviaba un patrullero para que se llegase a la comisaría, de pronto interrumpió en seco su discurso:

—No, no. No quiero coche oficial. Prefiero bajar andando —dijo con aparente brusquedad, que en realidad no era tal sino cariño revestido de aspereza.

Aunque Oramas quedó de momento petrificada, sabía que las palabras de Pablo estaban exentas de acrimonia. Le aconsejó que caminara con mucho cuidado y que procurara hacer el trayecto por calles poco transitadas.

Marchó a su cuarto, se colocó la gorra de béisbol en la cabeza y se ajustó la visera para evitar ser reconocido.

—A ver si te acuerdas de ese niño —dijo Nadia, que estaba sentada ante el televisor.

Se refería al bebé que necesitaba una operación para salvar la vida.

—Ya lo han operado y parece que con éxito —insistió Nadia.

Pablo acudió junto a Nadia y se sentó frente al televisor. Cuando acabó el reportaje, dijo Nadia:

—La psicóloga dice que el hombre es capaz de lo mejor y de lo peor. Este es el caso que demuestra que hay gente sensible capaz de hacer el bien.

—Estoy de acuerdo contigo y con ella.

Pablo se despidió de Nadia. Le hizo caso a Oramas y bajó a la ciudad moderna por el puente de San Pablo. En la primera óptica que encontró de camino, en la calle San Esteban, se compró unas gafas de sol. Con ese aspecto de seguidor de los Yankees se presentó

en comisaría. Al entrar se despojó de las gafas, pero no de la gorra. Se dirigió al mostrador de información y preguntó por la inspectora Oramas. El policía le preguntó que a quien tenía que anunciar y el motivo de la visita.

—Me llamo Pablo y he sido citado por la inspectora jefa.

—¿Me deja su carnet de identidad?

Se metió la mano en un bolsillo de la cazadora y se lo entregó. El policía llamó al despacho de Oramas. Como no se lo cogió, llamó a la inspectora Crespo.

—Un señor que se ha identificado con el nombre de Pablo Pérez Moreno dice estar citado por la inspectora Oramas.

En el rostro de Crespo apareció una amplia sonrisa. Vio la oportunidad de estar a solas con su «héroe».

—Hazle subir, que salgo yo a recibirlo.

Tras un ligero toque de maquillaje salió al encuentro. Entraron al despacho de Crespo.

—¿Qué tal te va en Cuenca? —preguntó Crespo con tono afectuoso.

—Pues, la verdad, desde que he llegado a esta ciudad ha terminado mi vida de vagabundeo. Estoy mucho más centrado y haber conocido a Nadia me ha hecho mucho bien emocionalmente hablando.

—Lo que no debes de hacer es confiarte. Tienes que pensar que cabe la posibilidad de que estéis siendo vigilados.

—Tomó precauciones —Pablo sacó las gafas de sol del bolsillo y se las puso—. ¿Crees que es fácil que alguien me reconozca con este aspecto? —añadió.

—Cualquier precaución es poca —advirtió Crespo entre suspiros.

A Pablo se le escapó una sonrisa que no fue capaz de reprimir. Fue una sonrisa lánguida. Se quedó mirándola durante breves segundos para pensar lo que le iba a contestar. Por fin se arrancó.

—Desde que salí de la cárcel vivo bajo amenaza de muerte —dijo con voz recia—. Estoy acostumbrado a caminar por el mundo buscando a mis enemigos entre la gente. Si los detecto voy derecho a por ellos antes de que…

—Me lo creo, me lo creo… —respondió la inspectora con tono meloso—. Y me lo has demostrado yendo a por ellos hasta Toledo. Debió ser una gozada…

—Desde el primer momento vi el rostro de mi madre reflejado en el de Nadia. Cuando me dijo lo que le habían hecho, no lo dudé ni un momento. Me dije, tengo que acabar con esos cabrones.

—También hay que ser valiente para hacer lo que hiciste.

Un hombre nota cuando a una mujer le entra por el ojo derecho. Y Pablo no iba a ser una excepción. Empezó a sentirse algo incómodo. Se incorporó en la silla e, intentando dar un giro a la conversación, dijo:

—Hay que ser valiente y tener mal genio. Y el mal genio aflora cuando me pisan el rabo. El mal carácter no es genético. Es una conducta aprendida por las circunstancias de la vida que en mi caso esconde mucho dolor y sufrimiento del pasado.

Crespo se percató del giro, pero, sin que desapareciera la sonrisa de su rostro, le siguió el razonamiento:

—Sufrimiento que todavía no has resuelto.

—Lo sé, lo sé, pero he aprendido a vivir con el problema.

Crespo se inclinó sobre la mesa y dejó que sus dedos juguetearan con los bolígrafos que había sobre un bote.

—Hablando de carácter, en la facultad aprendí que el recién nacido carece de carácter.

—En la cárcel, lo que aprendí fue que es la marca característica del estilo de vida de una persona.

—También hay un componente genético que…

—Eso se llama temperamento, que viene a ser el potencial con que nacemos para desarrollar el carácter. Es el temperamento lo que heredamos de nuestro padre y de nuestra madre.

—Y la tercera pata del trípode —dijo Crespo— lo forma la personalidad.

—La personalidad queda constituida por el temperamento y el carácter.

Era una conversación placentera para Pablo ya que pudo poner en juego lo que había aprendido en la biblioteca de la prisión. Por otra parte, Crespo creyó que había retomado el protagonismo del hilo conductor.

—A mi juicio, es el medio ambiente el factor primordial para que quede constituida la personalidad de una persona —enfatizó—. Es la familia el primer elemento que determina dicha personalidad.

—Cierto —dijo Pablo—. La ausencia de mi padre y la situación

de mi madre fueron factores negativos a la hora de forjarse mi personalidad.

—Pero debes saber que la fuerza de voluntad es una gran herramienta para conseguir lo que uno se proponga.

Pablo la miró con ojos burlones y provocadores.

—¿Qué te crees que hice el tiempo que estuve en la cárcel? Te lo voy a decir, me preparé para ser lo que soy en la actualidad. Fue esa la causa por la que he podido liberar a esas cuarenta chicas.

Y mientras que andaban con estas reflexiones Pablo y la inspectora Crespo, Oramas recibía buenas noticias de boca del comisario. El juez había tenido a bien autorizar la revisión de las videocámaras públicas. Se había recibido por fax el documento que autorizaba el escrutinio.

—Creo que el descubrimiento de las videocámaras nos puede poner en el camino correcto —dijo Oramas.

—Tenemos suerte de que el juez sea una persona muy proclive para autorizar lo que le solicitamos.

De la investigación nocturna nada pudieron hablar. No había dado frutos, pero Oramas aconsejó seguir con la vigilancia.

—Del seguimiento del teléfono del dueño del club 69 ¿sabemos algo? —preguntó.

—Ese teléfono no se ha vuelto a activar. Al que llamó tampoco. Me da la impresión de que los han destruido. Seguramente han hecho un contrato nuevo.

De repente, le vino a la inspectora a la cabeza el recuerdo de que tenía una entrevista con Pablo. Se despidió del comisario y bajo al primer piso. Cuando entró al despacho de Crespo se encontró a los dos charlando apaciblemente. Pablo endureció el rostro al ver entrar a la inspectora Oramas. Se sentó frente a Pablo y le informó de que le quería hacer unas preguntas.

—Pues estoy preparado. Cuando quiera puede disparar.

—Vamos a ello —dijo Oramas esbozando una sonrisa—. En primer lugar, nos gustaría saber cuándo llegaste a Cuenca.

—Creo que ya contesté a esa pregunta. Llegué el tres de octubre.

—¿A qué hora?

—No miré el reloj, pero era de noche cuando llegué y llovía a cántaros y no había ni un vivo por la calle. Por la hora en que salí de Valencia, debían de ser sobre las once.

«Este tío tiene más conchas que un galápago», pensó Oramas.

—Dijiste que te trajeron en coche particular.

—Así fue.

—No sabemos nada del conductor.

«Me da la impresión de que me quiere acorralar como a un escorpión», se dijo Pablo a sí mismo.

—Lo único que puedo decir de él es que era un señor de unos sesenta, calvo, con bigote, de mediana estatura y muy charlatán.

—¿Podrías decirme algo del coche?

—Que era blanco y que la tapicería era gris oscura.

—¿Marca?

—No me fijé.

—¿Te dijo el señor que te trajo dónde iba?

—De eso no hablamos. Yo me bajé en la estación de autobuses. Como no salía ninguno hacia Madrid, me fui a la estación de ferrocarril.

—Y allí te encontraste con Nadia.

—Estaba totalmente empapada de agua y aterida de frío. Se me acercó y me dio un gran susto.

—¿Se puede saber el motivo por el que viniste a Cuenca?

—En esta ocasión no ha sido una visita turística —dijo con un punto gamberro en su mirada—. Ya dije que desde que salí de la cárcel no he parado de correr huyendo de una banda de facinerosos que quieren acabar conmigo. Tuve que marcharme a Valencia. Un buen día me salieron tres individuos al encuentro y, tras dejar a uno tendido en el suelo, tuve que salir por piernas. Los despisté y en una gasolinera encontré a un conductor que iba para Cuenca. Eso es todo.

Pablo se cruzó de piernas. Se quitó la gorra y la colocó sobre su rodilla izquierda. Lanzó una mirada retadora a Oramas como si le quisiera decir «estoy esperando la próxima pregunta con la misma tranquilidad».

—Durante el tiempo que estuviste en la estación de ferrocarril, ¿pasó algún tren?

—Pasó un mercancías, pero no paró.

—Pues Nadia dice que no pasó ninguno.

No contestó. Se limitó a encogerse de hombros. La calma volvió de repente a la reunión. Oramas seguía lanzando preguntas, pero, al

darse cuenta de que era como lanzarlas contra un frontón, decidió dar por terminada la reunión. Sin alterarse por nada, Pablo se mostraba impertérrito. Se sabía victorioso. Crespo, que había permanecido en silencio durante todo el interrogatorio, dijo:

—Me cuesta trabajo pensar lo que se debe sentir sintiéndose amenazado.

—Pues te lo voy a explicar muy clarito. Cada día, al levantarme, siento una especie de vacío vertiginoso y me digo a mí mismo: «Ánimo, lo peor que puede pasar es que me maten».

—Así se puede pasar una temporada, pero no una eternidad.

—Sé que vivo en el filo de una navaja y que el final de cada día puede ser siniestro final o destino rutilante. Si la moneda cae del lado siniestro, creo que ya he dado guerra suficiente como para sentirme ganador.

—¿No habéis pensado en poner tierra por medio?

—Lo hemos hablado, sí. Pero no hemos llegado a ninguna conclusión. Creo que lo mejor va a ser desaparecer y reinventarnos en otro lugar.

—Pues, ánimo. Y no olvidéis que es necesario conocer la tristeza para vivir la felicidad en plenitud.

Pablo se levantó. Se puso las gafas. Se calzó la gorra y contestó:

—Que así sea.

—No sé si sabes que Nadia está patrullando —dijo Oramas—. Lo digo por si quieres que te recojan.

Miró el reloj. Pensó durante unos segundos y respondió:

—Si está abierta la cafetería me espero.

—Lo está, lo está —aseguró Crespo.

Oramas localizó al vehículo en el que viajaba Nadia y les advirtió que tenían que pasarse por la comisaría para recogerlo.

Jueves, 27 de octubre de 2022

¿Quién le iba a decir a Peláez que se encontraría con su hijo a media mañana en la calle principal? Fue digna de ver la sonrisa que le regaló cuando se percató de que su padre venía de frente. Iba en brazos de su madre y se lanzó al cuello de su padre cuando lo tuvo a tiro. A Oramas se le iban los ojos detrás del niño. A su mente llegó el recuerdo de la última vez que coincidieron. El niño le arrebató

las gafas en un abrir y cerrar de ojos.

Oramas había elegido a Peláez para que la acompañase a revisar las imágenes de las videocámaras de la Gerencia Territorial del catastro. No hizo falta entrevistarse con el director. Había un encargado de las videocámaras que se consumía en su propia salsa esperando la llegada de Oramas. Y fue él, precisamente, quien los recibió.

—Usted es la inspectora jefa, ¿no es así? —preguntó saliendo a su encuentro nada más verla aparecer.

Era un chico joven, de unos treinta y cinco. Alto, atildado, pelo negro con raya a la izquierda, gafas ligeramente ovaladas que le daba aspecto de ser el empollón de la clase.

—Según tengo entendido están interesados en visualizar las imágenes del tres de octubre.

—Correcto —ratificó Oramas—. Nos interesa revisar las imágenes a partir de las cinco de la tarde, que es más o menos cuando aparecieron en escena los asesinos de Joana.

El chico condujo a Oramas y a Peláez a una pequeña sala situada a la izquierda según se entra en el edificio.

—Esta es la sala de visualización.

Era una sala oblonga en la que apenas se podían cruzar dos personas. Medía cinco metros de largo por uno escaso de ancho. Olía a cerrado y a madera añeja. El calor era sofocante. Una de las paredes estaba cubierta por fotografías en blanco y negro de la ciudad. Por la vestimenta de la gente y la ausencia de automóviles, debían de ser de los años veinte del siglo pasado. En una de las paredes largas —la que se encontraba al frente según se entraba— había seis monitores.

—Tengo preparada la cinta del tres de octubre.

El chico se quitó la chaqueta, la colocó en el respaldo de una de las sillas y activó el sistema. Seis ojos quedaron clavados en el monitor hipnotizados por las imágenes. Seleccionó aquellas que se produjeron a partir de las cinco de la tarde. En el aire flotaba un violento aroma misterioso como si aquellas cuatro paredes preservaran el secreto que tenía que descubrir el equipo de Oramas.

Pasaron las imágenes con rapidez hasta las diecisiete horas. A partir de ahí ralentizaban cada vez que pasaba alguna persona. A las diecisiete y tres minutos pasó una persona. Iba con paso

decidido. No hicieron aprecio. A las diecisiete y ocho minutos pasaron dos, pero una era mujer. A las diecisiete y catorce fueron tres las personas que pasaron. Tampoco se fijaron en ellas. A las diecisiete y veintinueve apareció una pareja de varones. Pasaron por la puerta. Dos metros más adelante señaló uno de ellos hacia el parque y echaron a correr.

—Ahí tenemos a nuestros hombres —dijo Peláez.

—Dale hacia atrás, por favor —suplicó Oramas con los nervios a flor de piel.

Cuando aparecieron en escena pasaron la imagen a cámara lenta. El que iba delante era alto y delgado. Miraba hacia atrás, razón por la que no le pudieron ver la cara. El que iba detrás era algo más bajo y más grueso. Al estar tapado por su compañero, tampoco se le podía ver la cara.

—Me parece que nos van a servir de poco las imágenes —advirtió Oramas.

—No es en realidad un gran logro, pero por lo menos tenemos la certeza de que son ellos —dijo Peláez.

—De eso no me cabe duda, pero lo que esperaba era tener imágenes claras de sus rostros. Con las imágenes que hemos obtenido no podemos identificar a nadie.

Peláez no se daba por vencido y revisaba las dos imágenes sin parar tratando de encontrar algún detalle que los pusiera rumbo a la detención de los asesinos. Echaba las imágenes de adelante hacia atrás y de atrás hacia delante con el convencimiento de que en cualquier momento podía encontrar dicho detalle. Una de las veces que rebobinó hacia atrás, las imágenes se fueron mucho antes de las diecisiete horas y veintinueve minutos; se fueron hasta las dieciséis y pico. Cambió el sentido de la cinta en busca de la imagen de las diecisiete y veintinueve y vio algo que le llamó la atención. Volvió a darle marcha atrás y dejó pasar las imágenes a velocidad normal. Fue entonces cuando aparecieron de nuevo los dos individuos, pero lo hacían en sentido opuesto. Es decir, que en lugar de pasar por delante de la puerta de la Gerencia Territorial de derecha a izquierda lo hicieron de izquierda a derecha. Cuando Peláez paró la imagen, el reloj del programa marcaba las dieciséis horas y cincuenta y tres minutos. De momento, Peláez se quedó un poco despistado. No tardó en deducir que las imágenes quedaron

grabadas antes de echar a correr tras las chicas. Tras unos breves segundos con la vista perdida en un punto indeterminado dedujo, por la prisa que llevaban, que esos tipos buscaban algo. «Seguro que fueron al restaurante donde comieron las rumanas», se dijo a sí mismo. Movió la imagen de un lado a otro sin parar hasta que seleccionó un fotograma en el que los rasgos de sus rostros eran evidentes por el baño de luz que recibían. Siguió moviendo la imagen a cámara lenta hasta que eligió la toma más adecuada.

—Mira lo que he encontrado —dijo en voz alta dirigiéndose a Oramas que se había alejado unos metros.

—¿De dónde has sacado eso? —Preguntó Oramas con tono excitado. Acudió rápida como un remolino en primavera, junto al monitor y añadió—: Veo en lo más recóndito de esos rostros la viva imagen de la muerte.

—Yo lo que veo es sed de desquite. ¿No te das cuenta? Con esos andares tan atolondrados, parecen avispas rabiosas. Miran a un lado y a otro y se mueven como si estuvieran en medio de un ventisquero.

Bien por la emoción del momento, bien porque el aire de la sala no se había renovado en mucho tiempo, Oramas se aflojó el pañuelo del cuello. Se inclinó hacia el monitor y clavó los ojos en la cara de los asesinos como si estuviese contando los pelos de su cabeza. Se le soltó un mechón de su cabello sobre la frente dotándola, si cabe, de un aspecto todavía más atractivo.

—¡¿Cómo se nos ha podido pasar?! —exclamó con voz grave y reservada—. Menos mal que…

—No tiene importancia, jefa. La verdad es que lo he encontrado por casualidad. Le he dado hacia atrás a la imagen, se me ha quedado el dedo pegado y…

—Seguramente han visitado el restaurante que hay aquí al lado.

—Eso he pensado yo también —respondió Peláez acompañándose de una sonrisa forzada.

Oramas se sujetó el mentón con la mano izquierda y soltó de sopetón:

—¿Tienes un *pendrive*?

—Siempre lo llevo encima.

—Vamos a captar las imágenes y nos acercamos al «Porteño».

«El Porteño» es el restaurante donde comieron Nadia y Joana. Al

entrar, un intenso aroma a pescado cocido les golpeó el rostro. No era un olor constante. Era un olor que llegaba en ondas espaciadas, como impulsadas por un mecanismo programado. Frente a la puerta de entrada había un hombre de unos cincuenta en un pequeño mostrador con un cuaderno y un ordenador atendiendo el teléfono. Por mucho que se esforzaran en no cruzar las miradas resultó imposible. El señor había elegido un lugar estratégico para controlar la clientela. Sonrió.

—Buenos días —dijo con tono melifluo—, ¿en qué puedo ayudarles?

Mientras que Peláez permanecía imperturbable, Oramas se acercó al mostrador con la placa en la mano.

—Muy buenas. Soy la inspectora Oramas y nos gustaría saber si dos personas estuvieron en este lugar el tres de octubre por la tarde.

—¿De quién se trata? —preguntó.

—Las tengo en este *pendrive* —respondió Peláez sujetándolo con el pulgar y el índice de su mano derecha.

Se acercó al mostrador y le ofreció el dispositivo al señor, que lo introdujo en la ranura correspondiente.

—¿Cómo se llama el archivo?

—Asesinos —respondió Peláez.

El rostro del señor mutó de manera brusca de un gesto amable a una inquietud nerviosa. Cargó la imagen. Se colocó las gafas que colgaban de su cuello. La observó con detenimiento y respondió con firmeza:

—Me suena que estuvieron aquí —afirmó de forma implacable —. Lo que no recuerdo es si fue la tarde que dice usted u otra cualquiera.

El señor desconectó el portátil de la red y marchó con él hacia la cocina. Poco después salió con una chica joven vestida con un mandil negro.

—Miren, la chica asegura que fue ella la que les sirvió.

Bastó la mirada de Oramas para que empezase a hablar con acento sudamericano:

—Los recuerdo porque pidieron dos cafés, se los serví y cuando me pidieron la cuenta me enseñaron las fotografías de dos chicas. Me preguntaron si habían estado por aquí y cuando…

Oramas le interrumpió para enseñarle una foto en la que estaban

las dos chicas.

—¿Son estas las chicas?

—Sí. Esas son.

—¿Qué pasó después?

—Les dije que habían estado comiendo y que se marcharon haría unos treinta minutos. Pagaron, apuraron la taza y marcharon a toda prisa.

—¿Cuánto tiempo estuvieron en el local?

Como si tuviera que hacer algún tipo de cálculo, la chica se tomó tres segundos y, haciendo un gesto ambiguo, contestó girando la muñeca a derecha e izquierda con todos los dedos extendidos:

—Unos veinte minutos.

Peláez y Oramas regresaron a la comisaria y buscaron al comisario. Lo encontraron en su despacho. Estaba en mangas de camisa, lo cual quiere decir que diligenciaba algún asunto.

—¿Qué tal os ha ido? —preguntó al verlos llegar sin apenas levantar la cabeza del documento que estaba estudiando.

—Muy bien —respondió Oramas—. Tenemos a los asesinos.

Levantó la cabeza del papel y su rostro quedó repentinamente demudado por la sorpresa.

—¿Has dicho que tenéis a los asesinos?

—Sí. Has oído bien. —Miró a Peláez y añadió—: Saca el *pendrive*. Aquí dentro los tienes.

Federico insertó el dispositivo de almacenamiento en el puerto correspondiente. Miró los archivos con detenimiento y dijo:

—Sospecho que está en el archivo que habéis nombrado como «asesinos».

—Así es —respondió Peláez—. Métete.

—¡Oh, qué buena resolución! Creo que no va a haber muchas dificultades para identificarlos con la tecnología de reconocimiento facial.

Para proceder a dicha identificación, la policía nacional aprovecha los ficheros de nuestras fotografías que se almacenan automáticamente cuando tramitamos el
DNI
.

—¿Es legal la utilización de dichos ficheros para la identificación de personas? —planteó Peláez.

—No me hagas mucho caso, pero en la mayoría de los países de nuestro entorno, cuando la finalidad es la seguridad nacional, las cuestiones de salvaguardia de la nación se antepone a la protección de cualquier tipo de datos. De modo que lo que voy a hacer ahora mismo es enviar la foto a Madrid y esperar resultados.

—X—

Viernes, 28 de octubre de 2022

Pablo salió a la puerta de la posada ataviado con su traje de neopreno, sus zapatillas de deporte, la gorra de béisbol y las gafas de sol. Echó un vistazo a un lado y a otro de la calle. No había nadie. Echó a correr hacia la catedral y no tardó en dejarla atrás. Mirando constantemente a un lado y a otro, tomó la calle Canónigos y, rodeando el palacio del obispado, marchó en busca del monumento al Pastor para bajar al río Huécar. Al llegar al puente que lo salva, giró a la izquierda y se abrió ante sus ojos una carretera estrecha que serpentea hacia Palomera. A un lado y a otro se alzan enormes riscos con apariencia de cíclopes amenazantes. A la derecha el terreno se eleva de forma vertiginosa en una fila inagotable de pinos hasta dibujar con trazo brusco las crestas que rompen la armonía celeste. A la izquierda se abre una llanura hasta el río donde se desperdigan pequeñas casas solitarias entre huertas y terrenos baldíos. Flanqueando el río, se alzan imponentes chopos con figura lanceolada que ofrecen una inmensa variedad de amarillos y ocres para quien sepa manejar los pinceles. Caminaba a buen ritmo bajo un sol otoñal que no llegaba a molestar. En ese mundo apacible y hermoso donde de vez en cuando se colaban ligeras vaharadas de aire limpio con aromas afrutados, nada parecía importunar una agradable mañana dedicada al deporte.

Corría por el margen izquierdo de la carretera. Cada vez que escuchaba un vehículo a sus espaldas giraba la cabeza hacia la derecha. Parecía claro que no quería que lo mataran por la espalda. De pronto, pareció rescatar una extraña energía reservada en lo más recóndito de su interior, barrió con la mirada el ángulo que permitió el giro de su cuello y aumentó el ritmo de su zancada.

Pasado el cruce del cerro del Socorro, justo en la curva del «Hocino Alcalde», surgió un coche tras él que, por la baja velocidad, le hizo sospechar que no eran buenas las intenciones que llevaban sus ocupantes. Giró el cuello y comprobó que había tres personas en el interior. Como vio que no tenían muchas intenciones de adelantar los vigiló a través del reflejo en sus gafas de sol. Vio algo raro y volvió a girar la cabeza. Resultó ser una mirada llena de angustia, pero salvadora al mismo tiempo. Percibió con claridad una mano empuñando una pistola por fuera de la ventana trasera.

Sin tiempo para meditar, se cruzó por delante del coche, se introdujo en un pinar y aceleró todo lo que le permitió su cuerpo zigzagueando entre los pinos. No tardaron las balas en silbar sobre su cabeza. Al escucharlas, con un ágil movimiento, dio un giro repentino hacia la izquierda para refugiarse en la espesura del matorral. Tras ella, se dio un respiro para contemplar al enemigo. Levantando prudentemente la cabeza tras un chaparro observó que los había despistado y que se habían dispersado. No se amilanó. Vio su oportunidad en dicha dispersión. Observó la dirección del que marchaba a la izquierda según los miraba, se tomó un par de segundos y maquinó tenderle una celada saliendo a su encuentro. Sin muchos más preámbulos, cogió una risca del suelo, dio un ligero giro a la derecha y se movió con rapidez haciendo una parábola para colocarse detrás de su oponente.

Cuando anduvo lo suficiente como para pensar que ya lo habría rebasado, se agachó tras el follaje de un matorral y esperó con el ojo y el oído bien despierto. «No puedo fallar en esta ocasión, no puedo fallar», se dijo a sí mismo. No tardó en escuchar pisadas sobre la hojarasca. Vio que venía hacia él con el arma empuñada, lo cual no le agradó. Tiró la piedra sobre una jara y consiguió que diese un ligero giro que fue suficiente para que se quedara tras él. Cuando eso ocurrió, sonrió. Dio unos pasos cautelosos hacia la izquierda, levantó la cabeza y se abalanzó sobre él como una fiera desesperada. Le agarró con fuerza su mano derecha, que era la que sujetaba la pistola, con la izquierda. Giró el cuerpo con brusquedad sobre su propio eje a la vez que le empujó lanzándolo al suelo. Sin soltar la mano de la pistola, se dejó caer sobre él y le dobló el brazo hasta que soltó el arma. Cuando Pablo empuñó la pistola supo que la fiesta había acabado. Se quedó fijamente mirando al tipo, sacó su

teléfono móvil, le hizo una foto y le preguntó:

—¿De qué nos conocemos?

Era indudable que le había sonado su cara.

—De la cárcel.

En ese momento Pablo situó el rostro que tenía bajo su rodilla.

—¿Quién te manda? —volvió a preguntar metiéndole el cañón de la pistola en la boca.

—*Cézal Deina*, ¿lo *conocez*? —respondió en un intento de congraciarse.

—¡Quien no conoce en Barcelona a César Reina! Menudo hijo de su madre está hecho ese cabrón. ¿Cuánto te ha pagado?

—Veinte mil.

Pablo entró en estado de cólera. Lo agarró de la solapa. Lo zarandeó. Lo humilló. Descargó sus puños sobre su cara una y otra vez hasta que se le acabaron las fuerzas y dijo elevando la voz:

—Y por ese dinero vienes desde Barcelona para matarme.

Rebuscó en sus bolsillos. Le quitó la cartera y el teléfono móvil y lo dejó allí tendido. Aunque su primera intención fue marchar en busca de los otros dos y darles su merecido, lo pensó mejor y marchó dando un rodeo hacia la carretera. El coche estaba orillado en un ensanche. Screech, screech, screech, screech. Pablo reventó las cuatro ruedas de un tiro en cada una y marchó a esconderse detrás de un árbol con un tronco enorme. Sacó su teléfono y marcó el número de Oramas:

—Dime Pablo.

—Acabo de sufrir el ataque de tres sicarios.

—¿Dónde? —preguntó alterada.

—En la carretera de Palomera. Pasado el cruce del cerro del Socorro.

—¿Estás bien?

—Perfectamente.

—Pues no te muevas, que vamos ahora mismo.

Los otros dos secuaces llegaron antes que la policía. Cuando descubrieron que las cuatro ruedas del coche estaban inservibles se acordaron de la madre de Pablo. No se arredró. Apretó el gatillo de nuevo rompiendo uno de los cristales.

—Todavía me quedan tres balas. Suficientes para levantaros la tapa de los sexos si no levantáis los brazos bien altos.

Se fue acercando sigilosamente hacia ellos y añadió:

—Con mucho cuidado de que no se encasquille el gatillo, vais a dejar la cacharra sobre el coche. Me imagino que sabéis lo que os puede pasar si hacéis un movimiento extraño —advirtió a los dos matones que seguían con las manos en alto. Cuando dejaron las pistolas, Pablo las recogió y dijo—: Ahora vais a colocar también vuestros teléfonos móviles y dejáis las dos manos sobre el coche.

Cuando se hubo guardado los dos teléfonos, uno de ellos lo miró de soslayo. De momento no dijo nada Pablo. Se colocó detrás de él, le estampó la suela del zapato en los riñones y le advirtió:

—Es la última vez que me miras de esa forma.

Se alejó de ellos y sin dejar de apuntarles con la pistola se sentó en una piedra a la espera de que llegase la policía. Uno de los dos pidió bajar las manos para orinar.

—Si tienes ganas de mear, te lo haces encima —fue la respuesta de Pablo.

Ni, no; ni, no; ni, no. No tardaron en escucharse en toda la hoz las sirenas de los patrulleros. Tras el ruido llegaron cuatro vehículos. Cuando vio la escena Oramas, miró a la inspectora Crespo y exclamó:

—¡Dios mío, ahí tienes a tu héroe!

Los policías se hicieron cargo de los dos secuaces. Las inspectoras se dirigieron directamente a Pablo.

—Aquí tiene otras tres pistolas y tres móviles —dijo con tono no exento de sarcasmo—. Vais a hacer una buena colección.

Pablo recibió una mirada larga de Oramas a la que no hubo falta que la acompañara de palabras y una sonrisa aprobatoria que se dibujó en el rostro de Crespo.

—Solo veo dos hombres —señaló Oramas hacia el coche—. No te habrás comido al tercero.

—Al otro le he tenido que dar un calmante para quitarle la pistola.

Uno de los policías que habían cacheado a los matones se acercó a la inspectora jefa y afirmó:

—Están limpios. Pero falta uno.

—Hay que ir a buscarlo ahora mismo —ordenó y se calló para pensar antes de seguir hablando—. Elige tres policías para que acompañen a Pablo y a la inspectora Crespo a buscar al que falta. —

Giró la cabeza y preguntó a Pablo—: Supongo que estará también desarmado.

—Por supuesto. Sin arma, sin teléfono y sin documentación —respondió sacando la cartera del tercer hombre.

—Hay que solicitar un servicio de grúa —advirtió el policía—, el vehículo tiene las cuatro ruedas reventadas.

—¡¿Las cuatro?! —se sorprendió Oramas.

—Las he hecho estallar yo mismo para evitar que se dieran a la fuga —aclaró Pablo.

—Pero con que hubieras inutilizado dos, habría sido suficiente.

Pablo dirigió la búsqueda. Iba delante acompañado de la inspectora Crespo que empuñaba su Compact de
9 mm
.

—¿Cómo ha ocurrido todo?

—En esta ocasión me he librado por los pelos —aseguró Pablo—. He notado la presencia de un coche que venía muy despacio y lo he vigilado. En el reflejo de las gafas me ha parecido ver una mano que empuñaba un arma. Giro la cabeza y me veo a un tío apuntándome. Imagínate la carrera que me he dado entre estos pinos con las balas silbando sobre mi cabeza.

—Pues te voy a decir una cosa, no estáis seguros en esta ciudad.

—Eso mismo he pensado yo mientras apuntaba con la pistola a ese par de miserables en la carretera. Francamente, estoy preocupado. Y lo estoy porque me siento a expensas de quien quiera venir a por nosotros. Pero…, te voy a decir una cosa, le hemos tomado mucho cariño a esta ciudad y no nos gustaría tener que abandonarla. Además, para superar el trauma a Nadia no le conviene andar de acá para allá sin patria y sin un lugar donde asentar sus posaderas. No te puedes ni imaginar lo que está disfrutando en la «Posada San José».

—Claro, claro… Ya te dije que fue una elección estupenda. Pero…, te veo acongojado.

—Me angustia la posibilidad de que maten a Nadia y quede con vida para contarlo.

—Esa chica te ha transformado, ¿no es así?

—Desde que la conocí mi vida ha cambiado.

—¿En qué sentido?

—He empezado a hacer planes de futuro.

Pablo se dirigió a los tres policías que los acompañaban y que se habían adelantado unos metros para indicarles que había que girar a la izquierda. Los condujo hasta el lugar donde le tendió la emboscada al que fue su compañero de prisión.

—Hemos dado un rodeo absurdo —hizo observar uno de los policías.

Pablo explicó el motivo por el que se desvió del camino derecho.

—Mirad. Aquí hay sangre —advirtió otro policía.

—Aquí fue donde lo sorprendí y le quité la pistola. No debe de estar muy lejos. Creo que lo mejor será que nos dispersemos.

Y así lo hicieron. Se diseminaron en el monte escudriñando palmo a palmo el terreno como quien busca níscalos. Siete minutos después de empezar la búsqueda se oyó un potente silbido. Pablo levantó la cabeza y escuchó: «Lo tengo, lo tengo». Era la voz de uno de los policías. Todos se apresuraron para acudir al lugar de donde procedía la voz. Era él, un joven frisando los cuarenta. Alto. Moreno. Pelo ligeramente ondulado. Anchas espaldas. La cara la tenía desfigurada. Mirada huidiza. Sin duda alguna, había recibido lo suyo. Cuando se vio rodeado, miró a un lado y a otro y no supo qué hacer. El policía que lo había descubierto dejó de apuntarle con la pistola, se acercó y le puso los grilletes.

—Andando —dijo el policía cuando acabó su tarea—. Lo he hallado por casualidad —añadió dirigiéndose a sus compañeros—, un golpe de suerte.

El sicario movía los labios en lo que pudiera ser una jaculatoria confusa que rezumaba inquina y que ni siquiera él mismo era capaz de entender. Su mirada era tierna —quién lo diría—, caminaba con mansedumbre, como asustado por sus propios fantasmas. Daba la impresión de que los golpes recibidos lo habían dejado sin vigor. La inspectora Crespo y Pablo se quedaron rezagados.

—Debéis marcharos cuanto antes de esta ciudad —advirtió Crespo con voz solemne. Pablo asintió con la cabeza. Como no hubo respuesta, la inspectora continuó—: Os tienen localizados y va a ser muy difícil protegeros.

Pablo respiró hondo y miró a la inspectora. Fue una mirada frontal, intensa y profunda. Dio la impresión de que un haz de luz se introdujo por la pupila de ambos dejando conectados sus

cerebros.

—Te agradezco mucho el interés y las atenciones que te estás tomando por nosotros. Pero marcharnos de Cuenca es algo que no hemos contemplado por el momento.

—Os tenéis que dar cuenta de que saben dónde estáis —insistió Crespo—, en cualquier momento pueden volver a la carga y no siempre vais a tener la misma suerte.

—La verdad es que, personalmente, he creído que a esos tipos no les iba a resultar fácil instalarse en la ciudad.

Crespo permaneció en silencio durante breves segundos y, moviendo la cabeza de izquierda a derecha, aclaró:

—Tienes que tener en cuenta que estamos a hora y media de Madrid. Sospecho que esos cabrones vienen y regresan en el día. Quizá ni siquiera vengan todos los días.

Pablo no pudo reprimir una carcajada estridente.

—Pues has de saber que esta gente ha venido desde Barcelona —dijo manteniendo una sonrisa sarcástica.

La inspectora Crespo se quedó un tanto perpleja, sin apenas ser capaz de pronunciar palabra.

—¿Barcelona? —acertó a decir con estupor—. ¿Cómo sabes eso?

—Muy fácil. Porque esa sabandija que va delante —dijo señalando con el dedo índice al sicario que iba esposado— estuvo en la cárcel conmigo.

Con la sensación de estar pisando arenas movedizas, se plantó delante de Pablo y, con estoica tranquilidad, le apremió:

—¿Me vas a decir de qué va todo esto? Porque no entiendo nada de lo que está ocurriendo.

Pablo se encogió de hombros y totalmente sorprendido respondió:

—Pues creo que hay poco que entender. Uno que estuvo en la trena conmigo ha venido a matarme hasta Cuenca.

—Eso lo entiendo —dijo levantando ligeramente la voz—, pero me tendrás que explicar el motivo. Nadie mata por…

—El motivo es económico y veinte mil euros tienen la culpa.

—¿Quién le ha pagado?

—César Reina.

—¿Quién es ese menda?

—Un proxeneta de altos vuelos. Seguramente le han pagado

porque me conoce y es capaz de identificarme.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Porque le he apretado las tuercas y ha desembuchado.

—¿Conoces a ese tal «César Reina»?

Pablo no respondió. Se quedó mirando al cielo sin ser consciente de lo que le había preguntado.

—¡Iuujuu! ¿Te has ido? —preguntó Crespo pasando la palma de su mano derecha por delante de sus ojos.

—Calla. Estoy viendo cuatro rapaces planeando perezosamente en las alturas. ¿No te parece una belleza increíble contemplar la facilidad con la que vuelan esas criaturas? Mira, forman cada vez círculos más anchos.

—¿Me vas a contestar?

—Repíteme la pregunta, por favor —dijo sin dejar de mirar al cielo con la imaginación disparada.

—Te decía que si conoces a César Reina.

—En Barcelona lo conoce todo el mundo.

—¿Te importaría dejar de mirar al cielo y mirarme a la cara cuando hablas conmigo?

Es que me estás poniendo nerviosa.

La miró durante unos segundos y respondió:

—Me resulta delicioso contemplar ese cuerpo tan estilizado flotando ahí arriba. Mira, mira…, parece que no mueve ni un solo músculo de su cuerpo.

—¿Se puede saber de dónde te viene ese afecto por las aves de rapiña?

—Me lo inculcó mi profesor de artes marciales. Era coreano y decía que las rapaces lo tienen todo para desarrollar un buen ataque. Vista, oído, fuerza, destreza, paciencia y precisión…

—Ahora entiendo de dónde viene tu exaltación por esos bichos.

—¿Bichos? Son seres endiabladamente adorables.

—Como tú. ¿No es así? Porque tú también eres una rapaz. Ahora, lo que me extraña es que no hayas desactivado a ese César de los demonios en Barcelona.

—Ese asesino, ese ladrón de guante blanco, es una especie protegida.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que está blindado. O si quieres que te lo explique de una

forma más clara, en esa organización piramidal hay políticos de altos vuelos que están metidos en el ajo. Supongo que no hará falta que te explique que en ese tipo de organizaciones la miseria siempre se escurre hacia abajo. No tienes nada más que ver a esos tipos que le habéis cascado los grilletes.

Crespo sintió tanta rabia infinita en su interior que le ardían las entrañas.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —dijo.

—Dispara.

—¿Por qué no lo has matado?

Pablo quedó altamente sorprendido. No era la pregunta adecuada para una inspectora de policía.

—Te lo acabo de decir, porque no he podido —dijo con la tristeza agarrada a su rostro—. La indecencia de esa gente no tiene límites. Se creen seres superiores con capacidad para despreciar a todo el que le rodea. Conocen las flaquezas de la sociedad capitalista, se mueven en ella como pez en el agua y no dudan en hundir a quien haga falta; si lo tienen que eliminar, no les tiembla el pulso si tienen que ordenar la muerte de alguien. Merecen morir y mucho más —sentenció soltando toda la inquina que llevaba dentro—. Contra esa gente tiene que luchar el Estado y no el individuo. Aunque la vida me ha hecho un ser fuerte, solo soy un luchador solitario que sirve para dar batalla a los que están en la base de esa organización criminal.

La inspectora se quedó sin palabras. Pensó lo difícil que es llegar a conocer a una persona en profundidad. Tras unos segundos mirando fijamente a Pablo, dijo:

—Veo que has sido capaz de meterte en su cabeza.

Pablo hizo un gesto ambiguo mezclado con una media sonrisa.

—La cárcel es un lugar que capacita al que sabe aprovecharlo. Quizá cultura no haya mucha, pero sabiduría toda la que necesitas. No te puedes imaginar la gente que te puedes encontrar allí dentro que merece la pena. Aprendí de esa gente todo lo que pude. Y lo hice porque intuía que me iba la vida en ello. Sabía que fuera de la cárcel no es fácil manejarse para un preso que ha cumplido condena y me dejé la piel para estar capacitado cuando cumpliera condena.

Cuando llegaron a la carretera todavía no había llegado la grúa. Oramas se quedó mirando al tercer sicario y le asoló un terrible

sentimiento de tristeza. La clase de personas como Oramas no aceptan la brusquedad ni la intimidación y en el rostro de ese hombre estaba dibujada la violencia. Tenía las cejas ensangrentadas, los ojos amoratados, los pómulos y las mandíbulas hinchadas. Sin ser consciente en ese momento de que la vida de Pablo había corrido serio peligro, con ojos siniestros, le lanzó una mirada de pasada, de esas que sin decir nada lo dice todo.

Pablo se metió en uno de los coches. Crespo se acercó a Oramas y le hizo ver la necesidad de llevar a Pablo a la posada.

—Ha sudado mucho y se ha debido quedar frío.

Tras dar las órdenes oportunas, Oramas y Crespo acompañaron a Pablo a su alojamiento.

En la comisaría esperaba el comisario con buenas noticias. Cuando llegaron Crespo y Oramas se encontraron a sus dos compañeros en el despacho de Federico.

—Os veo con cara de satisfacción —dijo el comisario.

—Yo también te veo con buen talante —respondió Crespo.

—Es que no hay cosa mejor que ser poseedor de buenas noticias y tener con quien compartirlas —afirmó el comisario lleno de satisfacción—. El caso es que la tecnología de reconocimiento facial ha dado resultado y tenemos identificados a los asesinos de Joana.

—¡Wow! Eso quiere decir…

El comisario interrumpió a Crespo.

—Un momento, un momento. Dejadme decir que, una vez más, sois un equipo estupendo del que se sentiría orgulloso cualquier comisario de bien. En Madrid saben el trabajo que habéis realizado y me han encargado que os traslade las felicitaciones. Tened en cuenta que es un caso mediático.

—Yo quiero dejar claro que quien ha conseguido las fotos ha sido la paciencia inconmensurable de Peláez —afirmó Oramas con voz delicada—. Sin él no hubiésemos conseguido las fotos.

—Lo que hace falta ahora es que los localicen y que los interrogatorios conduzcan a la detención de los pájaros gordos —manifestó el comisario.

—Eso quiere decir que no es preciso que vayamos a detenerlos nosotros —dio por hecho Crespo.

—Por supuesto. Nosotros los hemos identificado. Ahora los que lo tienen que detener son ellos. De hecho, ya están en ello.

—Habrá que esperar —dijo Oramas—. Pero lo que no sabe el comisario es que hemos detenido a otros tres.

El comisario se sobresaltó.

—¡¿Otros tres?! —repitió mirando a todos para asegurarse de que no le estaban tomando el pelo.

Cuando Oramas acabó de explicarle todo lo que había sucedido durante la mañana el comisario se quedó pensando y dijo con pesadumbre:

—Esto lo complica todo.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Peláez.

—Ahora mismo no sé si tenemos dos casos separados o uno más complicado de lo que parece —contestó masajeándose el cabello desde la frente hasta la coronilla.

—A mí me da que son dos casos distintos —dijo Peláez.

—¿No crees que es mucha coincidencia? —dejó Torrijos la duda flotando en el aire.

—Es mucha coincidencia. Pero no es menos cierto que sería también coincidencia que hubiese un solo caso —replicó Peláez.

—Perdonad. Estoy un poco espeso y no os entiendo —se lamentó el comisario.

—Creo que lo que quieren decir es que, tanto si hay un solo caso, como si hay dos, el hecho de que se hayan juntado en Cuenca Pablo y Nadia debe de haber sido de la misma forma una gran casualidad —aclaró Oramas.

Permanecieron en silencio un rato. Luego el comisario dijo:

—Creo que hay que esperar. Pero lo que procede es que hablemos con Pablo y le convenzamos de que se marche de Cuenca.

—Yo he estado hablando con él sobre ese asunto y no parece estar dispuesto a marcharse —advirtió Crespo—. Dice que le ha cogido gusto a la ciudad y que ya no contempla la idea de marcharse.

—Ya os he dicho que tenemos un problema —se quejó el comisario—. Debemos intentar convencerlo para que se marche. Cuando todo haya pasado, si tanto les gusta la ciudad, podrán volver.

—No creo que seamos capaces de convencerlo —pronosticó Crespo—. Ten en cuenta que Pablo está hecho a vivir en el filo de la navaja. A lo que sí puede acceder es a no salir a la calle.

—Pero es que eso no garantiza que no entren a por ellos. Ten en cuenta que estamos hablando de una organización mafiosa.

—¿Habría posibilidad de montar vigilancia en la puerta de la posada?

Federico resopló. Apoyó la barbilla sobre sus manos y, tras un corto silencio, dijo:

—De montar guardia en la puerta, tendríamos que hacerlo por lo menos con dos agentes. ¿Creéis que esta comisaría está preparada para desprenderse de seis policías?

—Cómo que seis —se sorprendió Crespo.

—Dos policías por tres turnos son seis. Pero yo, además, veo un segundo problema. Si esos matarifes vienen desde Barcelona o desde cualquier otro lugar, no se van a arredrar porque haya dos polis en la puerta. Los liquidan y se quedan tan panchos. Y todavía debemos pensar en un tercer asunto. ¿Creéis que es una buena publicidad para el establecimiento que dos policías controlen a la gente que entra por la puerta? Creo que está claro que no es una buena medida.

La inspectora Crespo se mecía en la silla. Dejó de porfiar.

—Creo que nos estamos enredando en asuntos menores y hemos olvidado que tenemos tres detenidos a la espera de ser interrogados —dijo Torrijos.

—Yo también lo creo —corroboró el comisario—. A mi juicio, lo que procede es que llamemos a los Mossos de Esquadra para obtener información de esos tipos y preparemos el interrogatorio. Necesito que me deis la identidad de los tres detenidos.

Un tenue, aunque ostensible cambio de expresión, recorrió el rostro de Oramas.

—Me vas a perdonar, Federico, pero todavía no los hemos identificado.

—Cuando lo tengas me lo llevas a mi despacho, por favor. Por cierto, yo tampoco os he dado la identidad de los asesinos de Joana —arqueó las cejas, hizo un extraño movimiento con los ojos como si quisiera rescatar algo de su memoria y continuó—: el más alto se llama Gabriel Villena Nieto, nació en Albacete en 1987. Hijo de padres separados. Su madre no fue capaz de hacer carrera de él (no sé de donde habrán sacado esta información). Tiene antecedentes penales por tráfico de droga y por robo. Con dieciséis años violó a

una chica.

—Vaya prenda —dijo Peláez—. La verdad es que tiene cara de chuleta.

—El otro se llama Dionisio Peña De la Fuente. Nacido en Madrid en 1983. Tampoco creo que esté en posesión del Graduado escolar.

—¿Tiene antecedentes? —preguntó Oramas.

—Ha sido detenido varias veces por robo.

Se repartieron el trabajo. Peláez y Torrijos quedaron en bajar a los calabozos para identificar a los detenidos. Crespo y Oramas quedaron en preparar los informes de la detención.

Se dispersaron. Las dos inspectoras marcharon al despacho de Oramas. Antes de empezar a redactar, Crespo preguntó a su compañera:

—¿Qué impresión te da todo esto?

—Creo que nuestro ritmo de trabajo es bueno —contestó masajeándose el labio inferior. Era una costumbre que Crespo solía tomar como buena señal.

—No me refiero a eso. Quiero decir que qué te parecen las coincidencias a las que nos hemos referido en la reunión.

—Sí. A mí también me parece una coincidencia extraña.

Crespo la devoró con la mirada y, presa de un repentino impulso, dijo entre sonrisas:

—Tú sospechas algo, ¿no es verdad?

—Que yo sospecho algo, no sé a qué te refieres. Te veo un poco rara. ¿Podrías explicarte mejor?

Crespo pudo percibir cómo se sonrojaba.

—No te sulfures. A ver si soy capaz de explicarme. Pablo salió de la cárcel. Unos sicarios parecen estar esperándolo para darle muerte para que sirva de ejemplo. No lo consiguen en primera instancia, pero insisten. Le hacen la vida imposible y Pablo que no tiene familia ni apenas compromisos sociales se marcha a Valencia en busca de un futuro tranquilo. Imposible. Le siguen la pista. Un buen día salen al encuentro tres matones y lo persiguen por las calles de Valencia. Pablo, que se ha preparado para la lucha callejera, les planta cara. Noquea a uno de ellos. Los otros dos lo persiguen hasta llegar a la estación de ferrocarril de Valencia. Allí cree haberlos despistado y se sube en un mercancías en marcha. Poco después, en una parada que hace el tren suben al vagón con

idea de arrebatarle la vida. Les planta cara. Pelean. Les quita una pistola y mata a uno de ellos. Le apunta al otro con la pistola y al sentir miedo se tira del tren en marcha. Con un cadáver en el mismo vagón, ¿qué te crees que hizo?

Tras escucharla con paciencia tibetana, Oramas respondió:

—Me sorprende que me hables de esa forma de tu héroe. Pero déjame decirte que yo he pensado lo mismo que tú. Si no he dicho nada al respecto es porque lo que pasó en ese vagón de tren lo han investigado los de Madrid y han llegado a la conclusión de que fue un ajuste de cuentas. Ahora estamos considerando que los dos asuntos (me refiero al asesinato de Joana y al del vagón) puedan tener conexión. En ese caso…

Con gesto apesadumbrado y sin mirarla a la cara, Crespo añadió:

—Yo no voy por ahí. Que haya matado a una persona es cosa probable, si lo ha hecho ha sido en defensa propia. Si no quiere marcharse de Cuenca, lo que podemos hacer es volver a interrogarlo para investigar a fondo la muerte de esos dos. Si conseguimos que admita que mató a la persona que apareció en el vagón del tren, el juez podría decretar prisión preventiva con fianza. Si no la paga, puede permanecer en la cárcel.

—¡Claro! E implicamos en el asunto al juez.

En ese momento entró un WhatsApp en el móvil. Miró la pantalla y lo dejó sin abrir.

—Oye, si no lo ve claro que sea él quien lo diga —respondió Crespo chasqueando los dedos.

Oramas se quedó en silencio durante un instante. A continuación trató de convencerla de que la forma de proceder que proponía no era adecuada. Se quedó mirando a su compañera un instante que se le debió de hacer eterno por el fragor con que confrontaban sus opiniones.

—Mira —replicó un tanto enojada—, lo que sí le podemos proponer es que estudie la posibilidad de que tanto Pablo como Nadia sean testigos protegidos.

—No había caído en esa posibilidad —aceptó—. Eso sería mucho mejor, ¿crees que cumplen los requisitos para que se lo concedan?

—Que yo sepa, la figura del testigo protegido está ligada a delitos graves. Y la trata de personas y el crimen organizado lo es.

—Me imagino que será la autoridad judicial quien decida si es factible protegerlos.

—Por supuesto. Me imagino que tendrá que apreciar que hay un peligro real para ambos.

—Pues, con lo que ocurrió el tres de octubre y lo de esta mañana, creo que está bien claro.

—Yo también lo creo —concluyó—, pero nosotras no somos juezas.

Oramas miró el móvil. El WhatsApp que le había entrado era de Pablo. Lo abrió y se lo enseñó a Crespo: *He hablado con Nadia y hemos reflexionado sobre lo ocurrido esta mañana. Si me envía su le envío una declaración sobre mi llegada a Cuenca*
e-mail
.

Antes de que la inspectora jefa se pusiera a redactar el informe, Crespo dijo con voz queda:

—Aquí tenemos al tercer hombre —manifestó Crespo con orgullo.

—Me lo temía.

—¿Crees que Pablo fue capaz de vaciar la caja fuerte del Club 69?

Oramas la miró por encima de las gafas y respondió enseñándole las palmas de la mano:

—Lo he pensado, pero mientras no haya denuncia…

Se acercó al oído de su jefa y concluyó Crespo:

—Quién roba a un ladrón…

Las celdas del calabozo estaban limpias y aseadas. Sin darle apenas posibilidad de ensuciarse, las paredes se pintaban cada dos años. Pero carecían de posibilidades de entretenimiento que no fuera la lectura o mirarse el ombligo. Solamente había una silla en cada celda. No era lugar adecuado para un interrogatorio; aun así, Peláez y Torrijos decidieron que sí lo era para tomar los datos personales de los detenidos. Se repartieron el trabajo y entró cada inspector en una celda con una carpeta debajo del brazo.

En la que entró Torrijos se encontró a un tipo mal encarado balanceándose en la silla y con los pies sobre la cama. Lo miró sin apenas inmutarse con una mirada fría, tranquila e inquisitoria. El inspector dejó la carpeta sobre una mesa pequeña adosada a la

pared.

—Vengo a tomar los datos de identificación. Tiene que dejarme el carnet de identidad o el pasaporte.

Sin mirarle a la cara, sacó el documento de identidad de un bolsillo y lo tiró sobre la cama con desprecio. A Torrijos no le gustó el detalle, pero lo pasó por alto.

A su compañero Peláez no le fue mucho mejor. Se encontró tumbado en la cama a un gachó con un palillo en la boca que ni se inmutó al verlo entrar. Le lanzó una mirada oblicua cuando le pidió el
D. N. I.
, pero se lo entregó.

—¿Cuándo nos van a entregar el teléfono que nos han quitado? —preguntó con voz áspera.

—Aquí no quitamos nada a nadie, caballero. Si acaso, requisamos —le contestó con la misma acritud.

Cuando salió al pasillo lo estaba esperando Torrijos.

—¿Entramos los dos a tomarle los datos al tercero? —sugirió Peláez.

—Es lo mismo que te pensaba proponer.

Cuando entraron se encontraron con la sorpresa de que lo estaban curando. Tanto uno como otro quedaron impresionados por el aspecto que presentaba su cara. Se limitaron a pedirle el documento y salieron al pasillo para tomar nota. Cuando estaban en faena, salió uno de los dos enfermeros y les preguntó:

—A este hombre le han dado duro.

—Ya lo creo —respondió Peláez.

—No nos ha sabido decir quién ha sido el agresor.

—El agresor ha sido la misma persona a la que ha intentado matar. ¿Tampoco le ha dicho que ha venido desde Barcelona para hacer dicho trabajo?

El enfermero se limitó a arquear el entrecejo.

—¿Le podría entregar usted mismo el
D. N. I.
?

Por la tarde, poco más tarde de las cinco y media, la inspectora Oramas recibió un correo de Pablo. Estaba en su estudio pintando cuando oyó el sonido. Cuando comprobó su procedencia, metió los

pinceles en el frasco de aguarrás, los agitó y los secó en un trapo que colgaba de su hombro. Se retrepó en una silla y se echó a la cara el *e-mail*:

Buenas tardes:

El motivo de enviarle este correo no es otro que rectificar la información que le di sobre mi llegada a Cuenca.

Espero que recuerde que le dije que cuando cumplí condena, una organización de malhechores intentó acabar con mi vida. De poco me sirvió huir a Valencia para encauzarla. Cuando más tranquilo estaba, tras haber encontrado un trabajo para ir tirando, me encontré con tres matones a mis espaldas y uno de ellos con una pistola en la mano. Tuve el acierto de derribar a uno de un puñetazo, los otros dos salieron a por mí. Corrí con toda mi alma hacia la estación de ferrocarril y cuando creí que los había despistado me subí a un vagón de tren que salía en esos momentos.

Lo demás ya se lo puede imaginar. Era el mismo vagón de tren en el que apareció un hombre con tres tiros en la cabeza (los mismos que recibió mi madre). Fui yo quien disparé tras arrebatarle el arma. Apunté al otro con la pistola para evitar que se me acercara y se tiró en marcha pensando que hundiría mi dedo en el gatillo. Con un cadáver en el vagón, no era un viaje muy agradable. Cuando el tren llegaba a la estación de Cuenca frenó y aproveché para tirarme en marcha. Fue en ese momento cuando apareció Nadia ante mí en estado catatónica. Me dio un gran susto. Pensando que fuese otro matón, levanté la mano para golpearle, pero me contuve a tiempo.

Si le dije en las dos ocasiones que me preguntó sobre mi llegada a Cuenca que lo hice en coche particular fue porque no quería que me relacionaran con dichas muertes, ya que lo hice en defensa propia. Tras lo que ha ocurrido durante esta mañana, no tiene sentido seguir mintiendo. Quiero iniciar por fin una nueva vida en compañía de Nadia sin necesidad de tener que abandonar esta ciudad. Por el momento necesitamos un lugar donde vivir, ya que no podemos continuar hospedados en la «Posada San José». Nuestra idea es poder hacerlo por el momento en las afueras de Cuenca hasta que se resuelvan los problemas. Como creemos que necesitamos hacer dicho traslado con la máxima cautela, es por lo que me he dirigido a usted para recibir la ayuda necesaria.

Saludos

Pablo Pérez Moreno

Leyó tres veces seguidas el documento y quedó enquistada en una agradable sensación de soledad. Dejó que su mente divagara tratando de meterse en los zapatos de Pablo para poder entender su postura. Se acercó a la ventana, miró al cielo y se embelesó con unas nubes perezosas que apenas cambiaban de forma. Con movimientos torpes y lentos, Oramas regresó a su silla y reenvió el correo recibido a sus tres compañeros.

—XI—

Sábado, 29 de octubre de 2022

A las nueve y media de la mañana caía sobre Cuenca una lluvia afilada y fría anunciando que el invierno se acercaba sin remisión. Clavada de codos en el alféizar de la ventana de su despacho, Oramas respiraba hondo. Estaba esperando a Crespo.

—Por Dios. Cierra esa ventana —escuchó su voz a su espalda—, con el frío que hace.

Se giró y respondió:

—Con lo agradable que resulta llenarte los pulmones de este aroma a tierra mojada.

—¿Nos ponemos a ello? —dijo Crespo hirviendo de rabia. El comisario les había pedido que sacrificaran la mañana del sábado y la inspectora Oramas siempre acababa convenciéndola para que aceptara sus pretensiones—. Cuanto antes empecemos, antes terminaremos —añadió.

—Vamos a empezar revisando los contactos de los móviles de los detenidos.

La miró Crespo un tanto confusa y preguntó:

—¿Podemos acceder a ello sin autorización judicial?

—Si nos centramos únicamente en los números registrados en la agenda, sí.

—¿No afecta esa circunstancia al derecho a la intimidad? —continuó Crespo.

—Estamos autorizados a realizar dicha práctica sin autorización del juez siempre y cuando esté justificada.

La miró con recelo y concluyó:

—Pues manos a la obra.

Revisaron entre los contactos de los tres teléfonos e hicieron un

listado de los que coincidían en dos o tres teléfonos. Les llevó un buen rato. Cuando acabaron el escrutinio resultó que ocho números se repetían en dos terminales, siendo dos las que se repitieron en los tres. Mientras que Oramas preparaba un informe sobre las coincidencias en los registros, Crespo miraba y miraba sin parar los teléfonos móviles. Con ojos fríos como el hielo miró a su compañera. No pudo reprimir la curiosidad de meterse en los mensajes de WhatsApp. Le dio tiempo a meterse únicamente en los dos contactos que se repetían en los tres móviles. Uno se hacía llamar Flaco. El otro, Richard. Indagando en sus contenidos, era evidente que ambos estaban implicados en el asunto. Había varios mensajes recientes: «Lo hemos localizado», «Ha salido a correr», «Aprovechad la ocasión y os venís para acá sin perder tiempo», «¿Habéis acabado con él?». El último se repitió en los tres móviles, pero se quedó sin contestar. Crespo tomó nota en un folio de los contactos y de algunos mensajes.

—Me imagino lo que estás haciendo —observó Oramas.

—Tan solo estoy tomando apuntes.

—Eres incorregible.

Con el atestado en la mano, la inspectora Oramas subió al despacho del comisario. Tras leerlo detenidamente, dijo:

—Tenemos que actuar ya mismo.

—Vamos a proceder inmediatamente a interrogarlos.

El comisario marcó el número del juzgado:

—Dígame.

—Soy el comisario. Necesito hablar con el juez de guardia urgentemente.

—Un momento. No cuelgue.

Tras doce segundos escuchando una música horrorosa sonó una voz recia:

—Luis Alcalá al habla.

—Hombre, Luis. Soy Federico, el comisario. Qué tal va la guardia.

—Salvo que venga algún impertinente a estropearlo, es un día muy tranquilo.

—Pues aquí está el tocapelotas de turno. Tengo un caso que requiere intervenir con mucha rapidez.

—¿Puedes avanzar algo?

—Es un caso que puede estar relacionado con el asesinato de la chica rumana que apareció asesinada junto al río Moscas.

—Si no estoy confundido, los dos asesinos de esa chica están identificados.

—Cierto, pero ahora han llegado tres sicarios desde Barcelona y ha intentado matar a una persona.

—¿Qué tiene que ver eso con el asesinato de Joana?

—¿Puedo subir y te lo cuento con tranquilidad?

—Por supuesto. Dime una hora.

—Ahora mismo salgo. En cinco minutos estoy allí.

Las dos inspectoras procedieron a tomar declaración a los tres detenidos. Primero les recordaron que ya les habían leído sus derechos el día anterior. El primero en ser llamado era alto, moreno y con una frente ancha debido al retroceso de la línea de pelo. Se sentó ante ellas y las miraba parpadeando como una lechuza.

—Usted se llama Hugo Latorre Hernández. Nació en Bezas, provincia de Teruel, el 8 de julio de 1987 y vive en Barcelona. ¿No es así? —inició el interrogatorio Oramas.

Silencio. Se limitó a lanzarles una mirada oblicua.

—Sabemos que viene de Barcelona. ¿Puede corroborarlo?

Un resoplido fue la respuesta a la segunda pregunta.

—¿Conoce a Carlos Reina?

—Solo quiero contestar en sede judicial. ¿No os habéis enterado todavía?

La inspectora Oramas sacó un documento en el que se especificaban sus derechos y su deseo de declarar únicamente ante el juez y en presencia de su abogado. Lo leyó y, tras una serie de miradas suspicaces, lo firmó.

El segundo detenido procedió de la misma manera. Era calvo, con la cabeza totalmente rapada. De complexión fuerte. Las miraba con arrogancia. Se llamaba José Luis Vidal Alonso. Nació el 11 de noviembre de 1983 en León. Vivía en Badalona. Ante la negativa de contestar a las preguntas que le hicieron, la inspectora jefa le puso sobre la mesa el mismo escrito que le había presentado a su compañero y lo firmó.

Las heridas del tercer detenido habían mejorado. Sin cicatrizar, la hinchazón había mejorado. Cuando el policía uniformado lo condujo hasta la sala de interrogatorios se acercó a las inspectoras

con mansedumbre. Al ser preguntado si deseaba responder a las preguntas afirmó positivamente, lo cual resultó sorprendente.

—Usted es Enrique Solé Sánchez. Nació el 30 de enero de 1982 en Els Pallaresos (Tarragona) y vive en Tarragona capital. ¿Es así?

—Es todo correcto, hasta el nombre del municipio donde nací —intentó confraternizar.

—¿Se confiesa culpable de haber intentado matar a Pablo en la mañana del 28 de octubre de 2022?

—Sí, me confieso culpable.

Estaba nervioso. Hacía visajes y se tocaba el pelo sin parar.

—¿Lo conocías antes de llegar a Cuenca?

—Estuvimos juntos cumpliendo condena en prisión.

—¿Tuvisteis algún tipo de enfrentamiento?

De sus labios brotó una sonrisa lánguida y contestó:

—Ninguno.

—Si reconoce que no hubo ningún tipo de enfrentamiento entre usted y Pablo, ¿cuál es el motivo por el que ha venido desde Barcelona para asesinarlo?

Sacudió la cabeza y se tensó su sonrisa hasta desaparecer.

—Por dinero —susurró.

—Más alto, por favor.

—He dicho que he venido desde Barcelona por dinero.

—¿Qué quiere decir que viniste desde Barcelona por dinero? —rompió Crespo su largo silencio.

Se esforzó por sonreír de nuevo, pero no lo consiguió. Llegó a ese punto en que no era suficiente con una frase corta para responder expresando todo el sentimiento que tenía acumulado bajo su piel.

—Cuando cumples condena y sales de la cárcel, empezar de nuevo de cero no es tarea fácil. Entré en ella dejando un mundo atrás. Al salir vas en busca de él y poco a poco te vas dando cuenta de que ese mundo ya no está. Ha cambiado. Pero, al mismo tiempo, te das cuenta de que tú también has cambiado. Tienes más años y no consigues encontrar trabajo. Tienes una familia que te ha recibido con los brazos abiertos, pero no puedes satisfacer sus necesidades. Te desesperas y llegas a lamentar haber nacido. Hay quien conoce perfectamente las precariedades de cierto sector de la población. Contactaron conmigo y me ofrecieron un trabajo.

—¿Quién contactó contigo? —recuperó Oramas la batuta.
—Ismael Gil.
—¿Quién es ese?
—Le llaman Flaco. Es un mandamás de una organización mafiosa que se dedica al narcotráfico y a la trata de personas.
—¿Has oído hablar de un tal Richard?
—Es otro mandamás.
—¿Has hablado con él en persona en alguna ocasión?
—No. Pero he intercambiado mensajes por WhatsApp.
—¿Conoces a César Reina? —volvió a preguntar Crespo.
—Ese es el capo.
Crespo se recogió la melena por detrás de las orejas. Era una especie de rutina de la que se había hecho esclava cada vez que se lavaba la cabeza.
—¿Te arrepientes de haber aceptado el encargo?
Enrique amohinó y se le encharcaron los ojos. Puso cara de trascendencia y dijo:
—Ya lo creo. No sé cómo pude dejarme convencer. Por favor, decidle a Pablo que estoy muy arrepentido de lo que he hecho.
«Eso lo tenías que haber pensado antes de aceptar», pensó la inspectora Oramas.
—¿Por qué crees que te eligieron para tal desempeño?
—Necesitaban a alguien que conociera a Pablo y lo pudiera identificar. Yo era el único de los tres que había tenido contacto directo con él.
—¿Conocía usted a las dos personas que lo han acompañado?
—No. Las he conocido en el viaje. Ellos pertenecen a la organización.
—¿Sabe cuál era su cometido en la organización? —perseveró Crespo.
—Cada uno se encargaba de un club de chicas.
Devolvieron a Enrique a su celda y Oramas llamó con rapidez al comisario y le contó lo ocurrido en la fase policial para que el juez pudiera tomar las medidas oportunas sin demora. Perseveró en el listado de coincidencias de los contactos telefónicos. Insistió también en la declaración de culpabilidad de Enrique por intentar asesinar a Pablo, así como el reconocimiento de que había venido a matarlo por dinero y de que estaba muy arrepentido por haberse

dejado convencer por Ismael Gil. Le hizo tomar nota de César Reina, ya que según Pablo y Enrique era el jefe mafioso de la organización.

De todo lo que le iba contando el comisario, el juez tomaba buena nota en una libreta. A medida que recibía información, su entusiasmo aumentaba. Debía de tener el cerebro un poco embrollado y le espetó:

—A ver, que me estoy liando. Vayamos por partes. Tenemos a tres detenidos en el calabozo.

—Se llaman Hugo, José Luis y Enrique.

—Correcto. Están en este escrito que me has presentado. —Su señoría se tomó un buen tiempo para escribir el nombre de los tres detenidos con los apellidos y demás datos y continuó—: De los tres, el único que ha declarado en fase policial ha sido Enrique. Los otros dos han decidido no contestar a las preguntas.

—Así es.

—¿Han firmado el documento correspondiente?

—Lo han firmado.

—Me lo tienes que hacer llegar.

—Lo haré. No te preocupes, ya lo tengo agendado.

—Me has hablado luego de dos contactos que se repiten en las agendas de los tres terminales requisados —afirmó el juez.

—Hay un tal «Flaco» y un «Richard». Flaco es el alias de Ismael Gil.

—Y por fin tenemos a César Reina que es el capo.

—Eso es.

Se quedó el juez verificando con parsimonia todos los documentos y todos los apuntes que tenía ante sí. Se masajeaba la cara. Se rascaba el cuero cabelludo. Se restregaba los ojos por debajo de las gafas y, por fin, dijo:

—Creo que el asunto es lo suficientemente grave como para decretar prisión preventiva sin fianza y abrir diligencias para investigar sus teléfonos. Ahora bien, para decretar prisión preventiva necesito un atestado que vamos a redactar ahora mismo.

—¿Qué teléfonos podemos investigar? —preguntó el comisario.

—Tienes razón, no lo he especificado. De momento los tres detenidos y los dos contactos que se repiten en los tres terminales, porque me has dicho que en la declaración de uno de los testigos los

ha señalado como miembros de una organización criminal. Si vemos que hay conexión con César Reina o aluden a él, lo investigamos también.

—Si te parece bien, vamos a empezar con el atestado, que no quiero que nos den aquí las mil y quinientas.

—Primero te voy a hablar de una cosa en la que he estado pensando. Ese Pablo del que me has hablado y esa chica rumana a la que posiblemente estén buscando corren peligro.

—Eso es evidente. A los dos los han perseguido por Cuenca con la idea de matarlos.

—Lo que voy a hacer es intentar que sean declarados testigos protegidos.

—Pero testigos de qué.

—En el momento que interrogue a los dos que no han querido declarar en fase policial los voy a condenar por intento de asesinato y pertenencia a organización de banda criminal.

—En ese caso, solo puede ser testigo protegido Pablo. ¿No es así?

—Pues no es así, no. Esta medida se extiende también a las personas que están ligadas a él por lazos afectivos.

—Eso es estupendo —dijo el comisario que apenas podía creer lo que estaba escuchando—, ten en cuenta que esta pareja no quiere marcharse de Cuenca y desean abandonar la «Posada San José», que es el lugar donde están hospedados.

—Desde luego, a mí me parece una temeridad que vivan en un hotel. Voy a solicitar documentos de nueva identidad para los dos y si tuvieran dificultades económicas se les podría ayudar para que cambiaran de residencia.

Mientras el comisario y las inspectoras Oramas y Crespo sacrificaban la mañana del sábado para acelerar los trabajos con los detenidos, en la «Posada San José» se vivía una tranquilidad otoñal. Pablo no había salido en toda la mañana de su habitación dedicándola a dejar transcurrir el tiempo ante la pantalla del televisor. Nadia salió a media mañana para asistir a una nueva sesión con la psicóloga. Se sentaron frente a frente en una tumbona cada una. Marisa la miró fijamente a los ojos y observó:

—Hoy te veo decaída. Las palabras salen apagadas de tu garganta.

Marisa no había perdido ni un solo detalle de la cadencia de sus movimientos desde que apareció en el salón. Nadia le contó todo lo ocurrido el día anterior y se lamentó:

—Apenas hemos dejado de llorar por una fatalidad cuando aparece la siguiente. Esto es un sinvivir que parece no tener fin —Nadia escupía las palabras como si le quemaran en la garganta.

—Claro que tiene fin. Ya lo creo —dijo Marisa con gesto vigoroso siendo consciente de que su paciente se había venido abajo. Nadia se quedó en silencio. Sus ojos se humedecieron. Marisa cerró los ojos durante un instante y continuó—: Tenemos tendencia a vivir los problemas en nuestro interior mucho peor de lo que son en la realidad. Te voy a contar…

—El incidente de ayer ha puesto de nuevo nuestras vidas patas arriba —le interrumpió Nadia para seguir con la negatividad en la que estaba instalada—. Tenemos que abandonar este lugar. Aquí estamos en constante peligro. Saben donde estamos, pueden entrar ahora mismo y acabar con nuestras vidas —añadió con un temblor de cuerpo como si estuviera mecido por el aire otoñal.

Horror y excitación eran los sentimientos que mejor definían el estado en que se encontraba.

Desplazó la vista por toda la estancia y, tras comprobar que todo estaba como debía, fijó la vista en Marisa que recalcó:

—Pues tienes que ver el asunto del traslado como una oportunidad para mejorar. Hazte a la idea de que un hotel no es el mejor lugar para vivir. Todos necesitamos un hogar.

—Este ha sido el único hogar que he conocido en España.

—Sé que este lugar es muy acogedor, que es un sitio inmejorable para pasar una semana de vacaciones, pero no debes tomarlo como tu hogar. Piensa que necesitas intimidad e identificarte con un lugar como si fuera tu nido particular. Y eso es lo que vas a tener dentro de poco. Por otra parte, lo que necesitas también es sacar de tu cuerpo la ira que no te deja ver más allá de la punta de tu nariz. Eso te va a ayudar a ver las cosas con otra perspectiva distinta.

—Va a resultar muy difícil —manifestó entre sollozos de angustia.

Marisa le cogió la mano y con gesto de enternecimiento dijo:

—Nadie pensó que fuera a ser fácil. Lo fácil lo hace todo el mundo, nosotras tenemos que conseguir lo difícil. Pero eres tú la

que tienes que desearlo. Tienes que tener en cuenta que los pensamientos obsesivos con los que te manejas te incapacitan.

Sintió que un aguijón se abría paso entre sus carnes. Su pecho temblaba al suspirar y su cabeza le pesaba más de la cuenta.

—¿No sé qué quieres que haga? —preguntó con rigidez.

—Te estoy pidiendo que te quieras a ti misma y que salgas del modo negativo en el que te has acomodado —le respondió con tono convincente.

—Qué fácil se dice eso —respondió sin destellos en sus ojos con el mismo ánimo de quien sube al patíbulo.

—He visto casos mucho peores que el tuyo y que han sido capaces de salir del pozo en el que cayeron. Estoy recordando en estos momentos el caso de una chica que fue víctima de abusos sexuales en su infancia y que posteriormente fue captada para ejercer la prostitución igual que tú. Cuando pudo escapar de esa situación su autoestima estaba por los suelos. La seguridad que le faltaba la buscó por medio del sexo. El hecho de sentirse deseada le hacía sentirse mejor. Acabó sintiendo un deseo insaciable, deseo que se veía obligada a satisfacer a través de la búsqueda continua de relaciones sexuales.

Nadia elevó la mirada hacia las cumbres de los cerros que coronaban el valle tratando de encontrar alivio en ellos y exclamó:

—¡Qué horror!

—Tal dependencia le afectó gravemente para poder llevar una vida con un mínimo de calidad. Ten en cuenta que debía de ocupar mucho tiempo del día para desarrollar sus experiencias sexuales. Le produjo también una gran disminución de la atención y de la concentración, lo cual le incapacitaba para su rendimiento laboral.

—¿Y todo el problema se lo causó el hecho de haber ejercido la prostitución?

—La prostitución y los abusos sexuales en su infancia. Pero la lección que debemos tomar de este caso que me ha venido a la cabeza es que pudo salir del problema. Que fue capaz de soltar el nudo de la soga que atenazaba su cuello. Y lo consiguió porque se dejó convencer.

En ese momento la pesadumbre por lo que había ocurrido el día anterior empezó a decaer en el ánimo de Nadia y tomó fuerza la idea de pensar en sí misma. El gesto de dureza en su rostro había

empezado a tornarse en un gesto de dulzura. Se relajó. Se retrepó en la tumbona. Cayó en el inmenso placer del letargo y se avino a los argumentos de Marisa.

Al comisario le escurrían gotas de sudor desde el arranque del pelo y se enmascaraban con la densidad de sus cejas. Estaban redactando el atestado policial.

—Vamos a hacer las cosas bien —decía sin parar el juez—, ya que los procesos penales se inician con ellos. Incluso, te diría que son muchas las ocasiones en que tienen una gran influencia en el desarrollo de la instrucción judicial.

—Explícame cómo quieres que te lo haga.

—En realidad, no hay reglas que precisen como hay que redactarlo. Pero procura describir la realidad omitiendo todo tipo de apreciaciones subjetivas. Lo irrelevante elúdelo.

Con la ayuda de Oramas y Crespo fue redactando un documento en el que constaba el lugar exacto, la hora, los datos personales de los agresores y del agredido, los detalles de cómo se produjeron los hechos, el material requisado, las huellas dactilares recogidas en él y el análisis balístico. Tuvo que hacer también un informe de las detenciones anteriores de los tres detenidos.

—¿Sabes lo que podías hacer, Federico?

—Haré lo que me ordene su señoría.

—Deberías ponerte en contacto con los Mossos de Esquadra y explicarles que tenéis a tres sujetos que han venido desde Barcelona y que han intentado asesinar a una persona. Explícales también que uno de ellos ha declarado en fase policial que pertenecen a una organización criminal dedicada a la trata de personas y al narcotráfico.

—Eso es algo que lo voy a hacer con mucho gusto. Ponerme en contacto con otro cuerpo policial distinto al que pertenezco es algo que lo creo muy necesario. Pero hacerlo con la policía autonómica de Cataluña me satisface en especial. Tenemos que estar por encima de nuestros políticos.

Y así ocurrió. Se puso en contacto con la Comisaría General de Investigación Criminal que le pasaron con el profesional adecuado. Una persona que se deshizo en atenciones hacia el comisario. Lo puso al corriente de todo lo que necesitaba saber: datos personales de los detenidos, organización criminal dedicada a la trata de

personas y al narcotráfico, mención por parte del único detenido que había declarado en fase policial a César Reina como jefe de dicha organización, autorización judicial para intervenir las comunicaciones telefónicas de los tres detenidos…

—Y ¿por qué no la de César Reina? —preguntó el agente de los Mossos de Esquadra.

—El juez ha estimado oportuno investigar primero a los tres detenidos. Ya sabes que la intervención de las comunicaciones es asunto muy delicado y que por menos de un cacho pan te pueden anular toda una investigación. ¿Qué pasa, que le tenéis gana al susodicho?

—Ya lo creo. Es un tipo que tiene más conchas que un galápago.

El ambiente del despacho estaba cargado. El juez abrió la ventana y entró un biruji aromatizado con tufaradas de tierra mojada. El comisario lo agradeció.

—¿Has resuelto algo con Barcelona?

—Por supuesto. Le he informado de todo lo que ha acontecido y se ha puesto a mi disposición y yo a la suya.

—Como debe ser en un país que funciona. Bien…, veo que estás cansado, pero quiero dejar todo preparado. Si lo dejo para más tarde, puede que se me olvide algún detalle y en asuntos de criminalidad conviene tener todo bien justificado. Ajustar un auto de este tipo a la ley no te creas que es fácil.

—Pero el caso que te he traído justifica plenamente la autorización.

—Hombre, claro. De no ser así, no la firmaría. Vamos a ver, te vas a marchar cuando quieras y me vas a traer esta tarde a las cuatro a los detenidos. En el momento que declaren los enviaré a la cárcel y en ese momento prepararé el escrito solicitando medidas legales de protección para esas dos personas de las que hemos hablado.

—Y ¿qué me dices del cambio de identidad?

—¿Cuántas veces han intentado asesinar al tal Pablo?

—Que yo sepa, tres.

—Pues está justificado. Para que nadie lo coaccione, tenemos que evitar que nadie sepa quién es.

—XII—

Sábado, 29 de octubre de 2022
(Por la tarde)

No mucho después de las cuatro de la tarde un furgón de la policía nacional condujo a Hugo, José Luis y Enrique al juzgado. Además del conductor, fueron acompañados por tres policías con los que intercambiaron miradas envenenadas. Enrique era el único que parecía estar angustiado. Apenas desviaba la mirada del suelo y cuando lo hacía era para mirar de soslayo a sus compañeros. De vez en cuando cerraba los ojos, como si quisiera evadirse. Pero lo cierto era que la realidad lo tenía atrapado. Estaba nervioso, parecía como si se diese cuenta de que una época agonizaba en su vida y que el mundo en el que vivía pronto iba a quedar atrás. La sensación era la de estar el tiempo detenido.

El juez fue contundente y el abogado de oficio poco pudo hacer por sus representados. ¿Quiénes son Flaco y Richard?, ¿qué motivo tenéis para matar a Pablo Pérez Moreno?, ¿quién os manda?, ¿pertenecéis a alguna organización criminal?, ¿conocéis a César Reina?, fueron preguntas tan necesarias como contundentes a las que ni Hugo ni José Luis pudieron contestar con convicción. Enrique, por el contrario, aun saliéndole la voz de su garganta entre sollozos dio explicaciones coherentes de quiénes eran Flaco y Richard y de la función que desarrollaban en la organización. A la pregunta de si pertenecía a la organización respondió de forma negativa.

—A mí me captaron únicamente para identificar a Pablo. Soy el único de los tres que lo conozco. Mi función únicamente era esa. Lo que ocurrió es que luego se complicó el asunto y…

—¿Conoces a César Reina?

—Es el capo. Personalmente no lo conozco, pero en Barcelona todo el mundo sabe de su existencia.

—¿Crees que es difícil atraparlo?

—Mucho. Goza de mucha protección.

—Pues le tenemos que hacer comprender que cuando las arañas se unen son capaces de atar a un león.

Tal y como le comunicó al comisario, el juez decretó prisión incondicional sin fianza para los tres detenidos.

Martes, 1 de noviembre de 2022

La inspectora Crespo es de esa vieja raza de personas que cuando fijan su atención en algo no cesan hasta que consiguen su propósito, aunque para ello tenga que morderle a un puercoespín. Si es preciso, es capaz de poner tanto ímpetu que se transforma en un dragón echando fuego por la boca. Como caballo espoleado, discutía con vehemencia con Oramas sobre la conveniencia de buscarle una vivienda adecuada a Nadia y a Pablo para que pasaran desapercibidos en la ciudad.

La inspectora Oramas, que conocía la facilidad con la que su compañera podía pasar de moderadamente enfadada a completamente furiosa, intentaba hacerle razonar.

—Creo que encontrar una vivienda es algo muy personal en la que influyen múltiples criterios que hacen imposible que alguien ajeno pueda elegir por las personas que van a convertir dicho espacio en su hogar.

—¿Qué quieres entonces, que se pongan a buscar piso de inmobiliaria en inmobiliaria?

—Sé que no pueden andar de ceca en meca buscando casa, pero de ahí a que seamos nosotras las que decidamos donde van a vivir…

Tragando saliva medio seca, Crespo no tuvo más remedio que reconocer en lo más recóndito de su ser que razón no le faltaba a su jefa. Pero el caso es que tenía pensado un lugar idóneo para la parejita. Había trasteado la idea de que ocuparan un chalé en la subida al cerro del Socorro e incluso había hecho por su cuenta alguna gestión al respecto.

Bostezó.

—¿Sabes lo que te digo?

—Qué.

—Que tienes razón. Pero no me rindo. Estoy pensando que los voy a llamar y les voy a hacer una propuesta.

—Eso sí me parece bien. No se puede hacer un guiso sin haber comprado los ingredientes.

—Seguramente me he precipitado.

Cuando acabó de hablar por teléfono, Crespo dijo:

—Pues ya está. Hoy como otra vez en la «Posada San José».

El gesto de Crespo cambió. El de Oramas también. La jefa dejó transcurrir unos segundos. Se acercó a su compañera consciente de que su estado de ánimo había dado un giro radical y le dijo con una sonrisa ladina que apenas pudo esconder tras su típica dulzura congénita:

—¡Uy, uy, uy! Que me está pareciendo que ese chico te está haciendo tilín, tilín.

Crespo enrojeció.

—Pero qué dices. Qué equivocada estás. ¿Es que no sabes que mi vida sentimental está resuelta? Además, ¿cómo puedes pensar que voy a levantarle el novio a una chica como Nadia? Pobre mía, lo único que le hubiera faltado para hundirla definitivamente en la miseria. Mira, yo creo que a ti sí que te vendría bien un garañón como Pablo.

Era evidente que la inspectora Crespo no tenía el buen juicio de callar cuando debía. En el despacho de Oramas imperó un silencio mortal.

A media mañana llegó el informe de detección y de identificación de huellas dactilares en las armas que les requisaron a los tres detenidos. Lo recibió el comisario. Los análisis efectuados por los expertos indicaban que se habían encontrado huellas dactilares en las tres. Había una de ellas en la que no pudieron obtenerse de forma clara, pero el estudio técnico había permitido detectar las minucias. Lo demás lo hizo el sistema automatizado de identificación de huellas dactilares. La comparación con la base de datos señaló a Hugo Latorre Hernández, José Luis Vidal Alonso y Enrique Solé Sánchez como las personas a las que pertenecían dichas huellas.

El comisario bajó en busca de la inspectora Oramas y le hizo entrega de una copia del informe.

—No nos aporta nada nuevo, pero para el juicio puede ser un documento necesario —manifestó Oramas después de leerlo.

Tras la reunión de última hora, Crespo salió pitando hacia la «Posada de San José». Si algo tiene de bueno Cuenca es que hay múltiples formas de enlazar la parte baja de la ciudad con la antigua. Inició la subida desde la Puerta de Valencia. Cruzó el río Huécar —minúsculo, saltarín y con sus aguas siempre trasparentes — y, nada más traspasar lo que queda de la antigua muralla, giró a la derecha iniciando la subida por la calle Santa Lucía. Aunque aquella mañana había aparecido en la ciudad una lechosa y escalofriante niebla agarrada en los pedruscos que escoltan a la ciudad, el sol se había abierto camino y acabó por imponer su ley haciendo remitir el frío brumoso de la mañana. La temperatura había subido. No hacía frío. Con paso decidido, se fue encaramando poco a poco por callejas retuertas en busca de la catedral. Las piernas se calentaron. Los pies le ardían. El apetito hizo acto de presencia —las tripas empezaron a rugir—. A pesar de todo disfrutaba del paseo a lo largo de la muralla. Sabía que tener lugares por donde perderse rememorando tiempos añejos era un privilegio. «Qué maravilla, nunca me canso de asomarme y poder contemplar un lugar tan lírico», se dijo a sí misma abocada sobre la muralla que cada vez se distanciaba más sobre el nivel del río.

No se cruzó con nadie (sin duda alguna, había elegido una ruta para subir tranquila). Tan solo algún perro con ladrido lastimero y el pío, pío de los gorriones agazapados entre las ramas de los árboles rompían el silencio. A pesar de ello, andaba un tanto estirada. Como lo suelen hacer las chicas que muestran la ropa de diseño en una pasarela. Era su estilo natural. Su figura se lo permitía: alta (175 centímetros), delgada, melena mediana que mueve al viento como pocas personas saben hacer, piernas muy largas y bien contorneadas que le permiten moverse con la fluidez de una bailarina, tono muscular excelente y un cutis muy bien cuidado que protege unas líneas faciales muy suaves.

Lo que se suele expresar como una chica bombón y que yo le llamo una mujer de seda.

Como el vaivén de las olas sobre la playa, los pensamientos se empujaban unos a otros en la mente de la inspectora Crespo. Con nostalgia, empezó recordando la niñez, a la cual regresaba con

cierto encanto casi sin darse cuenta. No en vano, su madre tenía una amiga en el mismo barrio por el que paseaba en esos momentos y eran muchas las visitas que le hacían para que pudiera jugar con su hija. Inmarcesibles recuerdos de las meriendas que preparaba la amiga de su madre permanecían en su memoria. Más de una noche se quedaron a cenar: el revuelto de setas de chopo con jamón y la tortilla de collejas hacía las delicias de las niñas. Eran momentos que añoraba. Había aprendido a retirar de su memoria las adversidades que no contribuían a rememorar una infancia feliz. La infancia, su pequeña Patria —el reino de lo fabuloso—. Al recordar a su madre sonrió con nostalgia, como si la estuviese viendo en el borde de la cama contándole cuentos. Pensó que la muerte es horrible, pero no se refería a los que se van sino a los que se quedan.

Pero el pensamiento que más retumbó en su cerebro tenía que ver con Pablo. Sin darse cuenta se echó a reír de nuevo. Esta vez con fuerza. Recordó lo que le había dicho la inspectora Oramas, eso de que le hacía tilín. Y se dijo a sí misma que una mentira no gana terreno porque se repita. También es cierto —insistía negando con la cabeza— que no le hacía tilín por la razón que pensaba Oramas.

Lanzó una carcajada obscena.

Estuvo a punto de atragantarse con su propia saliva.

«Esta mujer no sabe todavía el motivo por el que admiro a ese hombre. ¿No pinta ella cuadros? Pues yo escribo novelas, y me ha llamado tanto la atención que me voy a inspirar en él para diseñar el personaje principal de mi próxima novela», rumiaba para sus adentros.

Considerando que fue una conquista, cuando llegó al final de la calle Colmillo se tomó un respiro. A partir de ese momento solo quedaba llanear. Y lo iba a hacer en lo más alto de la ciudad. Contra el viento, un viento que suele azotar sin piedad en los duros días de invierno acuchillando la piel y que la ciudad resistía incólume como roca que aguanta las embestidas del mar. Porque Cuenca es una ciudad altiva en la que sus habitantes tan solo son tenues siluetas.

En la posada la estaban esperando con una copa de cerveza en la mano. El dueño del establecimiento tardó en servirle otra lo mismo que ella en conseguir que el líquido fluyera por su garganta hasta

agotarse. Había llegado sedienta y pidió otra copa.

—La primera ha servido para limpiar las telarañas —dijo—, a partir de la segunda se saborea.

Tras la tercera, se sentaron en una mesa cercana a la ventana a comer. El alcohol había hecho que se desinhibiera y la lengua, lubricada por el líquido ingerido, se aflojó. Comenzó preguntándole a Nadia por su familia y por las sesiones con la psicóloga para pasar a la sensación que le había producido la ciudad desde que llegó.

—A pesar de todas las adversidades iniciales, creo que es una ciudad muy tranquila en la que acogen a los de fuera con los brazos abiertos —respondió.

Tras jactarse orgullosa por la respuesta, Crespo reaccionó:

—Es cierto lo que dices, pero tienes que hacerte a la idea de que, como en todas partes, hay gente retrógrada que no ven con buenos ojos la presencia de extranjeros en su entorno.

Aunque un tanto devastado por los últimos acontecimientos, Pablo aprovechó la ocasión y pidió una botella de vino. Tras darle la aprobación al sumiller, escanció la bebida en tres copas.

—Un buen vino puede salvar una mala comida —dijo.

No hay que dudar de que Pablo era una persona en quien se podía confiar.

—¡Madre mía! Como siga bebiendo a este ritmo acabaré perdiendo la dignidad a no mucho tardar —advirtió Crespo.

Las mujeres retomaron la iniciativa y pasaron a hablar de Rumanía. Nadia le contó las diferencias que había entre la vida de allí y la de aquí.

—Pues yo que quieres que te diga, chica. Quedarse allí es para gente que le gusta la épica.

—O que le gusta la Naturaleza.

—Allí hay mucho tajo, desde luego. ¿De qué parte de Rumanía eres?

—De Bucovina.

—De Bucovina, de Bucovina…, eso está…, a ver… —se llevó la mano derecha a la parte posterior de su cabeza como si eso le ayudara a recordar—; creo que está por el norte.

—Sí. Está al noreste, junto a Ucrania. De hecho, es una región que está dividida entre Ucrania y Rumanía. ¿Has estado allí?

—Estuve un verano y le di la vuelta entera a Rumanía. Me llamó

mucho la atención la cantidad de bosques que hay. Los hayedos son impresionantes. Otra cosa que me gustó mucho de tu país fue la cantidad de iglesias de madera que hay.

—Y muchos monasterios —añadió con orgullo—, pero como te he dicho, es un país que agoniza.

Trajeron los primeros platos y las bocas callaron dando paso al tintineo de las cucharas que, de forma arrítmica, golpeaban los platos. A Crespo le ahogaba el silencio espeso. Esperó a terminarse la sopa y, dirigiéndose a Nadia, le informó de que los asesinos de Joana habían sido identificados. La miró, abrió los ojos todo lo que daban de sí sus párpados y sonrió.

—Es una gran noticia —dijo con los ojos brillándole como dos ascuas.

El camarero retiró los platos y las cucharas y puso en el centro de la mesa una ensalada de tomate y lechuga salpicada con trozos de queso —de la tierra, por supuesto—, aguacate y frutos secos; toda ella aliñada con aceite de oliva y vinagre de Módena. Crespo se acercó la copa de vino tinto a la nariz. La olfateó con suavidad, la inclinó hacia sus labios y jugueteó con el borde del cristal sin llegar a correr el fluido en abundancia por su garganta. Cuando se retiró el camarero les informó también de que uno de los tres detenidos había delatado a los otros dos que se habían negado a declarar en fase policial. Como no sabía estar callada, les hizo saber que los tres teléfonos estaban interceptados y que había dos números que se repetían en los móviles de los tres detenidos. Pablo advirtió que no llegaba a entender muy bien el motivo por el que habían perseguido a Nadia desde Madrid y a él desde Barcelona insinuando que debía de ser un caso único a la vez que una casualidad que hubiesen podido coincidir en Cuenca.

—Tienes toda la razón —aseveró Crespo—. A nosotros también nos ha llamado mucho la atención esas circunstancias.

Con las chuletillas de lechal chisporroteando en el plato, empezó a contarles el desarrollo de la investigación. De pronto, como si se diese cuenta que el vino estaba animando a la lengua más allá de donde correspondía, desvió el hilo del discurso.

—Oye, por cierto. ¿Seguís empeñados en afincaros en esta ciudad?

—Por supuesto —corroboró Nadia sin necesidad de consultar a

Pablo.

—Sabéis que por seguridad tenéis que abandonar este lugar.

—Sí. Creo que ya habíamos establecido que nos gustaría establecernos en algún lugar cercano a la ciudad.

Crespo repeló el hueso de la primera chuleta. Se frotó la comisura de los labios con la servilleta y dijo:

—No sé si sabéis que los tres detenidos por intentar asesinar a Pablo ya están en la cárcel.

—Pues no, no lo sabemos —saltó Pablo como un resorte.

—El juez ha decretado prisión preventiva sin fianza por intento de asesinato y por pertenencia a organización criminal…

—Eso es fabuloso —interrumpió Pablo.

—Pero no es eso todo. El juez ha establecido también declararos testigos protegidos. Eso implica que se os va a dar identidad nueva para que sea imposible encontraros.

Pablo dudó un instante si meterse en la boca el trozo de ternera que tenía pinchado en el tenedor. Se decidió por soltarlo en el plato y dijo cogiéndole la mano a Nadia:

—Eso es fabuloso.

Inmediatamente, Crespo procedió a hablarle del chalé que tenía pensado para ellos.

—Mirad, está situado allí enfrente —dijo señalando con el dedo índice—. Creo que es un lugar muy adecuado para vosotros. Grande, reformado y en plena naturaleza. Se accede a él en coche por la subida al cerro Socorro. Apenas os vais a encontrar con gente y podréis pasear entre los pinos. Para hacer compra podéis encargarla por teléfono, que es lo que hacen los dueños cuando pasan allí alguna temporada.

La chica alzó la mirada. Su rostro denotaba relajación.

Parecía claro que la idea de la inspectora le entusiasmaba.

—Entonces…, eso quiere decir que ya tenemos vivienda donde ir —dijo con el rostro iluminado.

—Sabemos que elegir un lugar para convertirlo en nuestro hogar no es tarea fácil, pero tranquila. Si confiáis en nosotros os va a resultar fácil. Lo único que tenéis que hacer es darme el sí quiero.

Y aquí se llegó a un punto en que a Nadia le pareció decisivo. Ahogó un suspiro, carraspeó y miró a Pablo con sus ojos impregnados de ilusión dando la impresión de que la decisión

dependía de él y solo de él.

—Sí, queremos —contestó Pablo con decisión.

Crespo sonrió. Se metió en la boca la magra de otra chuleta. Retiró la vista hacia un punto indefinido del paisaje y dijo cuando hubo embaulado la chicha:

—Cuando me digáis me pongo en contacto con la dueña.

La propietaria del chalé era una señora de mediana edad que tenía una librería en la zona noble de Cuenca. Ni ella, ni ninguno de sus hermanos habían hecho aprecio por él. Desde que se habían hecho mayores sus padres la vivienda estaba vacía, razón por la cual habían decidido ponerla en venta o en alquiler.

Tras cruzar sus miradas, dijo Pablo de forma expeditiva:

—Ahora mismo, si te parece oportuno.

Crespo dejó la última chuleta en el plato y salió a la puerta de la calle con el teléfono en la mano. La parejita quedó esperando los postres en silencio, intercambiando miradas y sonrisas.

—Espero que estemos sembrando ahora mismo semillas de futuro —dijo Pablo.

Tras responder Nadia con un gesto ambiguo regresó la inspectora Crespo.

—Ya está todo resuelto —dijo con expresión resolutiva—. Me acaba de decir que no hace falta firmar el contrato ahora, que lo vais a firmar cuando tengáis la nueva identidad. Mañana por la mañana irán a limpiar el chalé y por la tarde podéis instalaros en él.

—Pues muy agradecidos. Esto habrá que celebrarlo.

Crespo se dejó la última chuleta. También renunció al postre. Pablo llamó al camarero y pidió unos cubatas. Y aquí llegó ese momento fatídico en el que, a pesar de que el temor se agravaba, no supo decir «no» y se dejó arrastrar. O lo que es lo mismo, tras superar un primer impulso para poner freno a su propia autodestrucción, se dejó liar. Saboreando los efluvios balsámicos del primer *gin-tonic*, aprovechando que la lengua corría con soltura sin que la erres se enredaran por el momento y antes de que la sincronía entre su mente y su cuerpo fallara, le volvió a preguntar a Pablo por su llegada a Cuenca.

A pesar de que temía al silencio más que a un inspector de Hacienda, el alcohol le abrió el apetito parlanchín y dio toda clase de circunloquios para añadir a lo ya sabido que llegó en tren a

Cuenca, en el mismo vagón donde apareció el hombre con tres tiros en la cabeza. Declaró que fue él el autor de los tres disparos, pero dejó claro que lo hizo en defensa propia. Dijo también que, al llegar a la estación de Cuenca, se tiró en marcha y, tras unos escarceos visuales con Nadia, aseguró que cuando se encontró con ella estaba en unas condiciones deplorables. Crespo le advirtió que la inspectora Oramas estaba pensando hacer un interrogatorio para dejar zanjado dicho asunto.

—Curiosamente —añadió Pablo cogiendo de nuevo la mano de Nadia—, no ejercemos ningún control sobre nosotros mismos. Nos conocimos por azar en un momento en el que nos necesitamos. Estoy completamente seguro de que alguien —y miró en ese momento hacia arriba— movió los hilos para que tuviésemos ese encuentro. Es obvio que no somos personas que hayamos podido vivir nuestras vidas en plenitud, pero puede que nos quede todavía por delante lo suficiente para poderlas conducir por otros derroteros. No apareció ante mí en el mejor momento ni en las condiciones más apropiadas (posiblemente, ese ser superior que todo lo ve, extendió su manto protector y la puso en medio de mi camino), tuvimos que rodar y rodar bajo el agua hasta ponernos a salvo. Estuvimos a punto de despeñarnos aquella noche pero, como tantas veces me ocurre, cuando más difícil lo tengo, encuentro un último cartucho para meter en el tambor del revólver…

—Cariño…, ¿por qué no te callas un rato? —restalló la voz seca de Nadia como un látigo—. El cubata no te ha sentado bien. Estás achispado —se atrevió a añadir posiblemente ayudada por la ginebra.

Pablo le dirigió una mirada esquinada y con la mente un poco alejada de su acostumbrada realidad dijo con la lengua un poco perezosa:

—Fíjate lo que son las cosas, acabo de descubrir que eres una censora.

Nadia siguió mirándole, pero no dijo nada más. Se limitó a paladear su copa. De pronto, todo parecía haberse venido abajo. Crespo se sintió incomoda. Estuvo a punto de apurar su copa aguada por el hielo y marcharse, pero le pareció violento hacerlo en ese momento. Reflexionó en torno al alcohol. «Es ese catalizador que nos encamina a velocidad endiablada hacia la estupidez y la

gilipollez —se dijo a sí misma—. Bueno, también es cierto que a veces nos hace manifestarnos tal como somos y que enmascara inseguridades. Sea como sea, lo que creo es que es como un agujero negro: te atrapa, te atrapa y tiene tal densidad que la atracción que ejerce sobre ti no te deja despegar. Y luego, cuando se disipa y vuelves a ser la de antes, cuando ese agujero se convierte en blanco y te suelta no sabes si cargar la estupidez en el alcohol o en ti misma». Acabada la reflexión, perduraba todavía el silencio.

—Camarero, por favor, ponnos lo mismo —dijo Crespo con grandes dificultades para vocalizar con un mínimo de corrección.

—Muy bien dicho —respondió Pablo con las mismas trazas.

—Espero que no estés de servicio —añadió Nadia.

—No, no. Hace tiempo que acabó mi servicio —remató Crespo tras mirar su reloj.

Crespo se repantingó sobre la silla. Acomodó los codos en los reposabrazos y adoptó una pose de «tranquila, que un día es un día». Les sirvió el hijo del dueño. Brindaron una vez más y la parejita superó el mosqueo que los atenazaba. Echó un trago largo y el calor, que hasta ese momento tan solo había chamuscado sus mejillas, se extendió por toda su persona. Empezó a sentirse incómoda. Clavaba alternativamente el codo derecho y el izquierdo sin parar buscando el mejor acomodo.

Con lengua de trapo siguieron hablando de trivialidades. Pablo y Crespo despotricaron del gobierno. Nadia le preguntó a la inspectora Crespo si estaba emparejada. Cuando le contestó que estaba liada con Lidia apenas pudo disimular su extrañeza.

—¿Te gusta viajar? —preguntó Pablo tratando de sacar del apuro a su chica.

—Mucho. Salvo cuando trabajo, vivo para el deporte y para los viajes.

—¿Cuál es el viaje más exótico que has hecho? —se interesó Nadia.

—Hace unos veranos viajé con mi pareja a la Antártida. Deshice una inversión que hice y con las ganancias nos plantamos allí. Pero el viaje de mi vida todavía no lo he realizado. Estoy detrás de ir a Nepal y hacer un ocho mil.

No consintió tomar otro más.

—Ya estoy muy perjudicada. Si me tomo otro va a ser el que me

impida poder regresar a casa.

Pidió la cuenta, pero no tuvo la más mínima oportunidad de pagar.

Pablo no consintió que pagara nada.

—Esto lo pago yo por la buena gestión de nuestra vivienda.

Al salir a la calle, le abofeteo el frío de la noche de noviembre. Caminó hacia la calle de San Pedro. El empedrado del pavimento se le hizo difícil de patear y buscó el granito de la acera. El sudor del alcohol no tardó en enfriar su espalda. Llegó a la Plaza Mayor. Sin tener una pared cercana a la que agarrarse se sintió en precario. Cuando alcanzó los arcos del Ayuntamiento, la calle se estrechó y volvió a sentirse segura. A la altura de la iglesia de San Felipe giró a la izquierda y se intensificó la frialdad. Al estar abierta a la hoz del Huécar y recibir sus vientos sin parapeto protector, la calle Caballeros se la conoce como calle de las «Pulmonías» más que por su propio nombre. Agachó la cabeza, clavó la barbilla en el pecho y aligeró el paso hasta llegar al jardín de Solera. Se paró en un portal. Había dos niños que exhibían una siniestra calabaza con una vela encendida en su interior. Le volvió a recordar de nuevo su infancia.

—XIII—

Miércoles, 2 de noviembre de 2022

La noche anterior se metió en la cama nada más llegar a su casa y durmió de un tirón hasta que el cuerpo dijo basta. Acababa de amanecer cuando abrió el ojo. El hígado todavía no había acabado de metabolizar el exceso, pero se sentía bien. En un intento de arrancarle a la noche el último sueño, cerró los ojos, abrazó la almohada y dejó vagar su mente. Tuvo pensamientos ambivalentes. Por una parte, sintió que puso en peligro tanto su propia seguridad como su dignidad. Por otra, que nada de lo ocurrido tenía la menos importancia. Tras dieciocho minutos rodando sobre la cama como una croqueta en aceite hirviendo, se levantó. Sorprendentemente no tenía resaca. Su mente estaba intacta. Físicamente, parecía estar en forma. Al entrar en el baño fue capaz de reconocerse en el espejo. Tras una ducha que acabó por despejarla desayunó, hizo un mínimo de zafarrancho de limpieza y todavía le dio tiempo a redactar un hipotético interrogatorio sobre todo lo que le había contado Pablo sobre su llegada a Cuenca la noche del 3 de octubre.

Al llegar a la comisaría, marchó directamente al despacho de Oramas. Tras contarle la visita que realizó a Pablo y a Nadia, le presentó el documento sobre el interrogatorio que acababa de redactar. Cargó el archivo en el ordenador y dejó a su compañera sola para que lo leyese con tranquilidad. Aprovechó el momento para abrir su despacho y soltar varias carpetas que llevaba bajo el brazo. Cuando regresó le soltó Oramas de sopetón:

—¿Tú crees que Pablo lo firmará?

—Yo lo veo muy entregado.

—Para redondear el escrito podíamos simular alguna pregunta en la que implique a Flaco, Richard y a César Reina. Si lo firma lo

mandamos a los que llevaron el caso de Madrid y que obren en consecuencia.

Tras dibujar un gesto de aceptación en su rostro, dijo Crespo:

—Pues mira, no está mal tirada esa idea. Ahora mismo rectifico el escrito.

Viernes, 4 de noviembre de 2022

La reunión del equipo estaba siendo tensa. Ocurría cada vez que no había novedades o que las ideas escaseaban. Como adolescentes en la edad del pavo, demostrando que la estupidez no tiene edad, se enzarzaban con pellizcos de monja que no venían a cuento. Sin cesar, Oramas intentaba mantener la calma en el grupo, pero debía ser que no lo hacía con la suficiente contundencia. Tuvo que ser el comisario quien pusiera orden. Y lo hizo irrumpiendo en la reunión tras dar dos golpes suaves en la puerta. Entró, esperó con su acostumbrada apostura a que terminara de hablar el que estaba en uso de la palabra y dijo:

—Me acaba de llamar un comisario de los Mossos de Esquadra y me ha comunicado que la unidad que se ha encargado de rastrear los teléfonos de Flaco y de Richard han comprobado que uno de ellos ha tenido comunicación con César Reina…

—Eso quiere decir que… —le interrumpió Torrijos.

—Eso quiere decir que el teléfono de ese sujeto será también investigado —aclaró el comisario.

—¿Se sabe algo de la nueva identidad de Pablo y Nadia? —preguntó Crespo.

—Por el momento no ha habido novedades al respecto —respondió—. Por cierto, se me olvidó preguntar si han hecho ya el cambio de domicilio.

—El miércoles por la tarde abandonaron el hotel e hicieron la mudanza. Yo misma les encontré la vivienda.

—Buen trabajo, inspectora Crespo. ¿Con qué nombre se ha hecho el contrato?

—Por el momento está pendiente de las nuevas identidades.

—Mejor todavía.

—¿Se va a proceder a la detección del tal César Reina? —se sumó Peláez a la interpelación.

—Por el momento no.

—¿Se puede saber el motivo? —insistió Peláez.

—Desmantelar una organización criminal no es tarea fácil. Requiere grandes dosis de buen hacer. Si te precipitas puedes tirarlo todo por la borda. Tened en cuenta que una organización mafiosa es como esa bestia acuática que tenía muchas cabezas.

—Por lo menos cuéntanos el carácter de la comunicación con César Reina —requirió Oramas.

—Parece ser que ha ordenado acabar con la vida de Pablo y ha dejado bien claro que había que contactar con Enrique Solé.

—Ese es el arrepentido, ¿no es así? —vaciló Crespo.

—Sí. Incluso ha hablado del dinero que había que pagarle.

—Veinte mil —añadió Crespo.

—Esa es la cifra que me han dicho.

Cuando se marchó el comisario, la reunión continuó sin ningún tipo de sobresalto. Se olvidaron todos del estilo punzante, recogieron el aguijón para mejor ocasión, pasaron a las sonrisas de desquite y se centraron en las novedades. Convencidos de que la razón estaba de su parte, tuvieron la sensación de que el caso estaba llegando al final y que poco les quedaba por hacer. Oramas sacó la declaración firmada por Pablo de cómo llegó a Cuenca y de todas las vicisitudes por las que tuvo que pasar para llegar. Para evitar asechanzas, Crespo subió en bicicleta a su nuevo domicilio. Pablo firmó el documento sin tomarse la molestia de leerla. La inspectora se la leyó en voz alta.

—Lo que acabas de escuchar es lo que has firmado —ultimó la gestión.

Martes, 8 de noviembre de 2022

La colaboración y la coordinación entre los Mossos de Esquadra y la Policía Nacional estaba resultando ejemplar. Atrás habían quedado ya viejas rencillas, lo cual redundaba en resultados positivos. Se compartieron bases de datos. Los funcionarios de uno y otro cuerpo se auxiliaban y cruzaban información. Todo parecía haber vuelto a la normalidad.

El teléfono del comisario sonó a media mañana. Lo cogió trabajando en un documento relacionado con el orden, la seguridad

pública y la prevención de la delincuencia. Levantó el auricular tras escuchar el tercer tono. El policía que le pasó la llamada le anunció que lo llamaban desde Barcelona.

—Aquí el comisario Federico Alarcón Álvarez. ¿Con quién hablo?

—Soy Jaume Costa Soler, estuvimos hablando hace cuatro días sobre las pesquisas realizadas sobre el caso de César Reina.

—Lo recuerdo perfectamente. ¿Hay novedades?

—Las hay, ya lo creo. Pero me vas a permitir discreción al máximo. Lo único que te puedo decir es que hemos tocado fibra sensible. Lo que sí os pido es paciencia y prudencia. Procuraré estar en contacto contigo y te informaré de todo lo que pueda dentro de la necesaria reserva para estos casos. Por lo pronto, déjame decirte que estamos coordinados con los de Madrid.

—Pues ya me has dicho bastante. Respecto a la cooperación entre las dos policías, después de lo que ocurrió hace unos años, es algo que me congratula de forma especial.

—Lo mismo digo. Aquello fue algo que nos debe avergonzar a todos.

Miércoles, 9 de noviembre de 2022

Oramas recibió la información de que dos de los encarcelados no habían utilizado el teléfono. Enrique Solé tan solo se había comunicado con su familia. Le pareció coherente, ya que —pensó— eran sabedores de que estaban intervenidos. Veinte minutos después, el comisario bajó a comunicarle que los asesinos de Joana estaban localizados.

—Eso es una noticia estupenda —manifestó Oramas—, supongo que no será buen momento para detenerlos.

—Por supuesto que no. Son un buen cebo para atrapar a los peces gordos.

Oramas se quedó mirándolo fijamente a los ojos. El comisario se sintió un tanto desconcertado, sin saber descifrar dicha mirada.

—¿Sabes lo que estoy pensando? —dijo con una sonrisa socarrona chorreándole por la comisura de los labios.

—Pues no. La verdad es que estoy en fuera de juego.

—Lo que me ronda en la cabeza es que el caso lo hemos

resuelto.

Le devolvió la mirada con gesto agradable y ratificó.

—No te equivocas. Es cierto, a los asesinos de Joana solo falta echarles el guante. Pero deseo que vuestra victoria vaya mucho más lejos.

—Me imagino hacia donde apuntas. ¡Ojalá se cumplan tus deseos!

Cuando se marchó el comisario, se quedó durante un tiempo indeterminado con la vista perdida en ninguna parte. Fueron momentos gozosos. «Hemos vencido a la maldad una vez más», se dijo con satisfacción a sí misma. Un extraño y agradable acceso de frenesí se hizo sentir en sus venas. No quiso quebrantar el silencio del momento y lo convirtió en un instante eterno. Tras unos minutos interminables, se levantó y caminó en busca de la inspectora Crespo. No consideró oportuno reunir al equipo para comunicarles la noticia. Prefirió contárselo de uno en uno y empezó por ella: su alma gemela.

La recibió con una mirada aséptica. Cuando le explicó el motivo de la mirada quedaron mirándose con ojos cálidos. Crespo se acercó, juntaron sus cuerpos y se ovillaron en un ardoroso abrazo.

—Otra vez lo hemos conseguido —dijo Crespo.

—Y mientras estemos unidos no se nos escapará ni uno —respondió con firmeza—. El vínculo que hemos sido capaces de fraguar entre los cuatro es la clave de nuestro éxito.

Con la misma pasión visitó a Peláez y a Torrijos por ese orden para dar cuenta de las novedades. Una tenue sonrisita apareció en los ojos de uno y de otro. Torrijos afirmó:

—Aunque resolver un caso no es ninguna sorpresa para ti, cerrarlo da una satisfacción enorme.

Lunes, 14 de noviembre de 2022

Si hacía seis días el comisario había recibido la llamada de un comisario de los Mossos de Esquadra, ahora era la Policía Nacional desde Madrid quien lo llamaba. Concretamente lo hacían desde la Brigada Central de Crimen Organizado: «Esto parece que va en serio», pensó el comisario.

La llamada era consecuencia de las escuchas que se estaban

realizando. En concreto, le preguntaron si tenía idea de quien era Narcís Dinu Munteanu.

—Pues, mire usted. Por ese nombre no conozco a nadie.

—Es que investigando el teléfono de los asesinos de la chica rumana asesinada en Cuenca…

—Se llama Joana Barbu Georgescu.

—Pues, como le decía, se ha detectado una comunicación con el tal Narcís.

—Pero…, me acaba de venir a la memoria que el dueño del club en el que trabajó Joana se puso en contacto telefónico con él, que estaba hospedado en un hotel. Pero poco antes de que llegara la policía a detenerlo había salido pitando. Si le parece bien, lo que voy a hacer es ponerme en contacto ahora mismo con el equipo que ha investigado el caso por si tienen más información y lo llamo a lo largo de la mañana.

—Dele prioridad a este asunto, por favor.

Le dio su nombre y su teléfono y Federico se dispuso a recoger toda la información que pudo. Bajó al despacho de Oramas y le preguntó por el individuo en cuestión.

—Ese es el que capta a las chicas en Rumanía.

—Justo lo que he pensado. Podrías llamar a Nadia para ver si puede añadir alguna información.

Y así lo hizo. Se encargó ella misma de hacer la llamada. La encontró con buen ánimo. Reconoció que la nueva vivienda y los paseos por el bosque le estaban sentando de maravilla tanto a ella como a Pablo. Cuando pronunció la inspectora Oramas el nombre de su captor, dijo:

—Ese es el cabrón que ha echado mi vida a perder.

—Es el que te captó en Rumanía, ¿verdad?

—Me engañó diciéndome que iba a trabajar en un hotel. Me quitó el pasaporte diciéndome que lo necesitaba para no sé qué formalidades y me llevó a un club para explotarme sexualmente. Creo que son varios los delitos que se le pueden aplicar en caso de que le echen el guante.

—Se te han olvidado los de cooperación con organización criminal e inmigración ilegal.

No pudo darle Oramas información de todos los avances que se estaban dando en el caso, pero sí le dijo que los asesinos de Joana

estaban localizados y que la cooperación entre Madrid y Barcelona podría dar resultados sorprendentes en cualquier momento. Sabedora de la situación por la que estaba pasando Nadia y de tantos dolores como habría en su cuerpo guardados durante tanto tiempo, lo dijo con tono afable, tratando de evitar cualquier ápice de revanchismo. Y así fue recibido por ella. Se alegró mucho por todo lo que le comunicó Oramas recibiéndolo con placidez.

Con todos los testimonios recibidos de una y la otra, el comisario hizo un amplio informe antes de telefonear a Madrid. Le contó todo lo que había averiguado y le dijo que le mandaría un archivo a su correo con todos los detalles. El comisario no se resistió a preguntar si continuaba la cooperación entre Barcelona y Madrid.

—No solo continúa, sino que está dando buenos resultados. Por lo que hemos averiguado, hay chicha.

Le hubiese hecho muchas preguntas más, pero la prudencia es una de las virtudes del comisario.

Esa mañana, como era costumbre cada vez que cerraban un caso, marcharon a festejarlo a la cantina —así es como la llamaban parte de los funcionarios policiales—. Oramas se disculpó. Marchó en busca del comisario y le pidió permiso para ausentarse.

—Aprovechando el momento, voy a llevar a la perra al veterinario.

—Márchate tranquila y no vuelvas hasta mañana.

Se dirigió por la calle del Agua hacia las escaleras del Gallo, desde donde se inicia la subida a la parte antigua de la ciudad por la calle González Francés (antigua calle de las Tablas). Al llegar a la plaza de Santo Domingo se encaramó por la Bajada de San Andrés para enlazar con la calle Andrés de Cabrera a la altura de la iglesia de San Felipe. Desde allí enlazó con Alfonso VIII para llegar a la Plaza Mayor.

Al entrar en su casa, la cocina estaba patas arriba. Ajos por aquí. Aceite de oliva por allá. Que si chorizo, que si morcilla, que si panceta. Una harina oscura en un plato. Especias de distintas clases…

—¿Qué estáis haciendo? —dijo dirigiéndose a su madre y a una amiga de ella que parecía llevar la voz cantante.

—Pues que ha venido mi amiga Gregoria para enseñarme a hacer las gachas.

—No te dejes embaucar por mi madre, que es una lianta —advirtió Oramas dirigiéndose a Gregoria.

—Llevábamos ya tiempo diciendo que teníamos que hacer gachas y he sido yo la que la ha llamado hoy para hacerlas. Le he preguntado que si era buen día y…, en fin, aquí estamos.

Son típicas de la Mancha. Una receta que la podemos considerar de cocina pobre. Una comida muy apropiada para que entraran en calor los pastores en los días de invierno. Un plato tan sabroso como contundente para el que se precisa harina de almorta y apto para gente que quema calorías.

—Y tú, ¿cómo es que has venido hoy tan temprano? —preguntó la madre.

—Porque voy a llevar la perra al veterinario. Hay que mirarle esa pata.

—¿Se sabe algo de los que mataron a esa chica?

—Todavía no.

Sábado, 19 de noviembre de 2022

La niebla dotaba a la ciudad de un misterio especial. Un silencio opaco tan solo roto por algún pez que saltaba de vez en cuando sobre las verdes aguas del Júcar imperaba en el puente de los Descalzos. Junto a la fuente del Abanico, Crespo y Oramas estiraban los músculos antes de iniciar la carrera. Habían quedado temprano para hacer cuestas y fortalecer las piernas. Rodearon el juego de bolos y comenzaron a subir hacia la ermita de las Angustias a partir de un tilo que había en la curva donde empezaba a empinarse la carretera. En medio de aquella inhóspita frialdad comenzaron la ascensión hacia la parte alta. Conscientes de que la meta estaba lejos y de que la pendiente era intensa, empezaron con suavidad acelerando cuando la cuesta lo permitía.

La primera vez que llegaron al museo Zabala llegaron echando el bofe. Se podía escuchar no solo el resuello de la respiración acelerada sino hasta los latidos de sus corazones. Sin pararse a recuperar fuerzas, sin dar un vistazo panorámico tornasolado por una intensa luz lechosa, regresaron por donde habían subido para iniciar la segunda subida. Oramas se retiró exhausta en la quinta subida. Crespo fue capaz de aguantar seis. Con el rostro inflamado,

agotadas hasta le extenuación, destilando sudor por todos sus poros, las dos se juntaron en la explanada formada entre el convento de Franciscanos Descalzos y la ermita de las Angustias. Los gorriones revoloteaban sobre sus cabezas en un ir y venir sin sentido llenando el espacio con sus gorjeos. Acudieron a la fuente que hay bajo el roquedo que sostiene la ciudad y se refrescaron.

Crespo echó un trago.

—Bebe —dijo—, dicen que quien lo hace encuentra novio.

Bebió.

Se apoyaron en la barandilla y se abocaron hacia el río. Hicieron flexiones para relajar el cuerpo. Se sentaron en el poyete y Oramas preguntó a su compañera si conocía la historia del convento de los Franciscanos Descalzos.

—Es una construcción del siglo XVI.

—Por el estilo de la arquitectura, eso ya lo suponía yo.

—Estuvo bajo la tradición de la Compañía de Jesús hasta que en 1835 se puso en práctica la desamortización de Mendizábal y se abandonó el edificio. Se cuenta que por las noches sonaba la campana. Tras invocar a un episodio sobrenatural, se pudo comprobar que se había quedado escondido en el convento un fraile muy viejo que era quien la hacía sonar.

Al llegar al muro del convento, se pararon junto a una cruz que había en el atrio y que es conocida como la Cruz del Convertido. Crespo le hizo observar a Oramas que había una mano esculpida que según la leyenda fue la mano de Don Diego.

—¿Quién fue ese señor? —preguntó Oramas.

—Un libertino que sedujo a una bella mujer que resultó ser el demonio. El terror y el arrepentimiento fue tan grande que ingresó en el convento para expiar sus culpas.

—El diablo siempre se encuentra metido en este tipo de leyendas piadosas —respondió Oramas, a la que tanto interés le suscitaban este tipo de historias.

Siguieron la cuesta muy despacio.

Una cuesta que te transporta indefectiblemente a tiempos pretéritos.

Tras un silencio inexcusable, observó Crespo:

—Pues el caso lo hemos resuelto relativamente pronto, ¿no crees?

Oramas se paró. Hablar y andar no se puede dar a la vez en dicha subida. Su rostro estaba coloreado de un rojo púrpura.

—No ha sido un caso muy complicado y con la ayuda de Pablo no hemos dado palos de ciego.

—Ese hombre ha hecho méritos suficientes para que lo fichemos en la comisaría. Desde que apareció el cadáver no ha hecho nada más que abrir caminos para llegar a los asesinos.

—No sería mala idea.

—¿Crees que podrán acabar con esa organización mafiosa?

—Mira…, yo creo que fácil no es. Pero si el Estado no ofrece resquicios y Cataluña y Madrid trabajan coordinados, no te quepa la menor duda de que acabarán con ello. En fin…, espero que al final podamos brindar pletóricos de satisfacción.

Al llegar a la fuente de la Plaza Mayor volvieron a refrescarse.

—Lo suyo es que tomemos una cerveza fresquita —propuso Crespo—, hay pocos días que nos la hayamos merecido más que hoy.

Tras unos segundos de dudas, respondió:

—Mejor, vamos a ir a mi casa. Mi madre hizo el lunes unas gachas que están para chuparse los dedos.

—No me digas que tu madre sabe hacer gachas…

Se encaminaron hacia la calle Pilares.

Corría un viento norteño que acuchillaba con filo fino.

—XIV—

Jueves, 24 de noviembre de 2022

Desde Madrid llamaron al comisario y le comunicaron que, tras recibir el escrito del interrogatorio de Pablo Pérez Moreno, puestos en contacto con los Mossos de Esquadra, habían descubierto que César Reina se había comunicado por teléfono con un tal Carlos Barbadillo Luján.

—No me suena ese nombre —dijo el comisario.

—Tranquilo. No tiene por qué sonarte. Es el capo de la organización criminal.

—¡Fabuloso! No te puedes ni imaginar las ganas que tenía de escuchar esta noticia. Por cierto, ¿lo tenéis localizado?

—Lo tenemos gracias a una de las chicas que se escaparon del Club 69. Se llama Natasha.

—Tampoco me suena ese nombre.

—Pues ella conoce al Pablo ese del que hemos hablado.

El comisario se pasó la mano por la frente y tomó nota del nombre en un papel.

—¿Has dicho que se llamaba Natasha?

—Eso es. La chica ejerce la prostitución en Madrid y al acudir a un hotel para realizar un servicio lo ha visto y nos ha llamado. Ahora mismo lo tenemos estrechamente vigilado.

—¿A quién hay que felicitar por la posible detención de ese monstruo?

—Los Mossos de Esquadra están haciendo un gran trabajo para que ello sea posible, pero esa chica nos ha facilitado mucho las cosas al ponerse en contacto con la Policía Nacional.

Cuando colgó, el comisario, henchido de satisfacción, estuvo varios minutos pensando retrepado en su sillón con las manos

puestas en la nuca. Anduvo dilucidando si compartía información con el equipo de Oramas. Compartir la alegría de tal captura competía con el temor de que se malograra la operación caso de que alguna boca descarriada dijese algo improcedente en algún lugar inapropiado. Quizá se dejó arrastrar por la imprudencia. El caso es que decidió poner la información recibida al servicio de todo el equipo. Llamó a la inspectora Oramas y le hizo reunirlos a todos. Sonaba «Suzanne», de Leonard Cohen, cuando llegó a su despacho.

—La música es preciosa, pero un poco triste para la noticia que os voy a dar.

Oramas se levantó. Marchó hacia su portátil y puso «Proud Mary», la canción de la Creedence Clearwater Revival cantada por Tina Turner. Una canción inspirada en un barco con el mismo nombre que la canción.

—No sé si será muy apropiada para utilizarla como música de fondo, pero, sin lugar a dudas, me trae grandes recuerdos —dijo el comisario—. Ponla baja, por favor.

Cuando les contó las novedades, sus palabras los arrastraron a una irresistible euforia. No pudieron reprimir el gozo que invadió sus cuerpos y acabaron gritando hurras. Los ojos de Crespo se encharcaron y soltaron alguna lágrima.

—¿Conocéis alguno a Natasha? —preguntó el comisario.

Nadie contestó.

La canción de La Creedence avanzaba irremediablemente sin que nadie pareciera hacerle mucho caso.

La inspectora Crespo envió un wasap a Pablo:

¿Tienes alguna amiga llamada Natasha?

Es una de las chicas que había en el Club 69 cuando fui a liberarlas. Me acompañó hasta Madrid y no he sabido nada más de ella. ¿Por qué me lo preguntas? —contestó de inmediato.

Es largo de contar. Te lo explicaré en otro momento.

Crespo transmitió el mensaje a sus compañeros.

—Ese hombre es más valioso de lo que parece a simple vista —añadió con energía, deteniéndose y observando los rostros con especial atención—. No me digáis que no es para concederle una medalla.

—Lo sé, lo sé —replicó el comisario. La amabilidad con que

emitió dichas palabras suavizó el tono. Sonrió a Crespo y añadió—: A mí no me importaría proponerlo para la medalla al Mérito Civil.

Crespo se hinchó los pulmones de aire y contestó:

—A Natasha deberíamos ayudarle para que pueda abandonar la prostitución.

El comisario sonrió sorprendido y añadió:

—Tengo la sensación de que ya hay alguien trabajando en ese asunto. Nuestras leyes contemplan tal situación. ¿No recordáis cuando hablamos del Marco de Protección de las Víctimas de Trata de Personas?

—Tienes razón. Fue no hace muchos días cuando, digamos…, estuvimos estudiando el asunto para ayudar a Nadia. Tendré que darle otra vuelta al asunto en el momento que tenga tiempo.

—Oye, Federico —dijo Oramas—, ¿tienes solo la sensación o también la certeza de que están ayudando a Natasha?

El comisario suspiró sin darle demasiada importancia al entrometimiento de Oramas.

—Certeza no tengo, pero… Lo único que hago es aplicar la lógica, y la lógica me dice que esa chica está atendida.

Se despidió de los cuatro con una sonrisa rasgada. Les dio la espalda con gesto digno y caminó con decisión hacia su despacho.

Lunes, 28 de noviembre de 2022

«La mayor mafia de trata de seres humanos desarticulada en Madrid y Barcelona ha tenido lugar gracias al buen hacer de la inspectora jefa María del Mar Ayuso Oramas y su equipo de investigación. En una operación conjunta de la Guardia Civil, la Policía Nacional, los Mossos de Esquadra y la Agencia Tributaria se han llevado a cabo una serie de 40 registros en domicilios y clubs de alterne interviniéndose seiscientos cincuenta kilos de cocaína y trescientos de marihuana. La organización criminal captaba mujeres del este de Europa y de Centroamérica, las traía a España prometiéndoles una vida mejor para obligarlas posteriormente a prostituirse y a vender diferentes clases de estupefacientes como cocaína, marihuana y éxtasis.

El fiscal pide penas entre 12 y 75 años para los 38 detenidos. Aunque la mayoría de ellos son ciudadanos españoles, entre los que

hay tres policías y cuatro agentes de la Policía Portuaria de Barcelona, dos diputados del parlamento madrileño y uno de la Generalitat, hay personas extranjeras que han sido capturadas en Rumanía, por lo que se puede considerar una operación internacional contra la trata de personas.

Durante dicha investigación se ha conocido la ruta que utilizaban los captores para traficar con las migrantes, exponiéndolas a todo tipo de vejámenes. Las chicas captadas eran encerradas en hoteles o casas de acogida contra su voluntad quitándoles los pasaportes o cualquier otra pertenencia.

Han sido requisados también veinte vehículos de alta gama, joyas y relojes de lujo. Van a ser juzgadas estas personas por delitos de trata de seres humanos con fines de explotación sexual, delitos de prostitución, inmigración ilegal, falsedad documental y cooperación con organización criminal» —fueron las palabras con que abrió el informativo del mediodía el locutor.

Entre los detenidos se encontraban Narcís Dinu Munteanu —el mafioso que captó a Nadia en Rumanía—, Gabriel Villena Nieto y Dionisio Peña de la Fuente —los asesinos de Joana—, Flaco y Richard —los dos que aparecieron en el listado de contactos de las tres personas detenidas por intentar asesinar a Pablo—, Moisés Silva Bejarano —el encargado principal del Club 69—, José María González Ruiz, Gonzalo Pérez Calvo y Juan Jesús Díaz Zamora —policías nacionales—, Javier Villar Plaza y Andrés Molina Cabezas —diputados en la Asamblea de Madrid y en el Congreso de los Diputados—, Jaume Domenech Ferré —diputado en la Generalitat—, David Foix Sarrión —autoridad portuaria que fue detenido junto con cuatro agentes de la Policía Portuaria—, Carlos Reina —empresario de dudosa reputación— y el capo Carlos Barbadillo Luján.

Inevitablemente, Gabriel Villena y Dionisio Peña se pusieron en contacto con Moisés. Los envió para darle matarile a las dos rumanas. «Hemos capturado a una, la otra se nos ha despistado. ¿Qué hacemos?, —preguntaron—. Matadla y veniros para acá», contestó Moisés. Los tres policías se dejaron pringar por Moisés. La investigación realizada por asuntos internos esclareció la relación de dichos agentes con la organización criminal. En concreto, se les acusaron por un delito de tráfico de estupefacientes. Al realizarse el

registro de sus domicilios se encontraron lámparas, alógenos y consolas de aires acondicionados que se utilizaban para cultivar marihuana. En total se desmantelaron seis plantaciones. Según escuchas telefónicas, los tres policías abusaron sexualmente de varias chicas que estaban retenidas en diferentes puticlubs.

Los cuatro agentes de la Policía Portuaria de Barcelona actuaban en connivencia de David Foix Sarrión, una de las 28 autoridades portuarias encargadas de la gestión del puerto. Su misión era encargarse de que el puerto fuese una autentica pista para que la cocaína aterrizase en Barcelona sin sobresaltos. Se les pudo detener al detectarse una llamada de César Reina a David Foix en la que avisaba de la entrada de un contenedor.

Narcís Dinu Munteano negó todo tipo de relación con la organización, pero no solo jugó en su contra la comunicación telefónica con Moisés sino que tres chicas rumanas que habían sido obligadas a mantener relaciones sexuales lo identificaron como la persona que las habían traído a España engañadas.

La investigación no se detuvo en la parte baja de la cadena criminal. Se detectaron vínculos entre la trata y las autoridades políticas. Tanto los diputados madrileños como el catalán se encargaban de consolidar las redes de explotación generando protección. Se hacía la vista gorda a la hora de controlar los locales nocturnos por parte de la policía. Se solía mirar para otro lado en lo referente a movimientos migratorios, permitiendo si fuera preciso la entrada de menores. Se permitía falsificar documentación. En resumen, se facilitaban las cosas en el lugar de explotación y en la forma de ingreso en el país. La corrupción de dichos políticos se concretaba en cobros periódicos de dinero y favores sexuales.

A Carlos Barbadillo se pudo llegar por un camino doble. Por un lado, se detectó una llamada por parte de Moisés. Por otra, fue César Reina quien se puso en comunicación con él. Los policías que procedieron a su detención dijeron que se puso en actitud desafiante y que se tuvieron que emplear con intensidad para contener el impulso de sus guardaespaldas. El capo se enfrentó de forma violenta con los policías y tuvieron que hacer uso de su fuerza para detenerlo. Los amenazó diciendo «sois hombres muertos, me enteraré dónde vivís y vuestras familias pagarán las consecuencias».

Viernes, 9 de diciembre de 2022

De la información al espectáculo. Todos los canales de televisión revoloteaban en torno a la noticia destilando indignación por todos sus poros. La investigación seguía. Si inicialmente se habló de delitos de trata de seres humanos con fines de explotación sexual, delitos de prostitución, inmigración ilegal, falsedad documental y cooperación con organización criminal; la policía había estudiado con detenimiento también los flujos y el paradero de las ganancias ilícitas. Los mafiosos habían integrado los fondos ilícitos en empresas con apariencia legales y en bancos de todo el mundo. El número de empresas era muy alto. La cantidad de dinero que había salido del país de forma ilegal también. Pero la estrecha cooperación entre las distintas fuerzas de orden público dio resultado. A pesar de que haya ocasiones en que se empeñe la clase política en dejar de hacer sus funciones, el funcionariado sabe lo que tiene que hacer, se osmotiza y surge una influencia mutua entre las dos partes. Como el agua en abundancia, siempre acaba apareciendo por algún sitio. Eso fue lo que ocurrió entre Cataluña y el resto del Estado español con el resultado de que se pudo desenmascarar a los culpables y los bienes adquiridos pudieron ser confiscados.

Y los medios de comunicación, fieles al cumplimiento de sus obligaciones, seguían comentando las noticias del caso. Pero allí donde escaseaban, cada contertulio echaba mano de la imaginación y soltaba algún que otro disparate que venía a sonar como un cencerro tras una sinfonía de Tchaikovsky.

—XV—

Sábado, 17 de diciembre de 2022

La hoz del Huécar empezaba a blanquear. Había amanecido nebusqueando, pero con poca intensidad. A partir del mediodía apretó la tormenta de nieve hasta que, por fin, cuajó en la que vino a ser la primera nevada de la temporada. Una nevada poco habitual a estas alturas del invierno, por cierto. Suelen ser más frecuentes en la ciudad a partir de mediados del mes de enero.

Hacía poco más de dos horas que se había puesto el sol y los invitados empezaban a llegar a casa de Pablo y de Nadia. Una casa que, por su altitud, parecía presidir la hoz. Desde allí competía en altura con las casas más altas de la parte antigua de la ciudad. Se podía contemplar también el puente de San Pablo, que enlazaba la vieja ciudad con el convento de los Paúles, transformado en la actualidad en un Parador de ensueño. Por el fondo del valle caminaba perezoso el río. No se le veía, pero se le intuía por la vegetación de ribera. Y, enfrente, en las alturas, como deidad absoluta de la noche, refractada de luces, se alzaba la ciudad.

Le acompañaban a la pareja, Natasha. Habían podido localizarla por medio de la policía y la habían invitado a compartir alegrías. Había pasado la noche con ellos y le parecía un lugar prodigioso. «Un milagro de la Naturaleza», lo definió ella misma.

—¿Por qué has vuelto a la prostitución? —le soltó Nadia de sopetón antes de que llegaran los demás invitados.

Entonces se sintió como un ratoncillo entre los cinco dedos de un humano.

—No es fácil volver a la vida después de tanto tiempo.

—Sí, claro. Y por eso has escogido lo más fácil.

—No sé a qué te refieres.

—Has aprovechado ese cuerpo tan bonito que tienes para seguir siendo esclava —silencio. Natasha amohinó. Estuvo a punto de echarse a llorar. Como Nadia no encontró respuesta, continuó—: Yo creo en los sueños. A veces se cumplen. Me gustaría que tú también creyeras.

Silencio de nuevo. O Nadia no se estaba expresando bien o Natasha no sabía captar lo que intentaba decirle su amiga.

—Lo único que queremos —intervino Pablo— es servir de puente para que regreses a tu propia vida.

A partir de ese momento, más que por las palabras, por el tono que empleó Pablo, se dio cuenta que la querían ayudar.

—¿Qué puente es ese del que me hablas? Yo solo veo un puente —dijo señalando tras el cristal de la ventana al puente San Pablo.

—Como ves, ese puente une las dos crestas de la hoz. Nosotros queremos construir otro puente que una tu presente con tu pasado.

Tras recibir un gran impacto emocional dijo con cierta inquietud:

—Eso va a resultar muy difícil.

—La cuestión es que quieras o no quieras.

—Por supuesto que quiero.

—Te tienes que retrotraer al día que llegaste a España. Venías llena de ilusión. ¿No es así?

—Por supuesto —contestó ya con el rostro iluminado—. Vine para trabajar en un hotel.

—Pues eso es lo que va a ocurrir si tú quieres.

—Eso quiere decir…

—Eso quiere decir —le interrumpió Pablo— que Nadia y yo vamos a montar un hotel y queremos que seas tú una de las personas que trabajes en él.

—Ahora entiendo lo del puente al pasado.

—Ya tenemos pensado el local.

—¿Dónde va a estar situado el hotel?

—En la parte antigua.

—Ah, pero ¿va a ser en esta ciudad? Yo pensaba que…

—Por supuesto que va a ser en esta ciudad. Es la ciudad que me ha permitido respirar hasta el momento. Tanto Nadia como yo, la estamos sintiendo con el alma. Nuestro deseo es que tú también te sientas llamada por ella. No sé si me estás entendiendo.

—Claro que te entiendo —respondió Natasha con los ojos enchascados.

—Esta ciudad tiene paisaje, pero también tiene duende. Y hay que saber buscarlo. Debes saber también que pensamos ofrecer trabajo a todas las chicas que liberé en el Club 69. ¿Qué me dices?

Cayó bajo el efecto de una fuerte convulsión afectiva, se agarró a su cuello con fuerza y dijo:

—Que acepto con los ojos cerrados. Es una idea maravillosa. Vivir en un lugar como este supera mis expectativas y la de todos mis sueños.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, los invitados empezaron a llegar. No asistieron muchos, pero fueron los justos. Llegaron los inspectores Torrijos y Peláez con sus respectivas mujeres y Oramas y Crespo se emparejaron ellas mismas compartiendo coche. Nueve personas, no más. Nueve personas de las que la mayoría tenían mucho que agradecerse mutuamente. La primera que lo manifestó fue Nadia. Tras presentar a Natasha a los demás invitados —la presentó por su nombre de pila, a secas, como dando por entendido que todo el mundo sabía quién era—, recordó con agrado aquella noche del 3 de octubre en la que apareció ante ella un ángel salvador.

—Creo que si no hubiese sido por Pablo, esa noche la hubiese palmao. Iba derecha hacia la muerte.

—Se acercó a mí como una gacela herida convirtiéndose en mi sombra.

—Es cierto, no lo voy a negar. Me protegió hasta el punto de que tuvo que batirse contra cuatro jóvenes que nos negaron auxilio.

—Les zurré porque se sobrepasaron contigo. ¿No lo recuerdas?

—Desde esa noche hemos sido felices, completamente felices, y mentiría si dijera lo contrario. ¡Hacía tanto tiempo que no había sentido algo parecido!

—He pensado mucho sobre el asunto —medió Oramas— y he llegado a la conclusión de que alguna fuerza sobrenatural ha debido actuar para que os juntéis en esta ciudad. Y no me refiero solo porque os hayáis conocido, pienso sobre todo que vuestro encuentro ha contribuido a resolver un caso de mucha entidad.

—Lo peor de todo es que apareció un cadáver. Ese fue el motivo por el que estamos ahora mismo aquí reunidos —recordó la

inspectora Crespo.

—El momento en que se abrió una cremallera y apareció el rostro de Joana fue terrible. Sentí siete puñales clavados en mi corazón.

—Debes pensar en positivo. Gracias a vosotros dos se ha podido desmantelar una organización criminal. Es para estar orgullosos.

—Hay que ver, que triste se está poniendo la noche —dijo Torrijos—. Yo creo que deberíamos hablar de cosas más alegres.

—Pero hemos venido a rememorar un triunfo —contestó Crespo —, ¿de qué quieres que hablemos?

—A mí me gustaría saber que planes de futuro tienen Nadia y Pablo.

—Eres un cotilla.

—No, no, si no me importa hablar de ello —intermedió Nadia. Tras explicarles los proyectos del hotel, continuó—: Hemos pensado también que cuando llegue la primavera iremos a Rumanía y nos casaremos.

—De esto es de lo que deberíamos estar hablando —juzgó Torrijos girando la cabeza para encararse con Crespo—. Cosas alegres, ¿no te parece?

Peláez, que no estaba muy lejos con la oreja puesta en la conversación, dijo:

—A mí me gustaría escuchar de boca de Pablo la noche memorable en que se presentó en el Club 69 y liberó de la esclavitud a cuarenta chicas.

Los invitados se callaron. Se giraron todos formando un círculo que se fue estrechando poco a poco y miraron a Pablo que percibió una mezcla de perfumes femeninos. Tras echar una mirada circular de unos ciento cincuenta grados, empezó a contar de nuevo lo que ocurrió aquella noche gloriosa deteniéndose en los momentos más estelares con la firme pretensión de provocar la hilaridad de la audiencia. Al acabar el relato, el inspector Peláez dijo:

—Todo ha terminado, y ha terminado bien para nosotros, pero has de saber que has transitado por el lado oscuro. ¿Por qué no denunciaste a la policía en lugar de ir tú mismo en persona?

—En primer lugar, porque no creo en los poderes públicos. Nos llenan la cabeza con unas ideas para luego hacer lo contrario. ¿No ha quedado claro que detrás de los infames que tratan a las mujeres

como objetos con los que se pueden traficar había policías y políticos? En segundo lugar, porque tuve un pálpito. Al ver a Nadia postrada en una cama del hospital, pensé que no me podía quedar de brazos cruzados, que tenía que hacer algo por ella. En tercer lugar, como ya sabéis, a mi madre la mataron esos comerciantes de carne humana. Estaba necesitado de una catarsis.

—Desde esa noche hay un puticlub menos en nuestras carreteras —añadió Crespo.

Cuando Pablo reclamó la presencia de Nadia para sacar los aperitivos, estaba sentada ante el televisor ensimismada:

—Mira, Pablo. ¿Recuerdas el bebé que marchó a Estados Unidos para operarse?

—Claro que lo recuerdo.

—Pues ahí lo tienes. Sano y salvo. ¿No te parece una buena noticia?

—Ya lo creo.

—La bondad también es inherente al ser humano. Va unida junto a la maldad. Lo que no llego a entender es el motivo por el que hay gente que elige la maldad.

—Son personas con muchas carencias, cariño. Anda, vamos a comer algo.

Cuando acabó la cena descorcharon una botella de champán y brindaron por el futuro de la pareja.

—Con el deseo de que vuestra felicidad esté presente durante muchos años —fue la inspectora Crespo quien lo dirigió.

—Por cierto —añadió Oramas—, no sé si será el mejor momento, pero quiero comunicaros que, dadas las circunstancias, el juez ha decido que no va a ser preciso que adoptéis una nueva identidad.

Y mientras tanto, los copos de nieve caían con mansedumbre envolviendo sin prisa las ramas de los árboles en fundas de hielo. La hoz blanqueaba, los caminos habían sido borrados. Fuera de la casa imperaba el silencio. Dentro chisporroteaba la chimenea. Sonaba «Back To Black», de Amy Winehouse.



JUAN SORIA (1956) nace en Cuenca, donde se diplomó en la E. U. del Profesorado Fray Luis de León en 1976. Ha ejercido su vida profesional por tierras de Extremadura, Andalucía y Madrid. Aunque se matriculó en varias ocasiones en la

UNED

, acabó por ser autodidacta, compaginando la pasión por la lectura con la escritura. Se decidió a escribir en la madurez, es autor de la novela La Calle Estrecha, la obra de literatura infantil La Fortaleza, Trompetas de Jericó (Editorial de Playa de Ákaba, 2015), Tanatorio (Editorial Playa de Ákaba, 2015), Hágase tu voluntad y Voces de silencio (Editorial Playa de Ákaba 2017).

Ha colaborado en la revista El Terral. Ha participado en el libro colectivo volumen I de Generación Subway con el relato titulado «Historias del tren», editado por Playa de Ákaba en 2014; en el volumen II en 2015 con el relato titulado «El tren de la historia» y en el volumen III en 2016 con el relato titulado «Un día cualquiera». Ha participado en el libro colectivo Donde el mar se hace carbón, con el relato titulado «Fascinación por el mar» (Playa de Ákaba, 2015). Está pendiente de las siguientes obras para publicar: Tiempo muerto, Viajando hacia nuestros orígenes, Lo decidió el destino, Riego: del himno a la horca, Nadie nace

demasiado tarde, y Canción para la eternidad.